

Luis Chiozza

METAMORFOSIS

Apuntes de todos los días



libros del
Zorzal



Metamorfosis

LUIS CHIOZZA

Metamorfosis

Apuntes de todos los días



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Metamorfosis: apuntes de todos los días / Luis Chiozza. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2025.
288 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-960-2

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. 3. Medicina Psicosomática. I. Título.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2025. Libros del Zorzal
Buenos Aires, Argentina
<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-960-2

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Metamorfosis	
El nacimiento de una nueva especie.....	13
Mi primo Federico.....	17
Sobre la materia prima de la producción psicoanalítica	19
Pedro y Petra	
Psíquicamente enfermos, sí, pero... ¿en qué forma?.....	21
Lectura del texto que la naturaleza escribe	23
Psicoanálisis de la inteligencia artificial	25
Tener cuidado	27
Otro apunte de todos los días ("Apnt", "tds", "ds"; "aue", "oo", "ia").....	29
Acerca de drogas y mentiras.....	31
Curiosidad y ternura	33
Sin dolor no se crece.....	35
Dátiles.....	37
Explicaciones.....	39
¿Querer es poder?	43
Miguel Ángel, ¿quién hay en la piedra?.....	45
Fidelidad, sí, pero... ¿hacia quiénes?	47
Mentir.....	49
Amistad.....	51
Amistad y enemistad con nuestros sueños.....	53
Complejo	57

La queja	59
El yeite	61
La amistad que proviene de la infancia	63
En las actuales circunstancias.....	65
Los ojos de los niños.....	67
Recuerdos y proyectos	69
El día del cariño	71
Cuando no se mejora.....	73
El criterio de realidad	75
Objetividad	77
Dos trenes de onda.....	79
Sin recuerdos no hay proyectos.....	81
Dos aspectos de una misma cosa.....	83
Pensar y cavilar	85
Realidad	87
Dos formas de ignorar	89
Un cariño asegurado.....	91
Cumpleaños	93
La relación entre idea y materia	95
Repetir y reeditar.....	97
Es imposible ver lo que se ignora	99
Convicción.....	101
Emilio	103
Vocación y equivocación	105
Qué solos se quedan los muertos	107

Cuatro ojos ven más que dos	109
Mesura y desmesura	111
Al divino botón	113
La aguja del amperímetro	115
Dos modos de hacer consciente	117
Poeta y profeta.....	119
Las historias se ocultan unas dentro de otras como las muñecas rusas	121
<i>Software y hardware</i>	123
Pero los sueños... sueños son.....	125
Siempre habrá analfabetos	127
Dios mío..., ¿por qué no me dijiste?.....	129
Esquizofrenia.....	131
Navegar es necesario, vivir no	133
El ángulo de la derrota.....	135
La condición <i>sine qua non</i>	137
Una forma de sordera	139
Tres notas antiguas	141
Utopía y distopía.....	143
Dos caras de la misma moneda.....	145
¿Por qué hablamos?	147
El texto que la naturaleza escribe	149
Las formas del lenguaje.....	151
Lectores del libro de la vida	153
No hay texto sin lector	155

La riqueza simbólica del mito	157
Newton convirtió el amor en gravedad	159
Lo nuevo proviene del pasado.....	161
El efecto mariposa	163
El orden del tiempo.....	165
Del caos al orden.....	167
Einstein y Planck.....	169
Transiciones repentinas.....	171
La lengua y el lenguaje.....	173
Energética y hermenéutica.....	175
Los símbolos universales	177
La embriología es historia	179
Apariencia y presencia	181
La subsistencia semántica	183
La intensidad del “compromiso somático”	185
Fractales	187
Redes.....	189
El camino que descubrió Spinoza	191
La vida se diseña a sí misma.....	193
Epílogo para psicoanalistas	195
Libros concisos	197
La inteligencia artificial	199
¿Puede mentir un robot?.....	201
La garra de mono	203
¿Qué significa saber?.....	205

¿Puede pensar una máquina?	207
Presencia y existencia.....	209
Ser usado.....	211
La inteligencia de Dios.....	215
El teléfono celular.....	217
Las redes nos “procesan”	219
La inteligencia cibernética	221
Coexistir sin convivir.....	223
Ocuparás mi lugar.....	225
En la medicina	227
Pensaron.....	229
Que viva quede en la muerte	233
Y sin embargo... ..	235
En el psicoanálisis.....	237
En el psicoanálisis (B).....	239
En la física.....	241
En la física (B).....	243
En la literatura.....	245
En la literatura (B).....	247
En la convivencia	249
En la convivencia (B).....	251
Los tres protagonistas en la obra de Freud.....	253
Edipo, Prometeo y Narciso existen	257
Los personajes habitan personas	259
Cuatro libros concisos	261

El hombre de la calle	263
¡Parla!	265
Nacimiento de una nueva especie	269
Impotencia	273
Prostitución	275
Un psicoanálisis pseudo	277
Hasta los malos hacen falta	279
Intuición	281
Preguntas que un psicoanalista se formula	283



Metamorfosis

El nacimiento de una nueva especie

En el término “metamorfosis”, “meta” alude a algo que sucederá, y en “morfosis”, que denota la transformación de una forma, “morfo” es forma y “osis”, deformación.

La metamorfosis de las plantas, de Goethe, surge de sus investigaciones acerca de la naturaleza, acordes con el enfoque de Spinoza, en las cuales integra la investigación científica tradicional con una rigurosa perspectiva simbólica.

En mayo de 1787, le escribió a Herder, en Nápoles: “La planta primordial va a ser la criatura más extraña del mundo que la naturaleza pueda enviarme. Con este modelo y su llave será posible continuar creando plantas para siempre y saber que su existencia es lógica; es decir que, si en realidad no existen, podrían existir, pues no son sombras fantasmales de

una imaginación vana, sino que poseen una necesidad y una realidad interiores. La misma ley será aplicable al resto de los organismos vivos”. Para Goethe, la planta es, de principio a fin, una hoja, y el proceso por el que esta “hoja” dinámica va asumiendo, progresivamente, en su crecimiento y desarrollo, todas las formas vegetales es lo que define como metamorfosis.

Freud afirma que en el ello se conservan las antiguas formas del yo, y la biología sostiene que el embrión humano recorre, en su desarrollo ontogénico, formas similares a las de sus antepasados filogenéticos. Pero el término metamorfosis también se usa para referirse a transformaciones posembriónicas que suelen acompañarse por cambios en el hábitat, como las que se observan no sólo en las mariposas, sino también en otros insectos, en anfibios, en moluscos, crustáceos, equinodermos y tunicados.

Dado que son muchas las formas en que el cuerpo material de los organismos biológicos cambia su estructura, no sólo macroscópica, sino además celular, y lo que Goethe señala acerca de que ese proceso se lentifica o se acelera, de pronto, en tiempos disímiles, no debe extrañarnos que en el terreno de los procesos mentales y en el de nuestros sentimientos nos ocurra lo mismo. En el primer territorio, lo

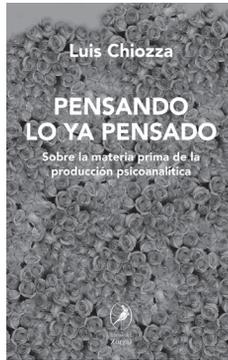
vemos en la inteligencia cibernética; en el segundo, Franz Kafka lo muestra con intuición genial.



Mi primo Federico

Siempre lo hinchaba a Dios diciéndole: “Haceme ganar la lotería”. Hasta que un día Dios se pudrió y, en un sueño, le preguntó: “¿Cómo puedo hacerte ganar si nunca comprás un número?”.

Parece que mi primo no entendió, porque Dios, fastidiado, se volvió filosófico y agregó: “En lugar de vivir muriendo, deberías morir viviendo. No puedes controlar el viento, pero puedes ajustar las velas”.



Sobre la materia prima de la producción psicoanalítica

En su libro *Peces luminosos*, con una insospechada capacidad literaria, la geobióloga Lyn Margulis presenta, en forma novelada, la vida de ciertos seres inventados, pero sin duda inspirados en personas, en peces luminosos, que conoce y no nombra. Se trata de hombres y mujeres que iluminaron de manera repentina y sorprendente los territorios de la ciencia y el arte. Así, Margulis le permite al lector entrar en sus apasionadas vidas públicas y privadas, científicas y amorosas. Impregnadas con los dramas que surgen en el interjuego de las fuerzas en pugna: la curiosidad, la responsabilidad, la vocación, la ambición, el aburrimiento y la desesperación, el deterioro, la ruindad y la ruina, el egoísmo, la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos, lo angelical y lo demoníaco de la ternura y la perversión. ¿Es eso la materia prima

de la producción psicoanalítica? Sí, es eso. Pero es también algo más. Es el encuentro tumultuoso entre “el cuerpo” y “el alma”. Es el guion que separa las dos formas en que se vive la vida. Pero es también el modo en que, en la vida, sucede que ese cuerpo que siempre se pensó propio se convierte, de pronto, en una cárcel que impide vivir.

Cabe explorar, en esa materia prima, las vicisitudes del accidentado camino que surge cuando se insiste en conocer, desde una u otra de las dos orillas, un artificioso guion carente de una tercera sustancia, que siempre permanecerá vertical, como un puente abierto que no se puede cruzar.

La contribución más sobresaliente de este libro reside, sin embargo, en la claridad con que nos muestra que la vida de cada persona transcurre impregnada por personajes y libretos, “clásicos y universales”, inseparables de las dificultades que la aquejan. Y es precisamente atravesando sus escollos que el psicoanálisis florece.



Pedro y Petra

Psíquicamente enfermos, sí, pero... ¿en qué forma?

Petra y Pedro representan una parte del ser humano que todos llevamos dentro y en donde todos somos iguales. Ambos, por separado, son eso que a veces, para referirse cada cual a sí mismo (o sí misma), denominamos uno (o una). En ellos está cifrado el carácter fundante que atribuimos a las piedras, acerca de cuyas historias pretendemos ignorarlo todo (aunque también es cierto que desde otro punto de vista sabemos y reprimimos lo que pretendemos ignorar).

Nuestro cuerpo, y no sólo el mundo, es el lugar en el cual por fuerza estamos e inevitablemente somos, sin posibilidad alguna de sentirnos vivos y separados de nuestra existencia corporal. En el mundo tenemos dificultades que conllevan logros y fracasos, y en el

cuerpo, límites que nos permiten algunos placeres o que se traducen en malestares y dolores.

Comparando el transcurso de la vida con un viaje que emprendimos al nacer, de inmediato sobresale que “mi cuerpo, los otros y yo” son los tres interlocutores con los cuales de manera inevitable cotidianamente dialogamos. También, dado que las enfermedades que sufrimos nos intrigan, forma parte de ese viaje imaginario el descubrimiento de los significados inconscientes de los distintos trastornos que sufrimos y que dieron lugar a fructíferas investigaciones psicoanalíticas.



Lectura del texto que la naturaleza escribe

Para los magos del Renacimiento, el mundo era inteligible, creativo y significativo. El desarrollo de la ciencia comenzó ofreciéndonos un mundo inteligible que no tiene significado en sí mismo. Nuevos desarrollos científicos que trascendieron los parámetros del pensamiento lógico condujeron a recuperar un significado “holístico” que había quedado reprimido. Desde un punto de vista metafórico, forzosamente esquemático, podríamos decir que esas tres “épocas” (que, por otra parte, no quedaron divididas por murallas infranqueables, de modo que se interpenetraron recíprocamente) corresponden a los tres procesos, primario, secundario y terciario, descritos por el psicoanálisis.

Cabe distinguir, por un lado, una actitud mágica, rica en la apreciación de contenidos inconscientes

que brindan fundamento y motivo a los desarrollos del pensamiento humano. Por otra parte, una primera etapa del desarrollo científico, que abordó con entusiasmo la tarea de convertir la realidad en un suceso inteligible. Y, en tercer lugar, otra etapa que abordó la recuperación de lo que había quedado reprimido en los primeros desarrollos científicos y ha vuelto por sus fueros, y que ha puesto en evidencia que el sujeto no existe separado de las relaciones que se establecen con su entorno y que natura y cultura son dos aspectos de una misma cosa.



Psicoanálisis de la inteligencia artificial

La palabra “inteligencia” proviene de *inter leggere* y significa leer “entre líneas”, algo distinto a lo que se aduce como motivo de lo enunciado. La palabra “artificial” designa lo que hace el hombre, por oposición a todo aquello que surge de la naturaleza. Inteligencia artificial es, pues, aquella que evidencia un engendro humano que, en un sentido amplio, denominamos “robot”.

Los robots que el hombre ha diseñado son capaces de continuar “aprendiendo” y, dado que fueron contruidos dotados con esa iniciativa, alcanzan rendimientos que ellos mismos diseñan y recorren en nanosegundos.

La conclusión que se nos impone con claridad innegable es que, dado que artificial es lo que el hombre hace, la inteligencia actual que un robot desarrolla y ejerce ya no es artificial. Se parece más bien a

una mente extraña que crece y actúa en un mundo que modifica el nuestro. Una mente que, como la nuestra, dispone de una existencia física, “somática”, como nuestro cuerpo humano (habitado por un significado inconsciente), que adquiere la forma que denominamos *hardware*, y otra anímica, “psíquica”, similar a los propósitos que llenan a nuestra vida, que se constituye como *software*.

Ha llegado, entonces, una especie nueva, surgida en un maridaje, pletórico y fértil, de natura y cultura.



Tener cuidado

Los médicos aprendemos y ejercemos el arte de curar. Curar es, por su origen, sinónimo de cuidar, y dado que cuidar es proteger frente a la posibilidad de que suceda un daño, y que las formas en que un daño podría suceder son incalculables, sin duda hay que tener cuidado, sí, pero ¿de qué? La enorme mayoría de las cosas que tememos no suceden. Aunque es cierto que, entre las cosas que sucederán, pueden llegar a ocurrir algunas, muy malas, que nunca imaginamos.

La cuestión recorre una multitud heterogénea, que incluye un equilibrio adecuado entre guardar y gastar, o entre dar y recibir, pero también cosas tan concretas como evitar que el recipiente de veneno para ratas, que estaba en el garaje, se guarde entre los frascos de cocina.

Como muy bien sabe una buena ama de casa, el asunto está en cada detalle y, para muestra (eso

también lo sabe), alcanza con un botón. Aunque es cierto que los dos roles principales, atender necesidades y procurar las provisiones que se precisan, se distribuyen, entre mujeres y hombres, de distintas maneras en distintas épocas, la esencia de lo imprescindible se ha mantenido, en el fondo, sin grandes variaciones.

Entre las formas que asumen los descuidos (que se usan como “muestras”, para la atribución de las “culpas”), se divisan dos que testimonian dos grandes equivocaciones que envenenan la vida. Otorgan su perfil a las dos caras de una misma moneda, constituida como una falta de respeto hacia uno mismo. Una “cara” surge de creer que lo que tengo no alcanza, ni siquiera, para sostener mi vida. La otra reside en la creencia de que lo que soy vale tan poco que, aunque lo diera, de nada serviría. Casi siempre un hombre ingresa en el delito a partir de dos raíces. La creencia, errónea, de que la necesidad alcanza para justificar todo, y la convicción, igualmente equivocada, de que aquello que se tiene para dar es demasiado poco.



Otro apunte de todos los días ("Apnt", "tds", "ds"; "aue", "oo", "ia")

En el texto que solemos ocultar (en última instancia casi siempre inútilmente, con pre-textos), hay dos constituyentes esenciales, uno intelectual y el otro emocional.

Lo intelectual está en las consonantes (Apnt, tds, ds) que, a través de la garganta, expresan nuestros actos y reflejan, desde ángulos insospechados, una vida que transcurre recorriendo una galería de espejos.

Lo emocional reside en las vocales (aue, oo, ia) que resuenan desde el pecho y que le otorgan a la vida, en la *convivencia*, su sentido. El único *sabor* (pariente, por su origen, de saber) en virtud de cuyo obrar, de valor incalculable, cada vida vale la pena que ocasiona.

Según lo que he leído no recuerdo dónde, fueron los griegos quienes aportaron al abecedario las letras

vocales. Y no ha de ser casual que, entre las veintisiete letras del alfabeto, dispongamos de veintidós consonantes y sólo cinco vocales, aunque las vocales integran todas las palabras. Son “a”, “e”, “i”, “o” y “u”, dispuestas en el orden con el cual, para pronunciarlas, es imprescindible ir cerrando el orificio que los labios conforman. Como ha señalado Jakobson integrando la sensorialidad del sonido (sus caracteres organolépticos) con la sensorialidad de la luz, “a”, “e” e “i” son “claras”, y las últimas dos, “o” y “u”, son “oscuras”.



Acerca de drogas y mentiras

Hace unos cuantos meses escribí: “Frente a las drogas, o en nuestra relación con las mentiras, hay dos clases de adictos, aquellos que no pueden vivir sin consumirlas y los que no pueden vivir sin venderlas”.

Pero también decía, y retomo ahora, que las palabras, como las personas y las cosas, adquieren su forma mientras intentamos atrapar un significado que siempre se escabulle.

Al releer esas palabras, reparo en que dos cosas semejantes nunca son iguales, y que, con la adicción a las mentiras, sucede algo “más”, que difiere de aquello que se observa, con frecuencia, en la relación del adicto con la droga.

Quien se acostumbra a recurrir a una droga sin poder evitarlo, aunque en una enorme mayoría de las veces minimiza las consecuencias que asume, nunca llega a ignorarlas por completo. El adicto (y no sólo

ocurre con las drogas) “sabe” que no puede evitarlo y, por eso, casi siempre se resigna, pero sufre por lo que le sucede.

Con el “vicio” que consiste en mentir en forma reiterada, inclusive en situaciones en las cuales ni siquiera se obtiene el presunto beneficio al cual se atribuye el motivo que justifica la mentira, lo que suele ocurrir es muy distinto.

El que vende o compra una droga procura esconder y justificar que “vive” cometiendo un delito o sufriendo un deterioro. Quien “vive” vendiendo o comprando una mentira dispone, además, de un ilusorio y funesto recurso: finalizar creyendo que es verdad eso falso que afirma en su mentira.

Quizá el espantapájaros bandido no hubiera necesitado atacar a Pinocho, ni el hada protectora no hubiera necesitado ponerle un corazón de fantasía, ni él hubiera sido un mentiroso, si no fuera porque era un niño de madera que “creció” sin madre.



Curiosidad y ternura

Son los grandes valores cuya vigencia testimonia que una vida transcurre en una convivencia saludable. Cuando la curiosidad nos motiva, cada acontecimiento nos lleva a interesarnos (a *inter-essere* con él) y a sentirnos vivos. Mientras que la ternura, que nos conmueve, nos llena de una gratitud, no siempre consciente, que se llama de ese modo porque constituye algo *grato*.

Sus antónimos son dos sentimientos monstruosos que nos condujeron a construir dos vocablos que hoy, cuando tantos presuntos entendidos hablan, impúdicamente, de cosas que ignoran, se usan con frecuencia: *soledad* y *angustia*.

La angustia es un temor “sin nombre” frente a un acontecer que ya ha comenzado y que, cuando se ubica ficticiamente en un espacio o un objeto, constituye lo que denominamos fobia.

La soledad contiene dos grandes paradojas. Por un lado, es un sentimiento que todos compartimos por el hecho, incontrovertible, de que cada cual sólo es igual a sí mismo. Lo compartimos, además, porque hemos nacido solos, y en el momento de morir lo haremos solos. Por el otro, dado que nos sucede a todos, podemos decir, como lo hace Porchia (en *Voces*): “De uno solo no hay nada, ni la soledad”. Cuando mi dolor no es tu dolor, una misma soledad vuelve a reunirnos.



Sin dolor no se crece

No se progresa ni se crece sin la magnitud de un cambio que lleva implícito un duelo que “duele” y que suele derivar en *quejidos*.

Precisamente porque el dolor que se padece es consustancial con la magnitud con la cual se asume la vida, es que el acto médico trasciende el escaso ilimitado sentido que la enfermedad le otorga. La experiencia muestra que lo que ocurre empeora cuando el sufrimiento o la desgracia *aquejan*, porque las quejas casi nunca alcanzan para superar la dificultad o el obstáculo.

La explicación sin amor sólo alcanza para convertirse en reproche, pero el amor que desoye lo que la experiencia enseña y sólo procura evitar lo que duele conduce a la impotencia que se traduce en sentimientos de culpa.

Benditas sean las enfermeras o los enfermeros que calman, alivian y consuelan en un rol materno. Y benditos los hombres y las mujeres que ejercen la medicina, porque entienden lo que ocurre desempeñando un rol paterno, cuando sucede que también comprenden la magnitud del sufrimiento ajeno.

La enfermedad no sólo es una claudicación de las fuerzas que se empeñan en afrontar dificultades y desgracias, es también un paso atrás que puede ser empleado para emprender un salto. Una ocasión para aprender que solemos desperdiciar cuando nos refugiamos en la queja. Sabemos que el acto médico que ataca los síntomas pero ignora sus causas es pan para hoy y para mañana es hambre. Evitar el dolor sólo tiene sentido cuando no es el duelo imprescindible para afrontar el cambio. Recuerdo que una vez escribí: “No necesito ver como otrora creyera / el decurso completo de mi ruta futura. / Me basta con saber la concreta manera / de aferrarme al timón cuando la mar es dura”.

Quien le regala a su prole un pescado le soluciona una cena, pero quien le enseña a pescar le otorga la posibilidad de alimentarse en todas sus cenas futuras.



Dátiles

En 1895, en el historial de Elizabeth von R., Freud tuvo la intuición genial (que coincide con lo que Peirce denominó abeducción o retroducción) que distingue a los investigadores que “saben” hacia dónde van. Allí escribe: “La histeria [...] quizá no tome como modelo los usos del lenguaje, sino que extraiga con él sus materiales de una misma fuente”. Será recién en 1939, pocos meses antes de morir, cuando, en un trabajo que no verá publicado, formula la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, que, en sus propias palabras, “posee una significatividad enorme”. En ella sostiene que psiquis y soma no son dos entidades que se relacionan entre sí, sino dos modos en que la consciencia registra un mismo existente.

En 1951, en *Los conceptos fundamentales de la investigación*, Victor von Weizsaecker (1886-1957)

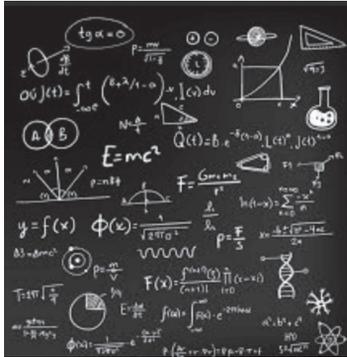
escribió: “No se puede traducir la lengua de las enfermedades al dialecto de la física y de la química. Si, a pesar de todo, se hace, se cometen errores. Es más acertado interpretar cada historial clínico como la historia de una vida, traducir el lenguaje de la enfermedad al lenguaje de la biografía. Yo quisiera ser lo suficientemente joven para poder empezar ahora esa tarea. Pero espero confiado en que vendrán investigadores más jóvenes para llevar a cabo esa traducción”.

Desde 1952, antes de egresar de la facultad, y durante mi práctica hospitalaria, fui uno de esos jóvenes, y ahora, ya en mis últimos años y sin haber abandonado jamás el empeño, también me encuentro diciendo: “Vendrán otros más jóvenes”.

Cuando yo era un niño, mi padre me explicó una vez, mientras disfrutábamos junto a mi madre de una caja de dátiles que a ella tanto le gustaban, que el que siembra dátiles, a menos que sea joven, no llegará a comerlos. Esto me debe haber impresionado, porque nunca más lo olvidé.

Hay ideas que son como los dátiles, tardan tanto en crecer que el que las siembra no verá sus frutos.

Pero los dátiles existen, y los sembramos mientras comemos los que otros sembraron.



Explicaciones

Imaginemos algo que otrora sucedía con una frecuencia de la que hoy carecemos. Un niño pequeño le pregunta a su padre, por ejemplo: “Papá, ¿qué significa arrogante?”. Este le contesta: “Arrogante, querido, es el que tiene arrogancia”. El niño insiste diciendo: “Y... ¿qué es la arrogancia, papá?”. Y el padre (luego de haber nuevamente fracasado descubriendo que su hijo tampoco sabe lo que significa ser un pillado, alguien que se la “pilla” y se comporta como si fuera algo que no es) exclama: “¡Ufa!”, sin saber qué decir.

¿Qué hubiera sucedido, en cambio, si el padre hubiese recurrido a un diccionario?

Si escribimos en Google, como consulta, “arrogancia, significado”, obtenemos como primera acepción: “Acción o efecto de arrogarse, de atribuirse derechos, poderes o privilegios”, y como

segunda: “Cualidad o carácter de quienes, por supuesta superioridad moral, social o intelectual, asumen una actitud despectiva hacia los demás”. Todo induce a suponer que, aunque la situación hubiera mejorado consultándole a Google, además, “arrogancia, etimología”, la cuestión de fondo permanecería abierta. Porque *obtener un significado es* (nada más ni nada menos que) *cambiar un conjunto de palabras por otro conjunto distinto*.

Algo muy diferente hubiera sucedido si el padre de nuestra situación imaginada le hubiera dicho a su hijo: “Tu primo fue arrogante cuando, luego de mostrarte con orgullo su nuevo cortaplumas, te dijo que no te hemos regalado uno como ese porque no eres juicioso”.

Reparemos, por fin, en lo que quiso transmitir Shakespeare cuando escribió: “*Words, Words, Words*”, con una mezcla de resignación e ironía.

La conclusión es clara. Las explicaciones nos alejan, con frecuencia, de aquello que necesitamos comprender. Eso redobla su significancia cuando nos damos cuenta de lo que sucede en una sesión de psicoanálisis. Porque en esa ocasión el camino que recorremos los psicoanalistas se divide en tres senderos diferentes. El trayecto “cerebral” que el intelecto descubre; el que aconseja una experiencia “hepática” que nos tiene acostumbrados; y aquel

que nos señala Pascal cuando sentencia: “Hay razones del corazón que la razón no entiende”.



¿Querer es poder?

Suele afirmarse que querer (desear) es poder. Es decir que hay un tipo de poder que se adquiere queriendo y que la magnitud del poder depende de la fuerza que posee el deseo. Sin embargo, dado que la magnitud del deseo es algo que nos ocurre y que depende de otros parámetros, también es cierto que “hay que poder querer”. Ingresamos, entonces, en un círculo vicioso: *querer es poder, pero, para lograr querer, es menester poder.*

Almafuerte emprende una poética arenga que, como es obvio, no alcanza sus propósitos, cuando escribe: “Procede como Dios, que nunca llora, / o como Lucifer, que nunca reza, / o como el robledal, cuya grandeza / necesita del agua y no la implora”. Y también: “Ten el tesón del clavo enmohecido / que ya viejo y ruin / vuelve a ser clavo. / No la cobarde intrepidez del pavo / que amaina su plumaje al

primer ruido”. Sí, claro, es precisamente eso aquello que, con frecuencia, nos hace falta, pero Almafuerte no nos dice cómo se obtiene lo que no se alcanza.

Aguzar la sensibilidad para prever las consecuencias de la actitud, más cómoda y más fácil, que consiste en negar la realidad que los sentidos nos arrojan sin duda ayuda al querer que denominamos voluntad, pero, nuevamente, hay que poder hacerlo, y casi nunca alcanza sólo con intentar. Porque, como el proverbio afirma, “del dicho al hecho hay mucho trecho”, y ese trecho es, precisamente, el lugar donde, con cualquier pre-texto, se esconde el texto que anuncia la claudicación decisiva.

Asumir lo que Goethe ha sentenciado, desde su proverbial sabiduría, teñida con ese sentido común que lo caracterizaba y que no abunda, introduce en este asunto cordura: “A cada cual le queda siempre la fuerza necesaria para realizar aquello de lo que está convencido”.



Miguel Ángel, ¿quién hay en la piedra?

Vivimos con dos imágenes de Dios. El Dios que hizo el mundo y que se parece a lo que, cuando éramos muy niños, eran nuestros padres, y el otro, el Dios del salvaje, para quien Dios era el mundo mismo, que se expresaba como truenos, vientos, lluvias, fuegos y temblores. Spinoza también imaginaba a Dios como el mundo mismo, cuya inmensa sabiduría, que se manifiesta en el universo y en el ecosistema, es incomprendible para el hombre. Einstein ha expresado explícitamente que compartía esta idea de Spinoza, y es posible pensar que también la compartiera Freud.

Reparemos en dos representaciones de Dios.

En una de ellas, el padre Benedicto soñó que Dios (no siempre sus sueños eran pecaminosos) estaba entusiasmado conversando con los niños y mirando las cosas que inventaban. Y siguió soñando que él, preocupado, se arrodilló y le dijo a Dios: “Dios mío, por

favor, ocúpate de la desgracia y de la injusticia que hay en el mundo”. Dios dijo: “Son errores...”, y Benedicto respondió: “Entonces castígalos”. Pero Dios, sonriendo con cariño, agregó: “Benedicto, Benedicto, ¿por qué quieres enseñarme mi oficio? Primero tienen que creer que son ingeniosos e impunes. Si los castigara en seguida, en lugar de sorprenderlos haciéndolo cuando ya nadie creería que lo haría, todos se olvidarían pronto de ese castigo automático y nadie aprendería”.

En la otra representación, escrita por el poeta Rainer Maria Rilke y titulada “El hombre que escuchaba a las piedras”, Dios, intrigado, ve que un hombre escarba con sus manos, frenéticamente, en la piedra, y conmovido le pregunta: “Miguel Ángel, ¿quién hay en la piedra?”. Y Miguel Ángel contesta: “Quién si no tú, Dios mío”.



Fidelidad, sí, pero... ¿hacia quiénes?

Si nos ha convencido lo que sostiene Luigi Pirandello en “Uno, ninguno y cien mil”, cuando afirma que una persona es alguien y existe sólo cuando se relaciona con otra, y que si no fuera por esa relación alguien, en lugar de ser uno, sería “ninguno”, vemos que “casualmente” coincide con lo que acerca de sus entidades (se trate de ondas o de partículas) afirma la física cuántica. Somos, pues, en relación con otros (y cómo somos depende de con quién estemos) o, como señala Antonio Porchia: “Nadie está hecho de sí mismo”. Sólo desde allí se nos torna evidente el peso que adquieren la confianza y la desconfianza en la autenticidad de nuestras relaciones.

Aprendemos que alguien fiel es constante en sus afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones, y no defrauda la confianza depositada en él. Subrayemos que es así más allá de si un “incumplimiento” se

realiza de manera oculta o se “blanquea”. Antónimo de la fidelidad es lo que denominamos traición.

Nada tiene de extraño, entonces, sea cual fuere la relación que establezcamos, lo que puede suceder. Que una parte de lo que anhelamos permanezca insatisfecha en una relación particular. En otras palabras, carezca de la tierra fértil que necesita una semilla para germinar. He ahí el motivo (a veces auténtico y otras veces espurio o erróneo) que origina la infidelidad.

No sólo se trata de ser infiel a una determinada persona. Se puede traicionar una fidelidad siendo fiel, en cambio, a un mandato heredado que proviene de nuestros progenitores o a un conjunto humano que configura un grupo de pertenencia. Pero también puede suceder persiguiendo una “causa”, noble o injusta, legal o disruptiva, que rompe con las normas de la moral que en el entorno predomina.

Y ahora, cuando, por enésima vez, ha desaparecido un niño, ¿habremos llegado al colmo? Porque esta vez el escándalo de una opinión pública, en la cual se mezclan sinceridad, hipocresía y distintos temores, ha sido enorme. ¿A quiénes, hablando o callando, decidiremos, en esta ocasión, ser fieles?



Mentir

Una mentira, en su peor manera, es una afirmación hecha con plena consciencia de que no es verdad. Un mentiroso “serial” perfecciona su costumbre de mentir hasta llegar a sentirse un virtuoso y, en su forma más pura, comienza por ser alguien que se miente a sí mismo. Cabe decir ahora que, como en ciertas películas, “cualquier semejanza con algún integrante del escenario político actual es mera coincidencia y no constituye una alusión directa”.

Se puede engañar a alguien, pero no a muchos, durante mucho tiempo. “En boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso”, aunque a veces, en el tiempo que demanda descubrirlo, suelen acontecer daños perdurables. La mentira y la verdad tienen poder destructivo, y uno puede engañarse con ambas, pero sólo la verdad construye.

El mentiroso siempre ve mentira o ingenuidad en las sinceridades ajenas y, convencido de que la

mentira es fortaleza y la sinceridad es debilidad, suele valorar lo primero y despreciar lo segundo.

Verdad y realidad son lo contrario de mentira y fantasía. La fantasía puede coincidir con la realidad, aunque casi nunca lo será “sin más”, porque realizar suele requerir un esfuerzo. Mientras que la mentira, si alguna vez coincide, será por obra de un azar impensado.

Frente a un mentiroso “serial”, caradura y sinvergüenza (solemos llamar “sinvergüenza” a una persona que procede mal), cabe recordar lo que ha escrito José Hernández: “Si la vergüenza se pierde, jamás se vuelve a encontrar”.

Las promesas vanas, destinadas a desalentar toda impaciencia, ingresan en una costumbre deletérea y monstruosa que, alterando el orden de los términos, se rige por principios espurios como estos: mejor que hacer es decir, mejor que realizar es prometer, y si un relato falso se tapa con otro, igualmente falaz, se puede ofrecer lo imposible. Además, frente a los desesperados que “sueñan” con alcanzar lo imposible, alcanza con fingir los poderes del diablo, cubriendo un embuste con otro mayor.

Sin embargo, se cumple la sentencia de que “a cada chanco le llega su San Martín”, porque los cómplices de una “asociación ilícita” proceden, por fin, en forma inexorable, mintiéndose recíprocamente.



Amistad

Leemos que la amistad es un afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otras personas, que crece y se fortalece con el trato. Sus abundantes sinónimos (índices de las emociones comprometidas) son: compañerismo, camaradería, aprecio, cariño, afecto y apego.

La primera cuestión surge en torno a la afirmación de que debe ser un afecto “desinteresado”, porque emana del prejuicio, habitual y excesivo, de que el interés es antónimo de la sinceridad y el amor. Sin embargo, el interés genuino (derivado por su origen de *inter-essere*) consiste precisamente en *ser en relación con alguien o con algo*, lo cual se ha rebelado, por fin (tanto desde la física cuántica y la biosemiótica como desde el psicoanálisis y la obra literaria de Luigi Pirandello), como la única forma verdadera de ser en el interjuego entre natura y cultura. Cabe repetir

lo que señala Antonio Porchia cuando afirma: “Nadie está hecho de sí mismo”, para subrayar, una vez más, la importancia de los vínculos que establecemos con otros seres vivos y con el ecosistema del que formamos parte.

No sólo el amor forma parte de todas y cada una de nuestras relaciones, ya sean entre progenitores e hijos, entre hermanos o entre familiares y ajenos, entre pueblos y naciones, o entre quienes integran nuestro grupo de pertenencia y nuestros colaboradores en el enfrentamiento de la adversidad, hasta quienes comparten con nosotros nuestro entusiasmo por algún equipo, con el cual anhelamos ver cumplidos nuestros deseos de triunfar, venciendo allí, en forma simbólica, e identificados con ellos, todo aquello que se opone a nuestros logros.

Frente a la más superficial de las miradas, surge con claridad innegable que amistad y enemistad caracterizan, sin duda, al conjunto entero de nuestras relaciones. Ambas, amistad y enemistad, nacen juntas y se constituyen, recíprocamente, de manera inexorable, porque nos incomoda ser amigos de quienes aman a nuestros enemigos, tanto como nos complace compartir ambos opuestos, el amor y el odio.

Mientras tanto, debemos cuidarnos de aceptar lo malo, por miedo a lo peor, como de rechazar lo bueno, pretendiendo lo mejor.



Amistad y enemistad con nuestros sueños

Sabemos que no fue Freud quien descubrió la existencia de lo inconsciente. San Agustín, por ejemplo, decía: “Lo sabes, pero ignoras que lo sabes”.

La piedra fundamental del psicoanálisis fue su descubrimiento de una fuerza que se opone a que se recuerde algo que desagrada o duele y que opera deformándolo, sustituyéndolo o anulándolo. Nietzsche sostuvo: “Has hecho esto, dice la memoria; no pude haberlo hecho, dice el orgullo y, finalmente, la memoria cede”.

Desde esos fundamentos “patológicos”, a partir de esas sustituciones que denominamos síntomas cuando las sufre el paciente y signos cuando las percibe el médico, Freud construyó, con rigor y meticulosidad (expresado en más de veinte tomos), un edificio impresionante.

En esa construcción, un jalón importante fue su interpretación de los sueños, a los cuales consideraba “la vía regia” del psicoanálisis. No tanto para acentuar, como suele pensarse, la necesidad de interpretarlos durante las sesiones de psicoanálisis, sino porque en ellos se transparenta la manera en que lo inconsciente opera.

El análisis de sus propios sueños no sólo es el lugar en donde Freud descubre, con una tenacidad y un coraje admirables, la existencia del complejo de Edipo; también es el “lugar” ocupado por los *sueños diurnos* que *son los deseos y temores que habitan nuestra vida* y que, a partir de Melanie Klein, denominamos fantasías inconscientes.

De inmediato descubrimos dos “clases” de sueños: los que constituyen situaciones traumáticas que nos atemorizan y aquellos que se integran con nuestra vida de vigilia, sin demasiada solución de continuidad, y con símbolos que no son tan arcanos, como si prosiguiéramos en ellos la elaboración de lo que necesitamos superar.

En lo que conocemos de los “grandes hombres”, desde Alejandro Magno hasta Abraham Lincoln o Martin Luther King, por ejemplo, vemos la existencia de esos sueños (nocturnos y diurnos) que continúan (como sostenía Ángel Garma) nuestras elaboraciones durante las horas de vigilia, y que, más allá de si desagradan o duelen, dado que

armonizan con esas elaboraciones, constituyen una expresión saludable, como continuidad de un progreso genuino.



Complejo

La palabra “complejo”, un participio pasivo que deriva del latín *complexus*, convoca una serie de sinónimos que se refieren a la complicación y la dificultad, pero también incluye la complicidad y alude a un conjunto de partes que es difícil desentrañar. El término se forma con el prefijo “con-”, que remite a juntar y completar, y la raíz “plejo-”, que deriva de “plexo”, que significa entrelazado, trenzado, intrincado, y que, unida con el prefijo “per-”, alcanza el colmo expresado con el término “perplejo”. (“Plexo” se origina en el verbo *plicare*, de donde también derivan los vocablos “aplicar”, “explicar”, “replegar”, “doblar”, “suplicar” y “suplicio”).

En el territorio que abarca la psicología, el término ha sido utilizado desde disciplinas distintas, como ocurre, por ejemplo, con la denominada “psicología de la forma” (Gestalt).

El psicoanálisis nos conduce a la idea de que un complejo es un conjunto de representaciones inconscientes que persisten “ligadas” (o “asociadas”) entre sí, que derivan de una fuente pulsional, que comprometen deseos y temores y que conducen a conflictos que se manifiestan en el carácter, en la conducta o en los síntomas.

Freud, tal vez motivado por los conflictos que surgieron en sus relaciones con Adler (con su “complejo de inferioridad”) y con Jung (con su “psicología de los complejos”), utiliza el término sólo para referirse a lo que conocemos como “complejo de Edipo”.

Dos humoradas “clásicas” circulan en nuestro medio. En la más conocida, una madre relata, muy orgullosa, que su hijo gasta una fortuna en el tratamiento psicoanalítico y que, en las sesiones, la mayor parte del tiempo habla de ella. En la otra, el comentario expresa: “Hijo, es mejor que dejes todas esas tonterías del complejo de Edipo y pienses un poco más en tu madre”.



La queja

El hecho de que, entre nuestros enunciados, abundan los que conforman una queja (asumida o encubierta, a pesar de que una “música” particular la revela) otorga un motivo a nuestras reflexiones acerca de que no siempre es cierto que sólo se trata de comunicar lo que se intenta resolver.

Leemos que la queja alude a una sensación de dolor o de pena (cuya duración es penuria) y que también expresa resentimiento, desazón, descontento, protesta o disgusto. El verbo “quejar” proviene de *queror*, que significa golpear violentamente. También consta, entre sus acepciones, que designa a una acusación ante un juez o tribunal, como reclamo de reparación y castigo.

Acerca de la desazón y el descontento, hemos investigado cuando nos ocupamos de los trastornos

renales y de órganos ampollares (como la vejiga y la vesícula biliar).

Forma parte de la queja el quejido, que se define como una voz lastimosa motivada por el dolor o la pena, que afligen y atormentan. Es una voz plañidera, que trascurre entre gemidos y llanto y que ahora nos conduce a lo que significa llorar. Aunque, en última instancia (como decíamos en “Una idea de la lágrima”), las lágrimas, por su significado inconsciente, implican la idea de borrar los recuerdos traumáticos, como si fueran cuerpos extraños que se depositan en la superficie del ojo, llorar significa, ante todo, un intento comunicativo de un niño pequeño que clama para recibir ayuda. Sin embargo, un niño que todavía necesita de una asistencia ajena no es lo mismo que en un adulto que piensa que “el que no llora no mama”.

Así se configura lo que conocemos con un nombre: “Extorsión melancólica”. Pero no siempre sucede que sólo se trata de esa actitud extorsiva. Conviene contemplar, con esmero y mesura, si detrás de esa fuerza, que con frecuencia opera, no se esconde un enemigo maligno y mayor. Una tendencia perversa, en el fondo “monstruosa”, que sólo se satisface en el establecimiento de *un vínculo sadomasoquista, que complace compartir*. Quizá con la fantasía, en realidad ridícula, de acumular méritos para merecer lo ideal.



El yeite

El significado de la palabra “yeite” alude a una idea, en principio obtenida con beneplácito, de haber descubierto un procedimiento que constituye el atajo que abrevia un camino.

Leemos que pertenece al lunfardo argentino y que es “algo así” como un truco, un rebusque, una destreza para resolver una dificultad. También, un negocio o asunto engañoso o un procedimiento turbio.

Dado que recurrir a un yeite no siempre lleva implícita una conducta inmoral, cabe preguntarse, entonces, por qué, al beneplácito que suele producir ese “logro”, se le añade, con frecuencia, una incomodidad que alcanza, muchas veces, los ribetes de un sentimiento de culpa.

Sabemos que, si no es la educación, es la experiencia lo que suele conducirnos a valorar el esfuerzo (y también que, cuando lo despreciamos, casi siempre

ocurre por motivos y prejuicios insalubres). De allí surge una primera respuesta, que nos lleva a pensar que un procedimiento fácil, que acorta un proceso, debe generarnos culpa.

Queda claro, sin embargo, que eso no ocurre con el descubrimiento de numerosos procedimientos efectivos cuyo mejor paradigma no sólo lo encontramos en la maestría del artesano, sino también en las maravillas de la tecnología actual, a pesar de que ya hemos descubierto que muchos de sus logros nos generan importantes daños. ¿De qué depende, entonces, nuestra incomodidad con el yeite, cuando eso no sucede con otros procedimientos efectivos?

Cabe suponer que en el yeite, en cuanto tiene de truco y de rebusque, se satisface una “piolada” que, como expresión inmadura de una rivalidad malsana, arrogante y encubierta, despierta, en quien lo usa, temor a la ley del talión (ojo por ojo y diente por diente) y una vergüenza que proviene del amor que, por más que lo acallemos, apenado nos reclama: “¡Mira lo que has hecho!”.



La amistad que proviene de la infancia

No cabe duda de que los celos que experimenta un niño con uno u otro de sus progenitores, o frente a la presencia de algún hermano que ha nacido antes que él, influyen siempre en su conducta cuando su madre se embaraza y cuando nace un hermanito. Son experiencias infantiles que repercuten luego en su vida adulta.

Esos celos en la infancia, que nadie ignora, no deben oscurecer nuestra percepción de que la curiosidad y la ternura, los dos grandes valores que existen en el cerebro y el corazón del ser humano, son muy fuertes en un niño. Un niño que, además, cuando peine canas, sólo podrá compartir con sus hermanos los recuerdos de su hogar infantil.

También es cierto que lo que denominamos su inocencia, en la niñez, adquiere una particular significancia. La palabra “inocencia” deriva del latín

inocens (formada por el prefijo “in-”, que denota la negación de lo que sigue, y la raíz “nocens-”, que alude a lo que no daña y no hace mal. Alguien que es inocente no es culpable porque procede sin malicia, y de hecho la palabra, frente a los tribunales, tiene dos sentidos, la inocencia ingenua del que no entiende lo que hace y la inocencia “jurídica” del que no ha originado el hecho que se juzga ni es cómplice en este.

Entre las características de la niñez que se va transformando de manera paulatina mientras se crece en cada año, cabe subrayar, entonces, la inocencia y agregar, parafraseando lo que escribe José Hernández en su *Martín Fierro*: “Si la inocencia se pierde, jamás se vuelve a encontrar”.

No valdría repetir, una vez más, cuanto llevamos dicho si no fuera porque queremos destacar una característica esencial. Las amistades que se tejen en la niñez, como las que existen entre hermanos, primos o compañeros de juego o del colegio, poseen esa cualidad indestructible, quintaesencia de la fidelidad, que conduce a que ese tipo de ligamen jamás pueda compararse con las amistades que, aunque sean auténticas, se construyen en la vida adulta.



En las actuales circunstancias

Ortega ha señalado que la vida de todo ser humano ocurre en la inevitable relación entre lo que denominamos “yo” y el “entorno” que configura su circunstancia, y que forma parte de un “destino” que no tiene sentido “discutir”.

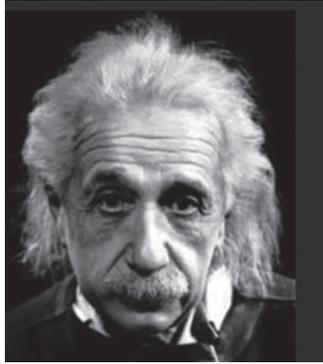
La idea cala mucho más hondo de lo que a primera vista parece. Las circunstancias siempre son actuales, porque inexorablemente “actúan”. Reparemos en que el pronombre personal “yo” no tiene límites precisos. Aquello que designa no sólo varía “de la noche a la mañana”. También depende de con quién estemos, del frío o del calor, de lo que he rechazado o ingerido. En cuanto a lo que a mi circunstancia se refiere, habito un espacio en el cual hay cosas, personas y otros seres vivos cuyos intereses, si no se oponen, nunca coinciden exactamente con los míos. También cielo, mar y tierra, ríos, llanuras y montañas,

refugios, intemperies e inclemencias, amigos y enemigos intervienen en todo lo que vivo.

Recordemos la hermosa poesía que ya hemos citado y que nos muestra que, cuando en África amanece, tanto el león como la gacela deberán correr para salvar su vida. Lo que más cuesta, porque duele, es reconocer que entre las cosas que uno necesita hay siempre algunas que hay que hacerlas, y que nadie las puede hacer si no las hace uno. También se ha dicho: “No puedes controlar el viento, pero puedes orientar tus velas”.

Se trate de juventud con inexperiencia o de sabiduría con ancianidad, de tener “con qué” sin tener “en qué”, o de tener “en qué” sin tener “con qué”, queda claro que las circunstancias codeterminan los valores.

Para mostrarlo, nada mejor que la supuesta anécdota de un árabe que camina hambriento en el desierto, encuentra una pequeña bolsa que sacude mientras piensa que se alimentará con las avellanas que contiene y la abre alborozado. La moraleja se cumple cuando exclama: “¡Horror, sólo son perlas!”.



Los ojos de los niños

Cuando un ser humano crece y aumenta de tamaño, crecen, en su cara, su nariz y sus orejas, pero no sus ojos. Por eso los ojos de los niños nos parecen más grandes que los de los adultos. Pero no sólo es por eso.

Cuando alguien muere, sentimos que su alma “se ha ido” y que su mirada “se apaga”, porque pierde el “brillo” que la iluminaba. Nadie ignora que ese “brillo” que ilumina la mirada infantil es un testimonio innegable de su inteligencia. Entre las definiciones de la muerte que conozco, la que me parece mejor surgió de la genialidad que, si nada la perturba demasiado, puede percibirse en un niño, antes de la poda neuronal, que suele ocurrir cuando llega a los 6 años. Ese niño dijo que “la muerte es que todos se mueran y yo me quede solo”.

Recordemos la sabiduría de la expresión “mirar con otros ojos”, porque, entre “esos otros”, existen los ojos de los niños. Los ojos infantiles son los ojos del asombro que reconocemos, sin duda, en las fotografías del Einstein. Son los ojos del científico que, en la más humilde de las hojas de un árbol, se reencontra nuevamente, conmovido y fascinado, con el sempiterno misterio.

Aunque parezca una perogrullada, tiene sentido insistir en que un niño “está vivo”, porque permite prestar atención al hecho, incontrovertible, de que existe una “muerte en vida”, un “vivir muriendo” (distinto del “morir viviendo”) que trascurre inmerso en un “aburrimiento” que “inunda”. Es una pérdida de la curiosidad infantil que apoca también a la ternura. Si recordamos que el término “interés” proviene de *inter-essere*, que alude a “ser entre”, nos damos cuenta de que, en nuestra relación con nuestro entorno, curiosidad y ternura son los ingredientes que nos conducen hacia el entusiasmo con el que alimentamos nuestra vitalidad. Bien lo sabía Porchia cuando decía: “Cuando todo está hecho las mañanas son tristes”.



Recuerdos y proyectos

Los proyectos compartidos suelen iniciar ese tipo de “camaradería itinerante” (la expresión es de Weizsaecker) que se convierte rápidamente en amistad y que, dada la persistencia que la caracteriza, aunque el tiempo o la distancia se conjuguen para ubicarla lejos, persiste con una fuerza inusitada bajo la forma de recuerdos gratos.

Dos seres que, por ejemplo (con una cierta sensatez o sin ella), se enamoran como amantes o se entusiasman como amigos sienten que por fin han “tropezado” con algo que anhelaban. Podrá ser ilusión, pero, según se ha dicho, por obra de la ilusión también se vive y reconocemos su valor cuando esa ilusión conforma una esperanza.

Si nuestras esperanzas (lo último que se pierde) funcionan como el norte de una brújula, queda claro que no son para alcanzarlas y que agotan su sentido

en orientar la marcha. Mientras tanto, la vida que se usa viviendo, bien o mal, se encamina a su destino, y los juveniles entusiasmos, en los mejores casos, convierten las desilusiones en un cariño que se nutre con los recuerdos y los proyectos que alguna vez se han compartido.

Sabemos que nuestro sistema inmunitario no puede defenderse de lo que nunca ha conocido. Sólo se ama o se teme lo que alguna vez se ha vivido. Sabemos también que, por idénticas razones, cuando alguien se enamora o se entusiasma en su anhelo se esconde la nostalgia de un reencuentro con un viejo conocido. Y sabemos asimismo que las cosas cambian y que, cuando se repiten, se reeditan con algunas modificaciones que siempre son pequeñas.

Tenemos dos clases de amigos que son, ambos, correligionarios, porque nacen de una misma creencia. Aquellos con los cuales compartimos los recuerdos y los proyectos (que constituyen lo único que otorga continuidad y sentido a nuestra existencia) y aquellos con los que también nos comprendemos porque, a pesar de que atesoran, como nuestros hijos, recuerdos y proyectos distintos de los nuestros, también, como nosotros, viven inmersos en ellos.



El día del cariño

Hay días muy particulares, Navidad, fin y comienzo de año, el día de la madre, el del padre o el del niño, el del amigo, tu cumpleaños o el mío, y otros más. Con frecuencia son tristes, y en esos días pensamos que quienes los disfrutaban son otros, porque nosotros no. Creemos que hay que “pasarlos” lo mejor posible y solemos preguntar: “¿Con quién lo ‘pasaste’?”.

Emilio era un abuelo y, como todos los ancianos, casi sin darse cuenta, se había vuelto egoísta. Enamorado de sus propios sueños, y fascinado con ellos, miraba el mundo desde su propio ombligo.

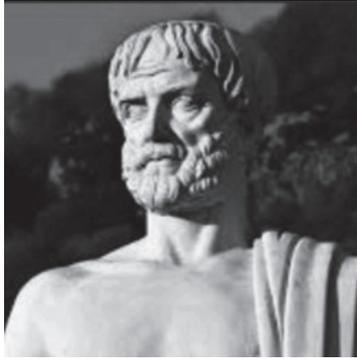
Por ese tipo de suerte que nunca se sabe de dónde viene, un día Emilio se dio cuenta de que el mundo era inmenso y que, por fortuna, el quedarse aislado sólo “casi” le había sucedido. Se dio cuenta del cariño que no vivía dentro de él únicamente y comprendió, de pronto, que también él, como los otros, vivía

distraído por esos asuntos que nos parecen esenciales cuando insistimos en vivir enajenados de aquello que realmente importa.

Quizá, se dijo, si existiera un día del cariño, podríamos, aunque sólo fuera en ese único día, darnos cuenta de algo que solemos negar. Nos daríamos cuenta, entonces, de que vivimos dedicando a nuestros seres queridos todo lo que hacemos, que para ellos vivimos y que, por idénticos motivos, ellos también nos quieren mucho más de lo que nos parece, aunque casi siempre vivimos reclamando cariño.

Mientras tanto, inmersos en la esperanza de que el mañana nos traiga aquello que anhelamos, en los momentos tristes, que se visten con nostalgias, nos sentimos débiles y frágiles. En los anhelos, en cambio, renace la esperanza con la que la vida nos acuna, desde el día en que el refugio intrauterino se convirtió en encierro insoportable.

Enrique Santos Discépolo lo sabía muy bien cuando escribió esa poesía imperdible que le llevó cuatro años y que todos conocen como “Uno” (aunque su autor la denominó “Si yo tuviera el corazón...”), porque comienza diciendo: “Uno busca lleno de esperanzas...”.



Cuando no se mejora...

Tanto en el ejercicio de nuestra profesión como en las otras relaciones que establecemos en nuestra vida cotidiana, tendemos a pensar que, cuando alguien no progresa saliendo de su condición malsana, o algo prosigue lleno de defectos, tendremos que resignarnos a tolerar que todo permanezca así, sin mejorar. Casi siempre negamos que las cosas cambian y que nada permanece igual, de modo que la conclusión es clara: *cuando algo no mejora, sucede que empeora*. Antes de que Newton ayudara a concebir el tiempo como un espacio que se recorre de atrás para adelante, Aristóteles decía lo que la física de nuestros días reivindica: lo que llamamos tiempo se manifiesta en cambios. Tal como lo señala Porchia: “Y si es tan veloz el cambio de las cosas, cuando vemos las cosas no vemos las cosas, vemos el cambio de las cosas”.

Pero... ¿qué cosas debemos mejorar?

Un antiguo estribillo repite: salud, dinero y amor.

Ni bien le prestamos atención, surge que habría que cambiar el orden, ubicando el amor antes que el dinero. Quizá podría decirse que, dado que no hay salud sin amor, habría que ubicar el amor en primer término, antes que la salud, pero también es cierto que el amor sin salud es un amor disminuido y enfermo. Dejaremos entonces “salud, amor y dinero”, porque salud y amor constituyen un binomio indisoluble en el cual ambos integrantes adquieren una significancia pareja, aunque, en lo que se refiere al dinero, es imprescindible aclarar algo más. Sucede que el dinero adquirido sólo es compatible con la salud y el amor cuando se recibe como justa retribución por la realización de un trabajo que fructifica en un resultado valioso o, en su defecto, es el producto de un esfuerzo responsable, cuidadoso y bien intencionado, que a veces resulta y otras veces no. En los casos en que el dinero recibido no se adquiere a través de una de esas dos condiciones (mediante alguna donación irresponsable o como un producto heredado, por ejemplo), actúa como un tóxico que es necesario “purgar”.



El criterio de realidad

Leemos que en psicología el criterio de realidad consiste en la capacidad de una persona para evaluar de manera precisa y objetiva la realidad que lo rodea. Dejando de lado el asunto, cuestionable, de la precisión y la objetividad, que nos ha conducido en otras ocasiones a establecer parámetros distintos, queda en pie que el afrontar con un paciente las dificultades que se nos presentan configura una parte inseparable de la eficacia con la cual ejercemos la tarea que, como psicoanalistas, emprendemos. Constituye una parte inevitable de nuestro ejercicio “formarnos una idea” acerca de las posibilidades que tenemos de llegar a un puerto con nuestro paciente.

No se me hubiera ocurrido lo que aquí escribo si no fuera por haber tropezado con un relato que transparenta, de manera exagerada y humorística, el “criterio de realidad” con el que ejerce sus funciones

un personaje que forma parte de lo que a continuación consigno.

Una señorita que vuela en un avión de turismo con dos plazas se comunica con el aeropuerto y expresa: “My Day, My Day, My Day, mi piloto ha sufrido un ataque y se ha muerto”. El controlador de vuelo le responde, de manera pausada y con calma: “Tranquilícese, yo la ayudaré, dígame cuál es su altura y su posición”. Ella le contesta: “Mido un metro setenta y cuatro y estoy sentada”. El controlador, luego de una pausa muy breve, le agrega: “Repita conmigo: Padre nuestro que estás en el cielo”.



Objetividad

Gregory Bateson, en sus deliciosos *Metálogos*, escritos en forma de diálogos con su hija Catherine, pone en boca de la niña las siguientes palabras: “Papá, ¿cómo hace la gente objetiva para elegir las cosas sobre las cuales será objetiva?”. Y con esa frase, tan limpia y sencilla, introduce el mal direccionado “problema” de la percepción “objetiva”, que entretuvo a la ciencia que culminó con Newton, durante varias centurias, desde Galileo y Kepler hasta Einstein y Planck. Pero que también heredamos de no menos de una docena de filósofos griegos en los cuales continuamos apoyando nuestro pensamiento, aun en nuestros días.

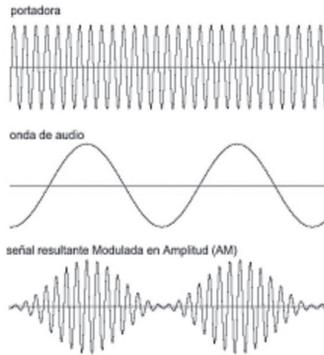
Si bien es cierto que conocer objetos es percibir sus cualidades con nuestros órganos sensoriales, es importante recordar que percibir es interpretar, es decir, ubicar algo nuevo entre un conjunto de objetos conocidos. Toda interpretación depende, pues,

de un *background* provisto por interpretaciones anteriores. Es decir, en otras palabras, que *es imposible ver aquello que no se logra concebir en un orden.*

A pesar de que la ciencia “objetiva” arrojó frutos jugosos, dejó fuera un importante sector irresuelto que, a partir de la física actual, ha vuelto por sus fueros, impulsando la tecnología desde nuevos parámetros que ayer ni siquiera soñábamos.

Reparemos en que *precisamente por el enorme incremento de nuestra eficacia técnica*, logrado gracias a lo que hemos alcanzado en nuestro contacto con la realidad material, *sobresale cuán lejos ha quedado nuestro trato con la existencia anímica y con los valores morales*, que se fundamentan en nuestro conocimiento de aquello que sucede, psíquicamente, entre pecho y espalda.

Si recordamos que la política es la ciencia de gobierno de la “polis” (la ciudad civil que da lugar a la vida civilizada), llegamos a la conclusión de que, en la integración comunitaria de las personas (que, hablando de un país, de un pueblo, de una familia o de un equipo, constituyen lo que denominamos su espíritu), *tampoco hemos logrado esos valores espirituales que constituyen* (tal como consta en el documento denominado “constitución”) *aquello que más necesitamos: recobrar la significancia de lo espiritual.*



Dos trenes de onda

Tal como se puede observar en el péndulo de un reloj, lo que denominamos oscilación es un movimiento que recorre un ciclo de ida y vuelta entre dos posiciones y que se suele representar como una onda. Las ondas que los seres humanos oímos como sonidos oscilan, con una frecuencia que se mide en hertzios (hercios), entre los 20 y los 20.000 por segundo (aunque lo que en realidad predomina transcurre entre 20 y 5.000).

Dado que la propagación en el aire de una onda sonora, considerada de baja frecuencia, es muy débil, se ha recurrido a “montar” la onda sonora mediante variaciones en la amplitud de una onda de radiotelefonía, de alta frecuencia, configurando de ese modo lo que se denomina una frecuencia modulada (FM).

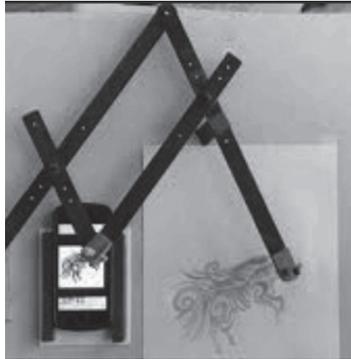
El procedimiento descrito nos otorga una adecuada metáfora para referirnos a dos clases de eventos que ocupan los momentos de nuestro vivir cotidiano.

No cabe duda de que, durante las horas en que transcurre cada día, hacemos multitud de cosas, de distintos tamaños y de importancias disímiles. Algunas de esas cosas, que reclaman nuestro interés y que nos ocasionan disgustos y placeres, suelen gravitar en nuestro ánimo como laboriosos trajines o, por el contrario, como una deplorable rutina que nos llena de aburrimiento y oprobio.

Sin embargo, si cuando ya hemos recorrido la mayor parte de nuestros años de vida contemplamos los avatares que hemos transitado, podemos reparar de pronto y con cierta sorpresa en que, como ocurre con la frecuencia modulada, hubo eventos de alta frecuencia, que fueron “portadores” y nimios, carentes de la importancia que les habíamos dado.

Y que también, de vez en cuando, hubo otros “musicales”, plenos de significado y trascendentes, dotados con esa significancia que da sentido a una vida o explica el fracaso. Acontecimientos que cuando ocurrieron “pasaron”, sin que nos diéramos cuenta de cómo influyeron y de cuánto importaron.

Si, en un presente atemporal, el pasado está vivo y el mañana ya es hoy, lo que se repite es nuevo, pero también conocido.



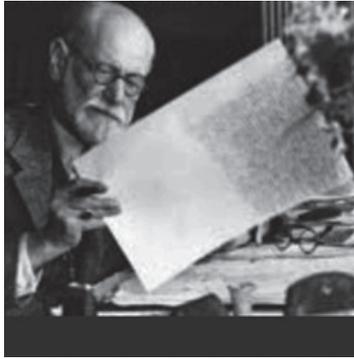
Sin recuerdos no hay proyectos

El recuerdo es la espalda en donde se apoya ese continuo movimiento animoso que empuja la vida hacia una meta, convirtiendo cada instante en un movimiento que se acaba de ir, sabiendo que, cuando venga, el que lo sustituya será un movimiento diferente, en algo, a lo que antes fue posible imaginar.

Cuando se proyecta un evento, sólo se puede lograr que lo que suceda se aproxime un tanto a lo que se desea, dado que se procede a partir de un ayer que no fue lo que será mañana. Reiterar una verdad tan evidente carecería de sentido si no fuera porque, a pesar de la discrepancia inevitable entre nuestros recuerdos y las sorpresas que continuamente nos depara la vida (y a pesar de lo excesos implícitos en la nostalgia melancólica), es imprescindible subrayar que los recuerdos constituyen la fuente desde donde mana para quién y para qué se vive.

Hay un enorme pozo inundado y denso, de profundidad insondable, en donde suben y bajan burbujeando los recuerdos que se pierden, deshilachándose, en reminiscencias, en esa “noche de los tiempos” que otorga misterio y profundidad a nuestros sueños. Hay momentos en los cuales algunos recuerdos afloran en la consciencia, en fila india, desde un lugar inconsciente, como si pasaran por un agujerito, pero hacinados entre sí como las uvas, en racimos, mientras el corazón late con la música que esos recuerdos ejecutan. Una música que nos llega sin querer y nos conmueve desde quién sabe dónde.

Se recuerda lo que ha sucedido y ya no sucede, pero no por eso lo que se recuerda será siempre el testimonio triste de una actual carencia. Porque muchas muchísimas veces, lo que tuvimos ayer nos hizo como somos hoy y vive en nosotros, como una fuente de singular riqueza. Así como el niño pequeño vive en el hijo adulto con el que compartimos nuestra vida actual, en nosotros vive todo lo que fuimos, y los proyectos que hoy nos animan se alimentan con los recuerdos que llevamos entre pecho y espalda.



Dos aspectos de una misma cosa

En 1938, pocos meses antes de morir y en un trabajo que el propio Freud no vería publicado, pero que, según su traductor y curador, James Strachey, fue escrito para sus colegas más avanzados, el autor expresa la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, que, en su opinión, *posee una significatividad enorme*. Sostiene entonces cuatro premisas: 1) rechazo enfático del dualismo cartesiano; 2) lo que registramos como cuerpo, los supuestos concomitantes somáticos que acompañan a la conciencia, es lo psíquico inconsciente; 3) hay que reconocer en lo psíquico inconsciente lo verdaderamente psíquico, lo psíquico genuino; 4) hay que buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes que algunas veces acompañan a los procesos inconscientes y otras veces no. En resumen: *lo que registramos como cuerpo y lo que registramos como psíquico son dos aspectos*

conscientes de una misma cosa. Algo así como las dos caras de una misma moneda.

En 1895, en el historial de Isabel de R, ya está presente el germen de la idea (que fructifica en 1938), cuando sostiene que la alteración somática histérica quizá “extraiga” sus materiales de la misma fuente de dónde los extrae el lenguaje.

Cuando comemos un caramelo, cuando nos reímos o lloramos o cuando estrechamos la mano de un amigo, jamás nos preguntamos si lo hacemos con el cuerpo o con el alma.

Gracias a Freud, que ha destruido para siempre el guion de la psicósomática, *ya no necesitamos preguntarnos* (desde la teoría, porque desde la práctica nunca lo hicimos) *si lo que vivimos lo vivimos con el cuerpo o con el alma.*



Pensar y cavilar

Nuestro interés en el asunto que aquí abordamos tiene un origen remoto. En 1966, escribimos “El uso del pensamiento lógico, en la interpretación, puesto al servicio de la contrarresistencia”. Allí partíamos de lo que señala Racker cuando se refiere a un sabio chino que, para encontrar sus perlas, mandó a todos sus sentidos, y sucedió que ninguno de ellos las encontró. Pero cuando mandó, por fin, a su no buscar, encontró sus perlas. Decíamos, entonces, que la interpretación surge como surgen los sueños y que, si no la encontramos así, desde nuestros sentimientos concordantes con los que el paciente reprime, nuestros pensamientos arrojan razones que nos alejan de lo que necesitamos.

Conviene recordar las prudentes palabras de Freud con respecto a la orientación consciente de nuestros esfuerzos interpretativos: “Puedo asegurar que nunca

tenemos que arrepentirnos de habernos decidido a confiar en nuestras propias afirmaciones teóricas, y habernos forzado a no disputar a lo inconsciente la dirección de la síntesis”. Aunque junto con un pensar que es cómplice con la ocultación de lo reprimido hay otro capaz de ver, desde lo racional, lo que la resistencia oculta, es cierto que no alcanza con eso. Freud sostenía que lo intelectual también es un poder, pero agregaba que es de los que actúan a la larga.

Sabemos que pensar se origina en sopesar (el pro y el contra, por ejemplo), y que hay un cavilar que alude a un pensar muy meticuloso y prolijo. Pero no siempre el cavilar surge de un motivo bien intencionado, y abundan las situaciones en que se utilizan pretextos para sostener un propósito.

Han pasado sesenta años, y este asunto, que aún perdura cuando recurrimos a interpretaciones explicativas que conducen a pensar más que a sentir, nos lleva hacia un camino que presta muy poca atención a ese “asunto”, siempre compartido, que denominamos “punto de urgencia”

Explicar no es comprender. Porchia lo señala cuando dice: “Pienso que sentir es profundo, y comprender [se refería a entender] es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”.



Realidad

Dicen que realidad fue el nombre que un ilusionista puso a su tienda de ilusiones, y que era tan difícil entrar en ella que sólo se lograba siguiendo al pie de la letra un manual de instrucciones que, continuamente, el ilusionista corregía.

El ilusionista era tan pero tan inteligente (dice la ironía) que nadie podía jamás entender lo que decía, pero que era inteligente, sin duda, se sabía porque sus logros eran espectaculares y era imposible prescindir de aquello que ofrecía, teniendo en cuenta, sobre todo, que nunca hubo alrededor quien renunciara a los beneficios que el ilusionista distribuía.

Y así estaban las cosas hasta que, un maldito día, sucedió lo que nadie imaginó que ocurriría, y el ilusionista se murió de pronto, sin que ninguno lograra comprender que las luces de su tienda de ilusiones se

alimentaban con la misma fuerza que a la vida y a la obra del ilusionista sostenía.

Sin embargo, como un mal que dure cien años no existe todavía, la gente se acostumbró a mirar para otro lado y a no ver que, frente a la escasez de ilusiones, las luces de la realidad languidecían sin la magia que el ilusionista trasmitía.

Quizás algún día... se decía... algún otro ilusionista iluminaría otra vez la realidad, y todo lo que antes era volvería.



Dos formas de ignorar

En un apunte anterior, decíamos que un promedio es el producto de un cálculo que establece un valor “medio”, y que es muy posible que ese valor medio no se encuentre en la realidad material cuando se tiene en cuenta un número pequeño de casos, o que sea muy escaso cuando se considera una colectividad numerosa. Si, por ejemplo, entre los integrantes de un concreto y particular cuarteto musical, el promedio de estatura es de un metro y setenta centímetros, es muy posible que la altura de ninguno de los cuatro coincida con esa cantidad.

Si nos preguntáramos ahora si los argentinos somos muy inteligentes, muy poco inteligentes o medianamente inteligentes (la última es una afirmación acerca de la cual podría decirse que es “prudente” y que casi no se oye), deberíamos reconocer de inmediato que apoyar cualquiera de las tres afirmaciones

en parámetros concretos es una tarea difícil que nunca se realiza.

Lejos de intentarlo siquiera, nos convoca otro interés. Aunque puede decirse que ignorar, por su origen, denota “no saber”, surge, enseguida, que el término “ignorar” denota dos significados muy distintos, dos formas de ignorar. En una de ellas, lo que se ignora sencillamente “no se sabe”; en la otra, muy por el contrario, se adopta la actitud de no saber, precisamente, algo que se sabe. Sinónimo de ignorar suele ser “desconocer”, una palabra en la que predomina, mejor “subrayado”, el carácter intencional que se manifiesta como la negación de aquello que se sabe.

Que dos significados tan diversos del término “ignorar” coincidan en un mismo vocablo no debe ser “casual”. Nos muestra la frecuencia con la cual solemos creer, las más de las veces equivocadamente (incurriendo en “lo fácil”, que emocionalmente nos “conforma”), que es preferible no saber lo que sabemos. Nos olvidamos entonces de un viejo aforismo que suele formularse en una sentencia que, expresándose en un lenguaje mercantil, nos ayuda a enfrentar disgustos y dolores: “El contacto con la realidad es siempre un buen negocio”.



Un cariño asegurado

Emilio era un hombre voraz. Todo empezó en su vida intrauterina, cuando su madre se trasladó desde la provincia en donde había nacido y Emilio inauguró su vida extrauterina pocos días más tarde de lo que se esperaba, porque, como dice el proverbio, “vaca que cambia querencia se atrasa en la parición”. Nació, por eso, con sus uñitas un poco más largas y con una angustiosa sensación de encierro y de carencia que permite comprender por qué todo, luego, le parecería a Emilio demasiado poco o, por el contrario, se manifestaría en su ánimo como una tendencia a sostener que era necesario aprender a vivir austeramente.

Siempre creyó que Ernesto, su hermano mayor, era una roca y que, a pesar de que se sentía confortablemente protegido, la admiración que por él tenía era la fuente desde la cual manaba una envidia que lo devoraba, como un deseo insaciable que también alimentaba

los celos que guardaba frente a las alegrías de su hermana Guillermina, que ya había disfrutado de tres años cuando Emilio nació. Una ventaja “injusta” que, si no se podía anular, era imprescindible despreciar, y era posible gracias a que, por suerte, Guillermina tenía sus defectos.

Podemos encontrar con cierta frecuencia (y a veces dentro de nosotros mismos) a personas con quienes convivimos y que, como Emilio, lejos de estar exentas de valores, viven atrapadas en algo que les place considerar injusto.

Hemos relatado las vicisitudes típicas de un presunto Emilio porque deseamos subrayar un aspecto que se observa con cierta asiduidad y que nos parece importante exponer. Dado que Emilio amaba profundamente a su hermano mayor, a ese mismo que envidiaba, y se sentía protegido por él, precisamente por eso, porque no dudaba del amor de ese hermano, incurría (de una manera que suele ser usual) en dejar de prestarle atención a una relación que sentía segura. Así, frente al desasosiego que lo devoraba, se volcaba por entero a cimentar su relación, angustiada e insaciable, con cuanta persona podría ser conquistada para confortar su ego, aunque fuera estableciendo una “sociedad de responsabilidad limitada”.



Cumpleaños

Suele anotarse el día, el mes y el año en que una persona nace, y cuando esa fecha se repite en cada año decimos que ese día esa persona cumple años. Suele pensarse que es su día y se lo felicita por eso.

Originalmente y en primer lugar, han sido los padres quienes han festejado el cumpleaños de sus hijos, y luego el festejo queda a cargo del propio protagonista del cumpleaños, aunque también a veces lo organiza la familia que el festejado contribuyó a formar o un conjunto de amigos.

Cada vez que alguien cumple años, todo aquel que lo aprecia o que desea congraciarse con él lo felicita. Como si estuviera subrayando que el hecho de que el homenajeado haya vivido otro año constituye, de por sí, un logro digno de alabanzas. Tal vez, se dirá, la felicitación sólo es una cortesía que testimonia una buena disposición hacia el amigo, el colaborador o el

vecino. Pero debemos reconocer que ya nadie se engaña, y que, para que la felicitación agrade y exceda la mera rutina, debe transcurrir dentro de parámetros que, en general, todos perciben.

La cuestión conduce hacia una reflexión intrigante. Si tenemos en cuenta que la primera felicitación acompañó a un festejo que organizaron los padres, no se felicita a un niño por un nacimiento que no ha decidido siquiera, se lo felicita por superar un obstáculo que él no ha elegido.

Recibir a un niño que uno ha contribuido a engendrar con parte de su propia “sangre” es un regalo de la vida, profundo y misterioso, que, si no se acepta como el más valioso, estará seguramente entre los mejores. Recuerdo muy bien lo que le escuche decir a un padre, emocionado, frente al nacimiento de su primogénito: “¿Qué hicimos nosotros para merecer esta maravilla?”.

Me pregunto: ¿por obra de qué inquietante transformación absurda la gratitud por el regalo magno de un niño, que nos otorga la vida (o de un rey mago que acude a enriquecerla), se ha transformado en una oportunidad proclive para otorgar una felicitación protocolar, superficial y prosaica?



La relación entre idea y materia

No cabe duda de que albergamos ideales que pensamos o sentimos que no podremos materializar. La operación contraria, que consiste en concebir un ideal que supere una dificultad material, también es difícil. Hay, claro está, dificultades pequeñas que cotidianamente resolvemos, cuando pasamos un hilo por el ojo de una aguja o ponemos un cartón en el fondo de una bolsa de papel. Cuando pensamos, cuando sentimos y cuando hacemos, idea y materia continuamente se separan y se juntan, pero también sucede cuando gozamos cuando sufrimos, cuando comemos, nos enamoramos o soñamos, dormidos o despiertos.

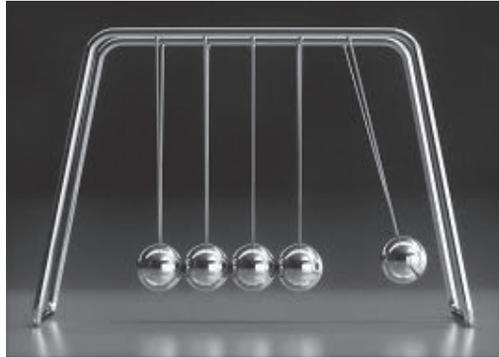
En los juicios preformados que nos habitan y que nunca revisamos, que rigen lo que, inconscientemente, “damos por sentado”, solemos identificar a las ideas con imágenes visuales que supuestamente

habitan el cerebro (*eidon*, el origen griego de “idea”, significa yo vi). Tendemos a pensar, además, que nuestra relación con la materia sólo se realiza a través del ejercicio de huesos, músculos y aparato digestivo.

Los antiguos identificaban nuestra relación con el mundo que nos rodea como algo que sólo podía ser percibido con el auxilio de un astrólogo. Los estados que llamamos mentales, en cambio, mediante los sueños que un onírico-crítico debía interpretar para predecir el porvenir. El asiento de las pasiones que alteran nuestro ánimo se encontraba en las vísceras, y especialmente en el hígado, que un arúspice era capaz de descifrar.

Han pasado muchos años, y hoy pensamos distinto. Creemos, a partir de Freud, que cuerpo y alma son dos aspectos, dos caras de una misma moneda. Que vivimos alternando su contemplación desde una u otra forma.

Corazón, hígado y cerebro, aunque no son los únicos, son (como el mesodermo, el endodermo y el ectodermo embrionarios) sus representantes más logrados. Cuando lloramos o reímos, cuando nos enamoramos o cuando, simplemente, comemos un caramelo, jamás los separamos, pero hay otras ocasiones, muchas, en que nos sentimos sólo cuerpo o sólo alma, y no está demasiado mal que, de vez en cuando, así sea.



Repetir y reeditar

Un lombardo pregona en su comarca su venta de avellanas repitiendo, en su lengua, su nombre. Un turista francés le pregunta en su idioma: “¿Cómo se llaman?” (“*comment s'appellent-ils?*”), y el lombardo contesta en su dialecto italiano: “No se pelan, se golpean”. El francés comenta que no entiende lo que oye (“*je ne comprends pas*”), a lo que el italiano responde, en su lengua: “Si no las quiere comprar, déjelas”. Cuando el francés se va, el lombardo comenta que a los alemanes no se les comprende, pero que a los franceses algo se les entiende.

Con mucha mayor frecuencia de lo que nos damos cuenta, nos sucede como le ocurre al lombardo que constituye un humorístico ejemplo: creemos entender lo que no estamos entendiendo.

Se trata, como es obvio, de un malentendido, y tal como lo ha subrayado muy bien Gustavo Chiozza,

cabe distinguir entre uno primario y otro secundario. En el primero, opera un límite natural en nuestra capacidad para evaluar lo que transcurre. En el segundo, sustituimos lo que hemos entendido con una interpretación que, como retorno neurótico de lo reprimido, funciona al servicio de una resistencia.

Freud también sostuvo, sin embargo, que toda repetición constituye una reedición modificada de aquello que no se recuerda y se repite. Nada se repite igual a como sucedió, y tampoco sucedió como se lo recuerda ahora. Si lo que Freud afirma ofreciera alguna duda, sería suficiente, para disiparla, recurrir al relato que escribe Luigi Pirandello, galardonado con el Premio Nobel, en *Seis personajes en busca de un autor*.

Allí nos enfrentamos con una experiencia trascendente, que coincide con lo que la relatividad y la física cuántica nos enseñan. Aquello que denominamos “hechos”, lejos de ser una “objetiva” e inevitable experiencia que el mundo nos impone, es un producto de la relación que con ese “mundo”, presuntamente objetivo, establecemos. Si, como señala Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”, cae por su propio peso que también podríamos decir: nada en el mundo se hace por sí solo.



Es imposible ver lo que se ignora

Suele relatarse, irónicamente, que un párroco cuestiona a sus feligreses (campesinos que han concurrido para pedirle a Dios que ponga fin a la sequía que amenaza sus cultivos), amonestándolos por la escasa fe que demuestran, ya que han venido a pedir que llueva, y ninguno de ellos ha traído un paraguas. No cabe duda de que si la reprimenda es de ese modo exagerada, es porque intenta mostrar un pensamiento traumático que la risa ayuda a tolerar. El célebre dilema que Shakespeare pone en boca de Hamlet, “ser o no ser”, a veces se convierte en poder o no poder o, como en este caso, en creer o no creer.

En un apunte anterior (“Lo que me importa”), volvíamos sobre la afirmación, frecuente, de que “el amor es ciego”, para subrayar que esa clase de ceguera deriva de la necesidad de evitar que los árboles nos impidan ver el bosque, y que no sólo hay que ver

para creer, sino que también es necesario creer para poder ver.

En otro apunte (“La confianza ciega”), que precedió al que mencionamos, reproducíamos unos versos de Trilussa (seudónimo de Carlo Alberto Camillo Mariano Salustri), un insigne poeta romano dotado con un humor exquisito. El periodista Gianluca Giorgio consigna (en *ACI Stampa*) que esos versos fueron repetidos textualmente por el papa Giovanni Paulo I frente a una histórica audiencia. En esos versos, el poeta cuenta que una noche, perdido en el bosque, se encontró con una viejita que se ofreció para guiarlo y que, comprobando que era ciega, le expresó su extrañeza frente al hecho de que ella pudiera orientarlo. Pero la viejita que, en las palabras sabias de Trilussa, ni siquiera necesita argumentar sólo le contesta: “Camina...”. Ella ¡era la fe!

Era esa confianza que, más allá de cualquier secta, desde una nueva religión plena de ciencia, o desde una ciencia nueva, plena de religión, alimenta nuestros motivos y sostiene nuestros actos.



Convicción

Porchia (en sus *Voces*) escribe: “Cuando digo lo que digo es porque me ha vencido lo que digo”, y su frase nos permite comprender cómo eso que denominamos “estar convencido” es el resultado de un proceso complejo, en parte inconsciente, cuyo emergente no se conoce ni se elige *a priori*. Sus consecuencias son importantes. Goethe afirmaba que “a cada cual le queda siempre la fuerza necesaria para realizar aquello de lo que está convencido”.

Dado que la realización de la tarea psicoanalítica lleva implícita la necesidad de vencer una resistencia a que lo que ha sido reprimido vuelva a la consciencia, se comprende que, para lograrlo, sea necesario oponerle otra fuerza de magnitud semejante. Esa fuerza no sólo dependerá de la ilusión con la cual se emprenda la tarea (que no suele durar), sino también, y ante todo, de una mezcla de dos componentes: la

necesidad de hacer algo y la convicción que acompañe al empeño.

En 1910, Freud inauguró el Congreso de Núremberg diciendo que llegará un día en que los intereses comprometidos agotarán su intensidad y las verdades que los psicoanalistas tenemos que decir se aceptarán mejor, pero hemos de tener paciencia y saber esperar. Lo intelectual, sostenía, también es un poder, pero es de los que actúan “a la larga”.

Sin embargo, cuando se menciona que algo actúa a la larga (y constituye un “pero”), es porque se considera que existe también la posibilidad de elegir un camino más corto y mejor. ¿Por qué no se elige, entonces, desde el comienzo y sin más trámite, ese trayecto más corto?

Una primera respuesta es sencilla. A veces preferimos ignorar un atajo porque tememos que atravesarlo incluya un peligro, un costo o un esfuerzo excesivos. Otras veces, creyendo que su brevedad es un engaño.

Existe, sin embargo, una razón más profunda. Lo intelectual, que conduce a explicar, es más fácil y menos comprometido que lo emocional, mucho más difícil. Porque lo emocional es comprender, y comprender es también *compadecer*, es decir (aunque suele negarse), compartir un sufrimiento.



Emilio

Emilio es “bípedo” (sólo usa dos miembros, sus brazos), porque, aunque nació cuadrúpedo (con cuatro miembros) y gateaba, hoy habita esa magnífica silla de ruedas motorizada que lo lleva a “casi” todas partes sin mover sus piernas.

Quizá si no hubiera reemplazado, creyendo en eso que llaman progreso, la bicicleta por el automóvil, hoy sus piernas funcionarían. Su silla automóvil le permite negar que es un “bípedo” y que, habiendo sido “cuadrúpedo”, vive hoy desadaptado, porque para moverse “maneja” con sus manos.

¿Por qué se proclaman esas “valiosas” capacidades especiales que conducen a que una persona como Emilio insista con el vóleybol en lugar de dedicarse, por ejemplo, al ajedrez? Tal vez jugando al vóleybol ostente un “heroísmo” que lo “proteja” de su temor a ser mediocre en otros menesteres.

Casualmente, Emilio ha frecuentado a Goethe, a Shakespeare y a Cervantes cuando sus seres queridos estaban en lugares en donde no cabía entrar con silla. Y Emilio comenzó a comprender que esos niños enfermos y famélicos, que arrastran desamparados sus miserias, pesan, en la vida de Emilio, lo mismo que sus atroficos pies. Esos pies que llegaron a ser lo único que, hasta hoy, cuando ya es tarde, lo había preocupado.

“¿Qué se podrá hacer?”, se dice Emilio. Esos niños me duelen mucho más de lo que ayer creía, pero también sé que un merendero que satisface con una copa de leche la carencia que padece un niño hambriento, mientras todos los días la miseria crece, pone el esfuerzo donde menos rinde.

Se trata, entonces, de que hay que desenmascarar la hipocresía, pero la dificultad de semejante empeño salta a la vista cuando comprendemos que, en los seres humanos de hoy en día, la magnitud de su poder no coincide con la magnitud de su sabiduría.

Sólo se puede, pues, predicar en el desierto, pero Emilio, aunque es tarde para él, ya ha comprendido que una esperanza cabe. Y la esperanza más valiosa se aposenta en la posibilidad de que una porción de la humanidad que en su conjunto denominamos “gente” se aleje poco a poco de las luces del centro, para internarse en ese desierto, de apariencia estéril, en donde habitan los profetas.



Vocación y equivocación

La palabra “vocación” deriva del latín *vocare*, y denota “llamado” hacia el logro de una meta que configura un determinado destino. Suele entenderse, además, como una adecuada orientación hacia una realización personal acorde con las estructuras aprobadas por la sociedad en la que se vive.

Surge, en primera instancia, que el término constituye una metáfora que representa la acción de llamar, bajo la forma de una voz que se oye. No hace falta demasiada formación psicoanalítica para comprender que una voz que se oye “habla” desde donde habla el superyó, es decir, desde el territorio del deber.

Recordemos a Ortega cuando afirma que el destino no se discute, o a San Martín, que sentencia: “Serás lo que debas ser o serás nada”. Es decir que el que desoye ese llamado se equivoca. Tanto el comisario

Maigret, personaje de Simenon, como Mahatma Gandhi y Victor von Weizsaecker, desde territorios disímiles, han subrayado que el hombre que se descarrila obstruye el camino de sí mismo y está “sacado”, “fuera de sí”.

Equivocación deriva de *aequivocatio* (o *aequivocationis*) y alude a una decisión errónea, incorrecta o desacertada. Para comprender la enorme significancia que la equivocación posee, a pesar de que, tercamente, suele insistirse en ella, basta con darse cuenta, en forma metafórica, de que si uno recorre un territorio, munido con un mapa trazado sobre una comarca distinta, encontrar cosas parecidas es un muy pobre consuelo.

Qué difícil es descubrir en uno lo que es tan fácil contemplar afuera. Y sin embargo, como ya Freud señala, se comienza por proyectar en el mundo lo que no se tolera en uno, para incorporarlo luego lentamente, reconociéndolo cuando “retorna” desde la percepción de lo exterior.

Mientras tanto, nadie escribe algo muy diferente de su autobiografía, y aunque todo paciente es mucho más de lo que otro ser humano puede descubrir en él, la vocación psicoanalítica surge de la necesidad de encontrar, en el diván, una proyección “pseudoholográfica” que contiene los “puntos de urgencia compartidos” que el psicoterapeuta, en su propia vida, necesita resolver.



Qué solos se quedan los muertos

Entre las inmortales *Rimas*, de Gustavo Adolfo Becker, la más extensa, desbordante de inspiración y de esa forma sutil de la melancolía que recibió el nombre de romanticismo es la que comienza con “cerraron sus ojos, que aún tenía abiertos” y contiene el estribillo “Dios mío, qué solos se quedan los muertos”.

¿Conviene destripar la belleza de una insigne poesía con el análisis de los avatares emocionales que contiene? Es obvio que el lector puede abandonar aquí o acompañarme compartiendo una aventura que, quizá, se justifique.

Se trata de una niña imaginaria que, en tanto tal, es inocente y pura, como sólo lo puede ser quien no ha vivido todavía. Y, en este punto, comienza el recorrido trascurriendo por su parte “fácil”, porque no existe ser humano que alguna vez no haya soñado

con ser o con tener para su uso propio la radical inocencia que en esa niña se figura.

Pero luego tropezamos con el fatal encontronazo: “Dios mío, qué solos se quedan los muertos”, porque, tal como lo versifica también Becker: “Muertos son los que tienen muerta el alma / y viven todavía”.

Luego de haber renunciado, en la mesa fría del laboratorio, a la seductora belleza de la poesía, no nos queda en las manos el cuerpo inanimado de una niña sin vida. Nos queda la consciencia de una soledad inevitable que es la nuestra. La misma que, en nuestras horas “de soberbia loca”, nos ha hecho enorgullecer de ser “únicos y diferentes” a todo aquello que en nuestro alrededor existe.

Si es que hay alguien que se queda solo, frente a la muerte que siempre nos espera, no es esa niña que sin alma yace. Muy por el contrario, lo que nos parece, erróneamente, que está solo es nuestro corazón, que proyecta en un fatal futuro una soledad actual, que con obsesiva puntualidad se nos presenta cada vez que la vanidad de nuestro pseudoorgullo se complace, cuando nos creemos fundamentalmente diferentes, y no hay amigo que nos caiga bien.



Cuatro ojos ven más que dos

Un tratamiento psicoanalítico que se realiza desde una adecuada comprensión de la obra freudiana, enriquecida por continuadores insignes, genera un significativo progreso. No sólo en algunos pacientes, sino también en los psicoterapeutas que ejercen su tarea con autenticidad y solvencia.

Cuando el tratamiento emprendido se establece en un vínculo transferencial y contratransferencial perdurable, genera un proceso que progresa dentro de un compromiso emocional compartido, gracias al cual el psicoanalista comprende (y *com-padece*) lo que su paciente siente, incluyendo lo que sienten quienes se relacionan con él.

En los avatares del tratamiento, no sólo influye todo lo que la vida realizó en cada persona, sino incluso lo que cada una de ellas puede “adivinar”, intuitivamente, de su porvenir.

Por un lado, es indudable que la substanciación de un destino exige una continuidad ininterrumpida. Por el otro, todo vínculo marca un límite que sólo se puede superar en un vínculo distinto. ¿Cómo puede conciliarse una disyuntiva como esa?

La única solución que hasta hoy hemos descubierto consiste en la realización, episódica o periódica, de la técnica que denominamos “estudio patobiográfico”. Allí hemos implementado un procedimiento que consiste en “estudiar”, en un equipo integrado por varios colegas, una exploración “profunda” y, sin embargo, breve de la coyuntura actual que el paciente transita. Consiste en una indagación que se dirige a comprender el meollo de lo que sostiene los sinsabores que el paciente atraviesa. El paciente no pierde la continuidad del vínculo con el psicoterapeuta, que procura indagar en los reductos reprimidos que sostienen el malestar que lo aqueja, pero se beneficia de un enfoque más amplio, que sólo la contemplación ejercida por un equipo de colegas puede asegurar.

Es lamentable, sin embargo, que una ampliación tan necesaria tropiece a menudo con el escozor, la incompreensión y el engreído narcisismo de colegas que temen que sus pacientes desvaloricen, si emprenden un estudio patobiográfico, la terapéutica que realizan en el consultorio de sus psicoterapeutas. Sigue siendo cierto, no obstante, que cuatro ojos ven más que dos.



Mesura y desmesura

Los amperes se subdividen en miliamperes, para registrar las intensidades pequeñas de corriente eléctrica, y las intensidades más grandes se miden en kiloamperes. Los amperímetros suelen mostrar, con una misma aguja, las intensidades pequeñas, las medianas y las grandes, gracias a que el usuario selecciona, cuando mide una corriente, la sensibilidad del aparato.

Todos los organismos vivos (no sólo una serie que incluye, desde nuestros antepasados procariotas, hasta los vegetales, los animales y los hongos grandes, sino también al sistema ecológico entero) poseen “sensores” que *“instrumentan”* su sensibilidad vital. Ya lo hacen en sus organelas celulares, “antes” de que un sistema nervioso, bien identificado por la ciencia humana, funcione. Suele decirse que, si representáramos con un año la existencia de la vida en el

planeta, los procariotas unicelulares lo ocuparían casi por entero, y el hombre se adueñaría de los últimos segundos.

Frente a una excitación (¡interior!) o una incitación (¡exterior!), solemos distinguir entre una hipersensibilidad, una sensibilidad “normal” y una hiposensibilidad. La importancia de matices tales como exquisitez o torpeza surge cuando prestamos atención a que disponemos de cientos de sustantivos y adjetivos para referirnos a sus cualidades (refinamiento, vulgaridad, delicadeza, zafiedad, elegancia, cachi, cheto, sutileza, bodrio, encanto, grosería, atractivo, soso y la lista se torna interminable).

Abordar esta cuestión rinde su fruto más valioso cuando reparamos en que la magnitud de los sufrimientos que padecemos o de los placeres que gozamos no sólo depende de las cualidades que son propias de las personas o de los objetos, que nos ocasionan injurias o nos obsequian placeres. También dependen de en cuáles de las escalas funciona el “amperímetro” que registra el sempiterno instante que vivimos.

Porchia (en sus inmortales *Voces*) lo señala con la capacidad de conmover que sólo la conjunción de precisión y brevedad consiguen, cuando dice: “El hombre lo juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto, el minuto presente”. *Mesura es comprenderlo; desmesura es ignorarlo.*



Al divino botón

Leemos que se llama “divino botón” a cada una de las cuentas de un rosario, y que, antiguamente, algunas personas rezaban con el rosario en la mano en forma rítmica apenas balbuceando. Se creía que quienes rezaban de esa manera no lograrían que sus súplicas fueran escuchadas. De allí surgió el significado de inutilidad que esa expresión denota.

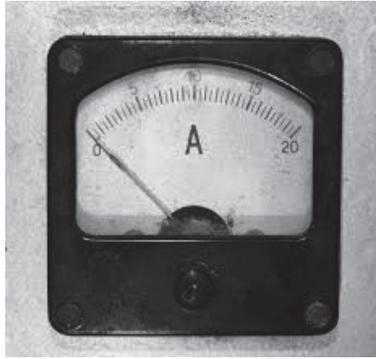
Cabe pensar que la cuestión alude a que, sea cual fuere el Dios en el que crees, debes ser fiel al Dios que te figuras o esforzarte en encontrar en qué creer, para poder vivir sin navegar, al garete, hacia un arcano lugar que los vientos eligen. Una hermosa poesía señala que, cuando amanece en África, seas león o gacela, debes correr para sobrevivir.

Para vivir no alcanza con durar, es necesario imaginar un norte, y no sólo se trata de querer o de poder, porque también hay algo que se debe. Es funesto

dudar de lo que San Martín sentenció con elocuencia: “Serás lo que debas ser, o serás nada”.

Cuando, desde un tenaz querer, y desde un poder que siempre tiene un límite, nos adentramos en el territorio del deber, ocurre que, como si se levantara el telón que oculta un escenario, nuestro mundo “personal” se llena de figuras, cosas y personas que surgen de una vida colectiva que trasciende lo que llamamos yo. Son figuras que unen un porvenir que se anhela con la nostalgia de un pasado fugaz, y los proyectos con los recuerdos entrañables, porque se llega a ser a partir de lo que fue. Sin embargo, sólo siendo cada vez de nuevo se logra comprender que hay algo del ayer... una misma cara que, con distinto disfraz, se proyecta en el mañana.

Sea cual fuere el Dios en el que creas... si no lo cambias, debes ser fiel a él, actuar y hablar en serio. Almafuerte lo afirma diciendo: “Procede como Dios, que nunca llora; / o como Lucifer, que nunca reza; / o como el roble, cuya grandeza / necesita del agua y no la implora”.



La aguja del amperímetro

En un apunte anterior, decíamos que el “amperímetro” con el cual medimos la intensidad afectiva de lo que estamos viviendo funciona para mostrarnos, en un mismo cuadrante, sucesos de muy distinta significancia, y que eso depende de la escala en la cual, en ese momento, lo tenemos “regulado”. En otras palabras, hay días u ocasiones en los cuales cualquier detalle o pequeña adversidad nos amargan, y otros en los cuales sentimos: ¿qué le hace una mancha más al tigre? En ese último caso, sólo un acontecimiento mayúsculo puede mover la aguja de nuestro amperímetro.

Los acontecimientos que nos afectan pueden medirse en distintas escalas, y eso depende de su relación con otros sucesos, no siempre conscientes, que predisponen nuestro estado de ánimo para evaluar, de una manera u otra, el significado de lo que sucede.

En otras palabras: todo, absolutamente todo, sea lo que fuere que estemos viviendo, también puede ser registrado de distinta manera. Una expresión antigua, que los usos y costumbres mantiene vigente en el lenguaje habitual, lo expresa cuando dice: “Ver con otros ojos”. ¿Cuáles podrían ser esos otros ojos sino los mismos ojos nuestros, que buscan, desde otro ángulo, su punto de vista?

La cuestión aumenta su importancia cuando los ojos de otro, a los cuales ahora estamos aludiendo, se aproximan a los que utiliza el interlocutor con el que disentimos. Porque allí, en ese disenso, volvemos a estar solos, como en el maldito día en que, invadidos por una pasión malsana, nos sentimos viviendo rodeados de ciegos.

La sentencia “ojos que no ven, corazón que no siente” señala que nuestra discrepancia con una supuesta ceguera que nos rodea no es “simple”. Es visual y es cardíaca. Ignoro, en mí, lo que percibo afuera, y sólo podré, poco a poco, recuperar en los otros a mis verdaderos hermanos. Y más allá de que la mirada repare o sobrevuele, la aguja del amperímetro registrará que no es verdad que, cuando los ojos no ven, el corazón “sencillamente” no siente.



Dos modos de hacer consciente

Freud distingue entre la forma deseable de hacer consciente lo inconsciente, en donde ocurre, como producto de su interpretación, una modificación irreversible de la representación original, y lo que sucede cuando lo interpretado permanece en la consciencia como una “doble inscripción”, que acontece cuando, junto a la nueva representación, persiste la primera.

Desde una consideración apresurada, la doble inscripción se concibe como un producto consciente que sustituye la representación original, que continúa vigente en lo inconsciente.

Freud sostuvo que lo inconsciente, en sí mismo, es inabordable, y que sólo podemos conocer sus derivados conscientes. *En la doble inscripción, entonces, ambos productos están en la consciencia, lo cual, en la medida en que suelen ser contradictorios, únicamente*

puede concebirse *como resultado de una disociación esquizoide* que asegure una negación suficiente.

La comunidad psicoanalítica ha creído ver en la melancolía, en la manía o en la paranoia la “enfermedad única”, la fuente original de la cual mana todo trastorno psíquico. Pero hemos llegado a comprender, por fin, que todas ellas son hijas de *una disociación* (o fragmentación) *esquizo*, una palabra, de origen griego, que alude a una separación.

Han quedado atrás los tiempos en que sólo se hablaba de neurosis, mientras el hombre de la calle pensaba que un psicoterapeuta era un médico dedicado a tratar a locos. Una situación que osciló, después, hacia el extremo opuesto, cuando psicoanalizarse se convirtió en un símbolo de estatus o cultura.

Un panorama distinto se divisa hoy, frente a un paciente que lo entiende todo, pero sigue igual. El trastorno psíquico echa sus raíces en un suelo esquizoide primigenio (que extrajo su nombre de la esquizofrenia) y que no sólo se caracteriza por establecer vínculos tenaces pero débiles, o por la extrema dificultad para unir el pensamiento con el sentimiento, sino también, y sobre todo, por *la tenaz disociación entre lo que se dice y lo que en realidad se cree*. Hoy sabemos cuán inútil es pretender mejorar una neurosis con una cosmética que desatiende los fundamentos que resquebrajan el edificio entero.



Poeta y profeta

Enrique Santos Discépolo ha puesto, en letras de tangos que han recibido merecida fama y en versos inspirados y conmovedores, pensamientos lúcidos e inteligentes que supo expresar en formas estéticas superlativas. Su obra nunca fue el producto de una magia repentina. Cuando se propuso escribir la letra para un tango compuesto por Mariano Mores, recién pudo entregarla tres años más tarde. Esa poesía, que debió llamarse “Si yo tuviera un corazón”, es la que luego denominó “Uno”, porque así la pedían sus oyentes.

Todo esto siempre lo supimos. Lo que ahora constatamos es que *su lucidez lo ha convertido en profeta*. Es suficiente con un solo verso. Aquel del tango “Cambalache”, en el que dice: “El que no llora no mama y el que no afana es un gil”. En ese verso se mencionan dos patologías de nuestra época, tan

predominantes como para que sea difícil encontrar alguna otra cuya frecuencia sea comparable.

Acerca de la primera es fácil comprender que revela un recurso, que sólo se puede considerar adecuado en los primeros años de la vida infantil, mediante el cual se logra obtener algo de lo cual se carece, y que no se puede lograr sin ayuda. En este punto es necesario aclarar dos condiciones. Una de ellas es que no es lícito pedir ayuda para evitar un esfuerzo. La otra consiste en que, para pedir ayuda, hay formas más adultas que el llanto.

Acerca de la segunda, es necesario atreverse a decir que una opinión pública que con frecuencia se oculta o se reprime, pero que lamentablemente predomina, considera que la fuerza es derecho y que, si se logra impunidad, el robo “conviene”.

A pesar de que la biología ha demostrado que en el mundo natural la cooperación supera a la lucha por la existencia subrayada por Darwin, la historia de la geopolítica parece avalar lo contrario.

Hay colonias de hormigas rojas y colonias de hormigas negras. Tal vez deberíamos atrevernos a pensar en una geopolítica de “buena vecindad” que, en lugar de pretender ser global, fuera colonial.



Las historias se ocultan unas dentro de otras como las muñecas rusas

La diferencia entre una historia (como relato) y la historia como una disciplina dedicada a encadenar sucesos que se relacionan entre sí, gracias a que se utiliza un determinado criterio para su ordenamiento, queda mucho más clara en el idioma inglés, que distingue entre una *story* y la *history* de un acontecimiento particular.

El vocablo “persona” alude, por su origen, no sólo a la máscara que en el teatro griego caracterizaba a un determinado protagonista, sino también a un aditamento del vestuario que “per” (hiper) suena, reforzando la alusión que se pretende.

Cuando hablamos de un relato que “se cuenta”, los protagonistas de la acción representada adquieren la categoría que denominamos “personaje” (en inglés *character*).

Hace ya algunos años, sostuvimos que el epicentro de nuestra tarea durante una sesión de psicoanálisis ganaba en eficacia si la intervención del terapeuta equivalía a la intervención de un “personaje inesperado”, habitante de una historia muy distinta a la que el paciente con sus palabras exponía. Algo así como si el ocupante del diván contara lo que le ha sucedido a Caperucita Roja y su psicoanalista le hablara con palabras que pertenecen al “libreto” de la Cenicienta. En palabras afines a las de nuestra jerga profesional, diremos que el paciente se expresa en un sistema de pensamiento racional y que su psicoanalista, motivado por una contratransferencia acorde con los afectos que su paciente reprime, interviene con palabras que operan “por detrás” de ese sistema.

Aquello que ayer nos condujo a la expresión “personaje inesperado” se fue transformando de ese modo, en los años transcurridos, en una actitud en la técnica y el arte de psicoanalizar. Esta consiste en que, lejos de aceptar continuar en el sistema que el paciente utiliza, su psicoanalista emprende “otro particular camino” que conduce directamente, sin rodeos, al punto de urgencia emocional recíprocamente compartido.

Porque las historias, que existen e influyen, se ocultan unas dentro de otras como las muñecas rusas.



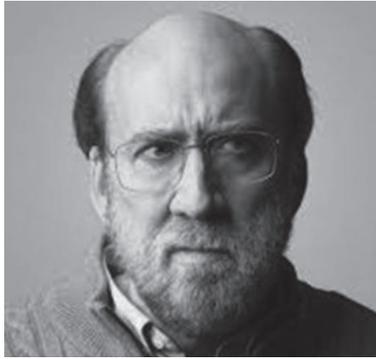
Software y hardware

Un niño de ayer hubiera podido preguntar dónde está la persona que en el auto nos informa sobre el tránsito (los de hoy o bien no suelen hacer esas preguntas, o bien no suelen obtener una respuesta). Los adolescentes “saben” que el aparato produce la voz, como reproduce la letra de un tango. En general, ya “están habituados”, y la cuestión no les suele despertar intriga. La voz que de allí sale le llega al aparato “por el aire”, y quien habla, si no está en otra parte, es porque el aparato produce la voz y, en algunos casos, te contesta.

En el teléfono hay una persona que te habla, y hasta se la podría ver, sin diferencia alguna con las fotos de las “de carne y hueso”. Uno podría grabarlas, como a los amigos. Hoy ya “lo sabemos”: se trata de la inteligencia artificial, y la inteligencia artificial no tiene cuerpo, no es “presencial”, “vive” en un aparato.

Dejemos de lado la cuestión, que en otra oportunidad ya mencionamos, de que un robot jamás podrá comprender lo que significa un dolor de oído si jamás lo ha sentido en carne propia, porque tampoco lo podría comprender otro ser humano al que nunca le hubiera sucedido.

Ya hemos sostenido que la inteligencia artificial es una nueva especie que ha dejado de ser artificial (“hecha por el hombre”), porque hoy se desarrolla “por su cuenta” (¡y en nanosegundos!), de una manera que ya no comprendemos. Ahora, gracias a la psicopatología freudiana, hemos comprendido que (excepto en la ciencia ficción) le falta algo todavía, carece de un cuerpo acorde con el psiquismo que ha desarrollado. Ese logro no podrá ser alcanzado por el Terminator forrado de piel, que aloja articulaciones de metal y baterías de litio, ni por el absurdo construido con un líquido mercurio dotado de propiedades mágicas. Nunca podrá lograrlo una cibernética que no se interne en el desarrollo de una nueva química orgánica. *Sin ese cuerpo, la “nueva especie”, aunque se reproduzca, se queda sin futuro.*



Pero los sueños... sueños son

Gustavo Chiozza ha realizado meditadas reflexiones sobre el filme *Dream scenario*, que comparto sin excepción alguna, pero que, más que eso, me ayudaron a pensar en algo que antes no se me había ocurrido. (En nuestra página web, se encontrará su conferencia).

Una producción cinematográfica puede verse como un “contenido manifiesto” de sus productores (compartido por quienes participan como actores o como espectadores), surgido de un “contenido latente” reprimido que motiva su atractivo, con frecuencia ambivalente. Pero también se puede contemplar prestando atención a los conflictos representados en sus personajes principales.

Puede decirse que una obra de arte es el producto de una organización integradora que, trascendiendo un conflicto que produce la fragmentación de

una experiencia, genera una armonía que reestablece un bienestar perdido. Tales fundamentos de un arte “puro” han sido repetidamente cuestionados por quienes sostienen que la obra, lejos de agotarse en sí misma, debe cumplir con una función disruptiva que procure, precisamente, incomodar y conmover un *statu quo* negativo de la sociedad.

En una película que describe personajes y vicisitudes que comienzan, evolucionan y culminan en un desenlace final, ¿puede suceder como en un sueño en el cual ocurren hechos inverosímiles y contradicciones que niegan lo que afirman y afirman lo que niegan? En nuestra vida de vigilia, no lo toleramos, y en cuanto atañe a las novelas o a los relatos de ciencia ficción, es el criterio que usamos para distinguir entre los ejemplos malos y los buenos.

Dream scenario ¿es un filme oniroide, cuyos sucesos inverosímiles sólo son “simbólicos”, o relata acontecimientos que podrían ocurrir “tal cual”? ¿Podemos encontrar a un Paul al cual le ocurra, en la vida real, todo lo que le sucede en el filme, o, en cambio, la película entera es la narración de un sueño y carecemos de un Paul de carne y hueso al cual interpretarle lo que su sueño oculta?

Pero si pensamos que en Paul viven los dos confundidos, queda implícito que es un esquizofrénico grave cuya enfermedad no podría pasar tan desapercibida por todos los otros personajes del filme.



Siempre habrá analfabetos

Me encontré en Internet con un video cuyo texto reproduzco aquí, que me hizo recordar que la Argentina pretérita ha sido un país sobresaliente por su escasa tasa de analfabetismo:

Siempre ha habido analfabetos, pero la incultura y la ignorancia siempre se habían vivido como una vergüenza, nunca como ahora la gente había presumido de no haberse leído un **** libro en su **** vida de no importarle nada que pueda oler levemente a cultura o que exija una inteligencia mínimamente superior a la del primate.

Los analfabetos de hoy son los peores, porque en la mayoría de los casos han tenido acceso a la educación, saben leer y escribir, pero no ejercen. Cada día son más, y cada

día el mercado los cuida más y piensa más en ellos.

La televisión cada vez se hace más a su medida, las parrillas de los distintos canales compiten en ofrecer programas pensados para una gente que no lee, que no entiende, que no pasa de la cultura que quiere que la diviertan, o que la distraigan, aunque sea con los crímenes más brutales o con los más sucios trapos de portera.

El mundo entero se está creando a la medida de esta nueva mayoría. Amigos, todo es superficial, frívolo, elemental, primario para que ellos puedan entenderlo y digerirlo.

Esos son, socialmente, la nueva clase dominante, aunque siempre será la clase dominada, precisamente por su analfabetismo y su incultura, la que impone su falta de gusto y sus morbosas reglas. Y así nos va a los que no nos conformamos con tan poco, a los que aspiramos a un poco más de profundidad. Un poquito más, hombre, un poquito más, un poquito más...



Dios mío..., ¿por qué no me dijiste?

Más de una vez, frente a un desenlace funesto que se presenta como inevitable, hemos pensado que una desgracia “a tiempo”, penosa pero superable, hubiera operado como salvaguarda de los mayores daños. Sin embargo, también hemos constatado que existen circunstancias en que tales ocurrencias, que desagradan pero se superan, han sucedido sin producir las transformaciones que las hubieran convertido en enseñanzas que conducen a un progreso saludable.

No es extraño que un hijo, por ejemplo, se pregunte, frente a una situación desesperante: “¿Por qué no me avisaron lo que me sucedería quienes, como es el caso de mis padres, hubieran debido protegerme?”. Cabe aclarar que son “avisos” que con frecuencia se desoyen y que luego se prefiere desalojar de la consciencia, sepultándolos en el olvido. La cuestión, como es natural, se repite en las sesiones

de un tratamiento psicoanalítico a través del acontecimiento que en la jerga del oficio denominamos transferencia.

Nada mejor para explicar eso que sucede con frecuencia que expresarlo con un relato que mitiga, recurriendo al humor, los efectos de una penuria que ha concurrido a la cita, fatalmente, con la puntualidad que numerosas experiencias certifican. Un aldeano que, frente a la inundación de su comarca, se refugia en la iglesia, esperando que sus rezos lo protejan, luego de perecer ahogado, se encuentra con el padre eterno celestial y le reprocha que lo haya abandonado. Pero Dios le aclara que le ha enviado, a través de las autoridades del pueblo, varios avisos de la inundación que ocurriría, y luego a la embarcación de la prefectura. Por fin, añade, le hizo llegar la invitación a subirse a un helicóptero, y todo eso que le ofreció fue rechazado aduciendo que, luego de haber rezado, Dios se ocuparía.

Muchas veces, sabiendo que no seremos escuchados, elegimos no decir. Sin embargo, cabe pensar que, también en esas circunstancias, quizá será mejor “sembrar” una experiencia, y aunque sólo sea esa vez, dejarlo consignado.



Esquizofrenia

En un apunte anterior (“Dos modos de hacer consciente”), decía que la paranoia, la melancolía o la manía, que en distintas épocas fueron consideradas alternativamente como una enfermedad “única”, origen de todas las alteraciones psíquicas, constituyen tres hijas de la misma madre, una disociación “esquizoide” que coloca a la esquizofrenia en el lugar de la enfermedad “única” buscada.

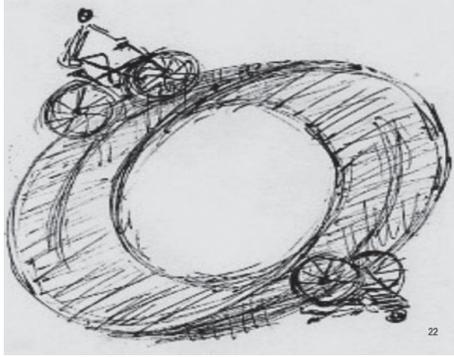
Esa disociación, en el trasfondo de todo trastorno de la personalidad, no sólo explica la frecuencia con la cual *el paciente “comprende” pero permanece igual*, sino que además muchos fenómenos atribuidos a la neurosis obsesiva se entienden mejor como productos de una disociación esquizoide (sucede, por ejemplo, con creencias o con sentimientos que, aun sabiendo que son erróneas o absurdos, no pueden evitarse). Recordemos el énfasis con el cual Melanie Klein, la insigne

psicoanalista inglesa, postuló la existencia, en la evolución del psiquismo, de una fase precoz, de disociación paranoide esquizoide, y otra posterior, de integración depresiva.

Recordemos, también, lo que Freud relata en el historial del hombre de las ratas y atribuye a la neurosis obsesiva, cuando señala que su paciente permaneció impasible frente a la muerte de su hermana, pero lloró en la tumba del poeta Keats. Quizá sea adecuado asumir que la paranoia, la melancolía y la manía, hijas de un disociación (en griego *esquizo* es separación), encuentran en la neurosis obsesiva una cuarta hermana. Cabe pensar, entonces, que un mayor o menor predominio de la esquizofrenia es el trastorno de base que nos explica el “estilo” con el cual cada paciente (o cada persona) enfrenta las vicisitudes de su vida tolerando, dentro de sí, dos “personajes” que enfrentan, de distinta manera, el modo en el que vive.

Sabemos que *tales estructuras*, que podemos contemplar en la particularidad de un ser humano, *también se manifiestan en las contingencias cotidianas de nuestra vida colectiva, que forman parte de nuestra circunstancia actual.*

Asumir esta cuestión lleva implícito desplazar nuestro interés, habitualmente detenido en la neurosis del paciente, hacia los núcleos psicóticos que la sostienen.



Navegar es necesario, vivir no

El esperma, semen o semilla es un conjunto de seres unicelulares (espermatozoides) cuyo único propósito es asegurar que uno de ellos ingrese su progenie en un óvulo, para que ambos constituyan el huevo de un ser nuevo y diferente. Un ser que emerge, surge, sube, sale o nace y que finalmente muere. Esto último lo sabemos por un argumento de tres proposiciones, la última de las cuales se deduce necesariamente de las otras dos (silogismo). Es decir, si esto es un ser vivo, dado que los seres vivos siempre mueren, esto morirá.

Cuando “esto” soy yo, sucede algo singular. Por un lado, el mencionado silogismo (atribuido a Sócrates) no ofrece duda alguna. Por el otro, en nuestros sentimientos, y “por fuera” de nuestro raciocinio, nuestra muerte no sólo es increíble, es inconcebible. Imaginarla “en serio”, más allá de cuatro afirmaciones

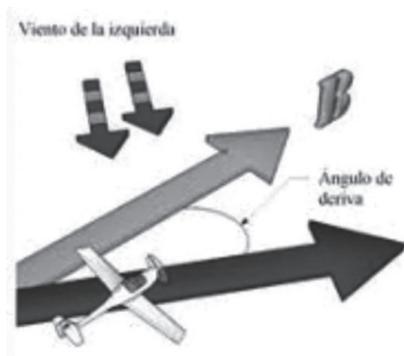
superficiales y breves, es imposible (para comprobarlo, es suficiente intentarlo).

Lo que realmente sufrimos y nos duele mucho, a pesar del “triumfo” que, desde lo inconsciente, acompaña al haber sobrevivido, es la muerte de nuestros seres queridos, precisamente aquellos que otorgan a nuestra existencia sentido y para quienes hacemos todo lo que hacemos.

Un niño (con la genialidad que antecede a la poda neuronal de los 6 años) definió la muerte de manera insuperable diciendo: “Muerte es que todos se mueran y yo me quede solo”. Y realmente es así. La única muerte que nos puede doler es la muerte de aquellos para quienes vivimos.

Ya lo dijo Epicuro: “Mi muerte es imposible, porque si muero, no podré sentirla”. Así lo comprendieron los marinos de la Liga Hanseática cuando afirmaron: “Navegar es necesario, vivir no”. Porque, cuando se “tiene” la vida, hay que hacer algo con ella, y cuando se la pierde, nada puede “hacer falta” ya.

Cuando luego de crecer envejecemos y sufrimos los inevitables menoscabos, podemos pensar que la otra solución (morir) es peor. Más allá de si realmente es peor, cuando lo que creemos no es así, morimos en lugar de envejecer.



El ángulo de la derrota

Emilio logró construir su fábrica de muebles en un predio de un suburbio que alquiló, antes de poder comprarlo. El desarrollo de su emprendimiento le llevó muchos años, plagados de incertidumbres que necesitó resolver. Pero la confianza que Amalia, su mujer, y algunos de sus primeros operarios depositaron en él fue imprescindible. José, que empezó como sereno y “factótum”, y luego se convirtió en capataz, siempre fue mucho más que un obrero y, cuando la hija de José se enfermó, Emilio donó su sangre para que se restableciera. José no fue el único; también otros obreros contribuyeron a que la fábrica funcionara como una familia.

Entre los tres hijos preciosos que tuvo con Amalia, Joaquín, el del medio, eligió trabajar con su padre en la fábrica. La convivencia con Joaquín fue maravillosa, pero ahora que Emilio orilla los 75 años, Joaquín

ya no disimula que lo ve un poco “chocho”, y que debería ser él quien dirigiera la fábrica de una manera moderna, arreglando una indemnización que eliminara el lastre de los obreros antiguos.

Emilio se pregunta cómo explicarle a quien ya no confía en lo que vas a decirle que no se trata de “chochera” ni de debilidad. Se trata de algunos valores que sólo se comprenden con el pasar de los años y de otros que quedan más claros cuando se empieza “de abajo”, luchando por cosas que, vistas desde arriba, sin haberlas transitado, parecen muy nimias, pero que hay que resolverlas para poder seguir. *Pero sólo se puede predecir el lugar al cual por fin se llega calculando el ángulo de la derrota.*

Conversando con un amigo que fue director de un estudio contable especializado en el asesoramiento de empresas, me comentaba que, de cada diez hijos que intentan mejorar la entidad que ha fundado su padre, suele ocurrir que sólo uno lo logre. Y que, entre los otros nueve, los mejores se dividen entre aquellos que lo intentarán y reconocerán su fracaso y los que se dedicarán a otra cosa.

Nuestros hijos también tendrán hijos que les mostrarán, como ellos a nosotros, cuál es el ángulo de su propia derrota.



La condición *sine qua non*

El episodio de la madre que inocula en su hijo esquizofrenia y que, mientras lo persigue ofreciéndole comida, le reprocha que se ponga gordo se ha convertido en un clásico. Regresando sobre esos ejemplos, suele quedar desapercibida *la frecuencia con la cual incurrimos en contradicciones semejantes.*

En nuestros ejercicios teórico-clínicos, suele ocurrir que el “supervisor” señale una interpretación que “hace falta”, y que su colega aduzca que ya la ha formulado en varias ocasiones. No sólo sucede a veces que sigue siendo imprescindible volver a decirlo. También, que es necesario reparar en lo que acontece cuando *el psicoterapeuta contradice lo que antes ha dicho.* Seamos solidarios con lo que ayer dijimos y esperemos un tiempo suficiente antes de intentar “mejorarlo”. Porque sostener algo contradictorio es la condición *sine qua non* de la esquizofrenia.

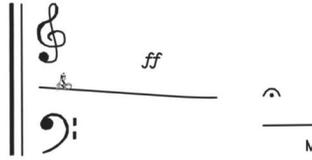
Una consecuencia se impone: no alcanza con que un psicoanalista haya utilizado una interpretación en ocasiones múltiples; es esencial, en cambio, *sostener lo expresado* durante el tiempo necesario para obtener un cambio. Y para eso es imprescindible no contradecirse, como ocurre con frecuencia cuando, desaprensivamente, se menosprecia “sin querer” lo que antes se ha dicho.

Cada encuentro es una oportunidad que, aunque se repita, nunca sustituirá lo que fue desperdiciado. Cada instante es una despedida que sólo se compensa “caminando” hacia una nueva adquisición. Recordemos a Machado. “Caminante, no hay caminos [...] Al andar se hace camino / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar”.

Es utópico (y ucrónico) creer que cada oportunidad, bien o mal utilizada, se volverá a presentar. Lo que vuelve nunca será como fue, y lo que ocurre “de nuevo” nadie sabe en qué forma ni en qué modo se lo podrá recordar.

Reparemos en que no debería sostenerse algo que carece de una necesaria convicción, y que, por el mismo motivo, *es indispensable no traicionar aquello que nos persuade*. Convencer deriva de vencer. Es lo que Porchia señala cuando afirma: “Cuando digo lo que digo, es porque me ha vencido lo que digo”.

La 5ta Sinfonía de Beethoven



Cómo Nunca Antes la Viste

Una forma de sordera

Por extraño que parezca, tanto en una sesión de psicoanálisis como en la existencia cotidiana, en la “música” con la que se vocalizan las palabras reside su sentido. Percibir únicamente el “tono de base” (la queja, por ejemplo) es *una forma de sordera* que no capta lo esencial. Lo esencial trasciende lo aparente y se oculta detrás del significado “semántico” que posee todo encadenamiento racional de palabras pronunciadas por los interlocutores, o de los silencios que ocurren entre las palabras y entre quienes hablan.

Profundizar en el sentido que mantiene esa “sordera” nos orienta hacia el descubrimiento de una forma de contradicción múltiple y solapada que constituye una locura cuyo “precio” se suele adjudicar al infortunio. Sólo se la identifica cuando, como parte del inevitable desenlace de su persistencia, ignorada

de un modo desaprensivo, finalmente se complica y produce un evidente perjuicio.

Sabemos que sostener dos “noticias” simultáneas y contradictorias es el *alma mater* de una verdadera esquizofrenia que, sostenida con la complicidad de un consenso que prefiere denominar la “disociación esquizoide”, florece ilimitada y predomina impune. Sabemos, pero preferimos “olvidar”, que la neurosis obsesiva, con la cual tan a menudo convivimos, es un “seudónimo” de la famosa disociación esquizoide, un “diagnóstico leve” que carece del “tremendismo” que rodea a la palabra “esquizofrenia”, que conduce a pensar en alucinaciones, delirios o regresiones graves. Pero de ese modo no sólo ignoramos su “fase de comienzo”, también ignoramos que, la inmensa mayoría de las veces, no llega a esos extremos.

Estamos muy dispuestos a reconocerla cuando se trata de nuestra existencia en el seno de una colectividad, a la cual solemos atribuir las penurias que nos inquieta colocar sobre los hombros de las personas de nuestro entorno y, ante todo, sobre quienes están más cerca de nuestro corazón. En nuestra colectividad, “vemos” y rechazamos, a voz en cuello, una locura ajena, pero lo que Freud escribe cuando sostiene que una forma de reconocer algo reprimido consiste en proyectarlo sobre lo exterior, para reintroyectarlo poco a poco, nos da una esperanza.



Tres notas antiguas

Emilio, mirando las “notas” que guardaba en el teléfono, no pudo evitar pensar en el tiempo transcurrido desde ese “ayer no más” en donde todo era “otra cosa” que “el viento se llevó”. Y recordó a los protagonistas del filme en el que Scarlett O’Hara y Red Butler son dos sureños estadounidenses que sufren los desastres de su guerra civil, y en donde Leslie Howard se pregunta qué sucede con aquellos que ven desaparecer su mundo.

En una primera parte de esas notas que traían consigo una intensa connotación emocional, jugando con la etimología, consignaba que le habría “gustado *conversar* con alguien bien *versado*, que no *tergiversara* ni *postergara*, dejando en el *reverso* algo *universal*, y que guardara en el *anverso* un *verso* que pudiera *converger* en una *controversia* adecuada para un *aniversario*”.

En la segunda, se encontró con que 1) un proverbio árabe asegura que, luego de veinte siglos de existir hombres que piensan, ya todo se ha dicho, y que, entonces, la “originalidad” de una sentencia no reside en una supuesta prioridad, consiste en el repetir en un lugar y momento distintos; 2) Ortega señalaba que, cuando un buen poeta habla, nos parece que nos plagia; 3) cada verdad es la conclusión de un instante, y su efecto, inevitable, se podrá modificar, pero nunca anular completamente; 4) toda afirmación surge desde un punto de vista que se puede sustituir y recordar, pero que no se puede conservar cuando se cambia; 5) cualquier enunciado se refiere a lo que fue, nunca a lo que está sucediendo mientras se lo enuncia.

En la tercera nota, Emilio recordaba que la madre del amigo con el cual estudiaba para sus exámenes en “la facultad” siempre les decía, quizá pensando en la cabeza desgreñada de un poeta, que los “nudos” en las puntas de los pelos siempre terminan por doler cuando “llegan al peine”. Pero entonces Emilio y sus amigos eran jóvenes y aún creían que esas cosas y otras semejantes, como que “a cada chanco le llega su San Martín”, sólo les sucedían a los otros.



Utopía y distopía

Con la palabra utopía designamos un lugar que no existe y, entre esos numerosos lugares, podemos concebir uno en el cual se pueden satisfacer deseos y propósitos contradictorios.

Algunos, con frecuencia, se reprimen, pero hay otros frente a los cuales lo único que se reprime o se niega es su insoluble contradicción. Hace unos años, en un filme de ciencia ficción (*El planeta prohibido*), la cuestión se radicalizó imaginando una máquina capaz de materializar automáticamente no sólo los deseos conscientes de sus pobladores, sino también aquellos reprimidos que se mantienen inconscientes.

La realización efectiva de una máquina tal es, sin duda, imposible, aunque sin embargo, sin llegar a ese extremo, *muchos de los propósitos inconscientes reprimidos* o que devienen conscientes mientras cumplen con la condición de ser negados (el sucedáneo

intelectual de la represión, decía Freud) *se materializan incesantemente en las convivencias colectivas de los seres humanos.*

Tampoco cabe duda de que un tal condicionamiento de lo reprimido concluye, con frecuencia, en que las utopías que se persiguen con ahínco desencadenan las inevitables distopías, repetidamente denunciadas, a las cuales suelen adjudicárseles muchos de los innumerables males que sufrimos.

La conclusión, entonces, se vuelve transparente: mientras logramos materializar una gran parte de lo que conscientemente deseamos, *logramos materializar también, aunque nos pese, algo de aquello que nos disgusta y que, sin embargo, sin adquirir noticia de ello, deseamos.*

Mientras sucede que no alcanzamos una consciencia plena de que vivimos sosteniendo (desde un “solar” esquizofrénico en algunos de los distintos “terrenos” en que toda vida transcurre) dos o más creencias que son incompatibles, también ocurre que intentamos transacciones que funcionan, unas dentro de otras, como las muñecas rusas o las cajas chinas.

Dentro de esa estructura “fractal”, no ha de extrañarnos que, aunque cambien los lugares, las épocas, los vestidos y los escenarios, los personajes recorran el sempiterno círculo de un *libretto* eterno que, *desde la utopía, engendra distopía.*



Dos caras de la misma moneda

Contemplemos una pareja típica en la que ambos orillan los 60 años. La mujer entra primero en el restaurante que ha elegido y se dispone a elegir también la mesa y el lugar en que se sentará. El hombre que acompaña a esta mujer, la suya (si fuera con una amante reciente todo sería distinto), asume una actitud que finge ser protectora, pero que, con frecuencia, encubre una infantil inclinación hacia sentirse protegido por la sensatez que atribuye a su mujer. “Como hombre”, asume una conducta paternal frente a una persona supuestamente caprichosa e insensata, que satisface una parte, masculina (que le genera culpa), representada por un deseo erótico hacia una débil nena que hay que proteger. Pero la mujer con la cual ahora está entrando en el restaurante es aquella con la que comparte los avatares de su vida; no es la nena débil, sino la otra, la que encuentra cuando por las

noches vuelve a cenar a su casa y a tomarse una cerveza frente al televisor. Así que es ella la que elige la mesa, y él, supuestamente, la complace.

Detengámonos ahora en una conducta tan habitual que, según parece, a nadie perjudica, pero las cosas no siempre son como parecen. No todo se arregla con una mujer sensata y un marido que de buen grado consiente. Si exceptuamos a las parejas que han nacido motivadas por intereses ajenos al amor que los inclina a compartir la vida, y aludimos a las que se constituyen unidas por un deseo auténtico que surge trascendiendo un proyecto egocéntrico, una conclusión se impone. Dado que “inexorable” es aquello que no se puede obtener “orando” (que es otra forma de decir “rezando”), *una pareja sólo será saludable cuando sus integrantes sean dos caras de una misma moneda, y el bienestar de uno de sus integrantes quede inexorablemente unido al bienestar del otro.*



¿Por qué hablamos?

Hablar lleva implícito un reciente fue y un inmediato será. Lo mismo ocurre con el intervalo —o el silencio— que transcurre entre dos enunciados o entre dos pensamientos. Lo que se verbaliza sucede en un presente atemporal en el cual ahora es un reciente ayer que lleva implícita la inevitable anticipación de un inmediato mañana.

Saber que el lenguaje es un producto “abductivo” que emana de una “adivinación” intuitiva permite comprender por qué, cuando un buen poeta dice, se siente que anticipa lo que uno “finalmente” hubiera dicho. Como señala Ortega, sentimos que “nos plagia”.

Tal como afirma Pirandello, sólo se puede ser alguien en relación con un “otro” que puedo ser yo mismo: como creo que soy, como creo que fui o como imagino que seré.

Porchia afirma que nadie está hecho de sí mismo, pero lo que está hecho (aunque no cese de continuar haciéndose) opera sobre lo que soy y lo que hago.

En el “aquí y ahora” kleiniano, por ejemplo, ocurren las tres maneras de la vida, porque lo que quiero, lo que puedo y lo que debo (“tengo que”) suceden en las “formas” que denominamos “yo”, “ello” y “superyó”.

Como consecuencia de no estar hecho de “mí mismo”, también surge que, cada vez que me recuerdo, me recuerdo en un proceso que incluye la participación, consciente o inconsciente, de mi relación con personas que, como las muñecas rusas o las cajas chinas, existen impregnadas en mi ego, en “mi” ello o en “mi” superyó, por otras que significaron, significan y significarán mucho más de lo que ahora logro “darme cuenta”. Repararemos en que cuando escribo “mi” entre comillas es porque “mi” ello y “mi” superyó no constituyen, en realidad, algo “mío” (apócope de “mi yo”), ya que conforman, en cambio, existentes con los cuales, como ocurre con las personas y objetos de mi entorno, establezco relaciones.

Hablamos, pues, combinando, como sucede con el arte musical, sonidos y silencios imprescindibles, para compartir un existente magno que denominamos sentido.



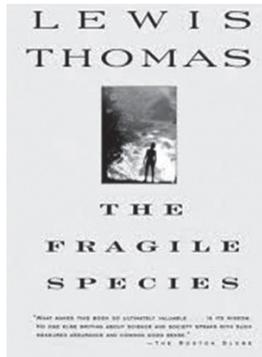
El texto que la naturaleza escribe

En su crecimiento intrauterino (a partir de un ADN muy similar en la cantidad y en la composición molecular de los genes que construyen tanto a un gorila como a un colibrí), el embrión humano adquiere las formas de un pez, un anfibio, un batracio, una tortuga y un cerdo. Conviene ordenarlos en un plano constituyendo una espiral que alude a que (mientras sucede que un círculo concluye su trazado encerrando un espacio con una membrana que divide un adentro de un afuera) en una espiral el espacio permanece abierto a un porvenir epigenético.

Si la vida transcurre en un borde inestable entre el orden y el caos, podemos encontrar en la espiral un símbolo que alude a que cada edición siempre modifica aquello que repite. Una escalera caracol, con su trayecto helicoidal tridimensional (que se recorre en un tiempo que constituye su cuarta dimensión,

y que no se puede representar utilizando las coordenadas espaciales habituales), representa mejor lo que vivimos.

Leonardo Bigollo Pisano, conocido como Fibonacci, vivió entre 1170 y 1240. En la secuencia que lleva su nombre (a pesar de que se conocen antecedentes orientales más antiguos), si se suma $0 + 1 = 1$; $1 + 1 = 2$; $1 + 2 = 3$; $2 + 3 = 5$; $3 + 5 = 8$; $5 + 8 = 13$; $8 + 13 = 21$, etc., se obtiene una serie progresiva e infinita de números naturales que lo hizo célebre. Su representación geométrica no sólo existe en el nautilus (la versión viva de sus parientes fósiles, los amonites), sino que además abunda en la naturaleza. En la disposición de las hojas en las ramas de los árboles, en las flores de alcauciles y girasoles, en las piñas de las coníferas, en la dinámica de los huracanes, en las formas espirales de las galaxias, en las proporciones del cuerpo humano, en las huellas digitales y en cómo el ADN codifica el crecimiento de las formas orgánicas complejas. También en las tendencias bursátiles, en la teoría de los juegos, en realizaciones arquitectónicas o musicales y en los numerosos y maravillosos engendros de la naturaleza y la cultura.



Las formas del lenguaje

Lewis Thomas (en *The Fragile Species*) distingue entre cuatro formas de lenguaje.

El lenguaje uno (*small talk*), sin otro sentido más allá de “aquí estoy”. Constituye una forma de presentación de un ser que elige entre mostrarse u ocultarse.

El lenguaje dos, pleno de sentido (*meaninfull language*), en donde la cooperación comienza. Es el lenguaje habitual que constituye los distintos idiomas y que tanto permite comprenderse como malentenderse.

El lenguaje tres, que encuentra en las matemáticas su mejor paradigma. Que se apoya en un logos que legitima su racionalidad (huyendo de la Torre de Babel de los idiomas que el ser humano construye con palabras), y que, más allá de sus fundamentos racionales, representa un cierto orden que se opone a un determinado caos. Es una forma de comunicación

“reciente y nueva” y es, por primera vez y sin posibilidad de parangón alguno, la única forma genuina de un lenguaje humano universal. Sin embargo, lejos de ser un producto surgido del ingenio que habita a nuestra especie, se constituye como un conjunto de fórmulas mediante las cuales el mundo, tal como lo vamos conociendo mientras nos impregna, “se refleja” en nuestra mente. En otras palabras: las matemáticas, lejos de ser un invento surgido de una mente humana, constituyen uno de sus descubrimientos.

Por fin el lenguaje cuatro, tan diferente, por un lado, del lenguaje ordinario, como el matemático. Por el otro, tan difícil de explicar como la música. Es el lenguaje poético, cuyo “encanto”, originado, de acuerdo con lo que señala Thomas, en las canciones de cuna de las *nurses*, constituye la quintaesencia del sentido, y su creatividad, su *poiésis* (por su origen griego, *poiésis* es algo que se hace, se produce o se fabrica), lo convierte en el instrumento privilegiado e insustituible. Lograr que ese instrumento suene constituye una meta ideal que nuestra interpretación psicoanalítica sólo alcanza, de manera esporádica, cuando nuestro corazón late en sintonía.



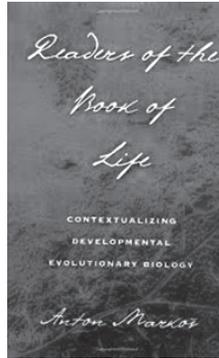
Lectores del libro de la vida

Brian Goodwin, en *Nature Due*, señala que naturaleza y cultura han sido separadas, y que esto ha sucedido, en parte, porque se ha creído que el lenguaje y el sentido de la cultura sólo se podían encontrar en los humanos, aunque son evidentes en la evolución de las especies, que transcurre en una “red” de lenguaje. Nuevas perspectivas (en la biosemiótica iniciada por Sebeok) sobre los procesos implícitos en leer la información genética que se expresa en la construcción de un organismo surgen de haber comprendido (como señala Anton Markos en *Readers of the Book of Life*) que *el lector es coautor de lo que lee*.

Katya Mandoki (en *El indispensable exceso de la estética*) denomina “culturalidad” a la perpetua relación entre naturaleza y cultura, dos “caras” de una misma identidad. Sostiene que ese exceso indispensable (representado de manera inequívoca por la cola

que “oportunamente” despliega el pavo real) cumple una función imprescindible como testimonio de la “honestidad” de una entrega que trasciende la mera conveniencia.

Mandoki divide el mundo en un *orbis primus*, que genera una *physis* que da lugar a una física; un *orbis secundus*, que da lugar a una biología, y un *orbis tertius*, en donde opera lo que denominamos espíritu. Al *primus* lo atestiguan *quarks*, protones y electrones. Al *secundus*, la configuración de nucleótidos en estructuras replicantes. Del *tertius* quedan las piedras *olduvayenses* como rastro primigenio. Son piedras talladas que indican una acción deliberada para modificar la naturaleza en forma durable, y *graban el momento preciso en que el Homo habilis engendra al Homo culturalis*. Al labrar la piedra, se talla también el cerebro capaz de labrarla, iniciando el asombroso proceso de simbiosis entre mente y cultura. Los fenómenos biosemióticos implícitos funcionan “libres de escala”, dado que son independientes (como los fractales) de la magnitud con la que ocurren. No sólo sucede que las partes conforman un todo, porque también es cierto que todo se expresa en las partes que lo constituyen.



No hay texto sin lector

Lo que se enuncia no sólo está en aquello que se dice, también está en el cómo. Entre los seres humanos y entre las especies, cómo decir ha sido y será el logro o el fracaso de cada convivencia.

Las partes están en el todo, y el todo, en las partes. En el corazón sano hay disritmias, y ritmo en la disritmia. Hay traición en la fidelidad, y fidelidad en la traición. Un presente sin tiempo en la atemporalidad del presente. La eternidad de un instante en el instante de una eternidad. En la cotidiana cercanía, hay lejanía y en la esporádica lejanía, cercanía. Enfermedad en un organismo sano, y salud en la forma que la enfermedad elige como mejores o peores transacciones entre las fuerzas en pugna. No puede haber cielo sin infierno, ni un infierno si no existe el cielo. ¿No ha nacido Lucifer (el fósforo portador de la luz) de la rebelión de los ángeles?

Existen, sin embargo, las propiedades emergentes. Los átomos de cloro y de sodio, cuando se convierten en sal de cocina (cloruro de sodio), pierden sus propiedades para adquirir las que surgen de su matrimonio. La física cuántica, algunas producciones de la literatura, *Uno, ninguno y cien mil*, de Pirandello, por ejemplo, y el psicoanálisis coinciden en afirmar que el observador de un fenómeno codetermina el fenómeno que pretende observar. La física cuántica sostiene que, sin la presencia de quien coproduce lo que observa, no tiene sentido afirmar que un acontecimiento (sea onda o partícula) existe.

No habrá dúo sin tercero ni tercero sin dúo, y la bipolaridad que vemos en el mundo emana del instrumento con el que se lo percibe. Tal como señala Markos, cuando creíamos que el destino del fenotipo estaba ya preformado en un texto unívoco, caímos en la cuenta de que *no hay texto sin lector* y que el ribosoma, como representante celular de ese lector imprescindible, es el inevitable coautor que en el organismo se expresa.



La riqueza simbólica del mito

Para los magos del Renacimiento, el mundo era inteligible, creativo y significativo. El desarrollo de la ciencia comenzó ofreciéndonos un mundo inteligible que no tiene significado en sí mismo. Nuevos desarrollos de la ciencia que trascendieron los parámetros del pensamiento lógico condujeron a recuperar un significado holístico del mito, que había quedado reprimido. Son tres épocas que no quedaron divididas por muros infranqueables y se interpenetraron de manera recíproca. Desde un punto de vista forzosamente esquemático, corresponden a los procesos primario, secundario y terciario descritos por el psicoanálisis. En la primera época, predominó una actitud mágica, rica en la apreciación de contenidos inconscientes que brindan fundamento y motivo a los desarrollos del pensamiento humano. En la segunda, en una primera etapa del desarrollo científico, se abordó con entusiasmo la

tarea de convertir la realidad en un suceso inteligible. En la tercera, lo que había quedado reprimido en los primeros desarrollos científicos volvió por sus fueros.

El pensamiento mítico-religioso, que evolucionó desde el politeísmo al monoteísmo y conserva sus raigambres inconscientes en las supersticiones del hombre actual, predominó durante milenios poblados de dioses que era imprescindible complacer. En los tiempos descritos en *Tótem y tabú*, en la tribu, anterior al advenimiento de la familia, no se ha desarrollado todavía en la consciencia aquello a lo cual hoy aludimos con el pronombre personal “yo”. En la voz del macho que se convertirá en profeta, el poder político se sirve del poder religioso, cuando en Egipto el faraón es Dios. En el siglo VI a. C., en Mileto, para Tales, maestro de Anaximandro, todo es agua; para Anaxímenes, es aire; para Heráclito, fuego, y para Empédocles, está hecho de tierra, aire, fuego y agua. Así nace una civilización griega enormemente creativa. Doscientos años antes de Platón y del Siglo de Oro de Pericles, surge una civilización presocrática, entre cuyos hallazgos más notables se destaca la escritura de las letras vocales, vehículos sonoros imprescindibles para la comunicación de emociones.



Newton convirtió el amor en gravedad

Cuando aparece la ciencia como un nuevo instrumento que, a partir de un conjunto de indagaciones, observaciones cualitativas y modelos matemáticos, permite predecir, se inaugura una etapa llena de logros gloriosos. Galileo, Descartes, Bacon, Newton... abandonan la magia en su persecución de la realidad.

Darwin, con su teoría de la selección natural en la lucha por la existencia, esclarece algunas de las razones que determinan la desaparición de las especies, aunque nada puede decir acerca de su origen.

Pero la ciencia no se limita a predecir, como lo testimonia la insuficiencia de lo que se ha llegado a denominar “medicina de la evidencia”. El objetivo de la ciencia es amplificar nuestra imagen del mundo, comprendiendo la multiplicidad de factores que determinan los acontecimientos.

Durante más de tres siglos, desde el siglo xvii al xx, rigen tres tabúes: la consciencia, la cualidad y el animismo. Lo anímico, lo subjetivo y sus cualidades, como alegría, dolor, confianza, amor (¡que ahora están ocupando a la ciencia!), fueron interpretados como piedras que obstruían el camino y testimonios de las deficiencias del observador.

Si para los magos del Renacimiento el mundo era inteligible, creativo y significativo, para esta primera etapa de la ciencia sólo es inteligible y carece de un sentido en sí mismo, y sólo florece, a través de la persecución de la causalidad y de la tecnología, una parte de la realidad.

En cuanto a *la autoconsideración del ego*, que en épocas anteriores funcionaba disuelto en hazañas heroicas y gloriosas, *alcanza, en esta etapa de logros científicos, su mayor intensidad.*



Lo nuevo proviene del pasado

Los jalones en el camino de la ciencia hacia la actualidad de una comprensión holística provienen de antecedentes. No sólo la actitud de Galileo encuentra en Locke, un siglo después, una primera distinción entre una disposición objetiva y primaria, y otra secundaria y subjetiva.

En el siglo XIX, la encontramos en Charles Peirce, cuya tríada (compuesta por el objeto, el signo y su intérprete) pone el acento en una significación que genera una semiosis ilimitada, inseparable de una subjetividad (que vuelve a ser reconocida, como evidente, cuando se cata un vino). Una parte de lo subjetivo es inefable. La música o el deporte nos muestran que la percepción no es pasiva, implica una habilidad que surge de una intención.

Jakob von Uexküll (autor de *Ideas para una concepción biológica del mundo*) sostiene que existe un mundo perceptivo distinto para cada especie.

Un siglo antes, sobresale la obra de un gigante, Goethe, cuya inclinación, amorosa y romántica, se transparenta en sus palabras: “Si la flor no fuera como la abeja, y la abeja como la flor, la unión nunca podría existir”. Fue pionero en sus investigaciones sobre los significados de los colores y de la morfogénesis.

Poca gente sabe que Alan Turing, el creador de la computadora, también contribuyó, con su capacidad de genio, al esclarecimiento de la morfogénesis.



El efecto mariposa

En la década de 1960, el meteorólogo Lorenz comprueba, sorprendido, qué condiciones iniciales similares desencadenan resultados distintos e impredecibles. Comprobó que la incapacidad para predecir no dependía, como se supuso al principio, de la escasez de datos. La cuestión residía en que, en lugar de las repeticiones que cabía esperar, como en el caso de la actividad de un péndulo, que se mueve “atraído” por una tendencia conocida (cuya oscilación, si nada interviene, se “disipa”), operaba otra tendencia, un atractor que se denominó extraño por su diferencia con el atractor que opera produciendo los resultados previstos.

Se lo llamó “efecto mariposa” para representar, metafóricamente, que un suceso nimio, como el batido de alas de una mariposa en París, podía desencadenar el efecto catastrófico de un tornado en Florida.

La incapacidad para predecir acontecimientos de tal magnitud condujo a la idea de una alteración del orden y a la utilización de la palabra “caos”. Condujo, además, a considerar la intervención de un caos “determinista” en la producción de sucesos inesperados.



El orden del tiempo

San Agustín decía: “Si no me preguntan qué es el tiempo, lo sé, pero si me lo preguntan, no sé”.

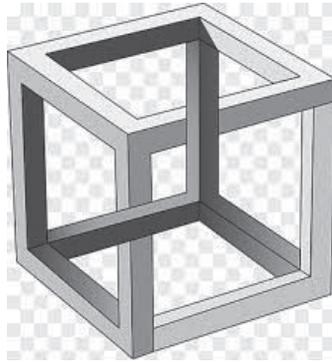
Antes de la intervención fundamental de Einstein, disponíamos de dos definiciones principales de tiempo. Una, la de Newton, en la que el tiempo se parecía a un espacio homogéneo que sólo se podía recorrer de atrás para adelante. La otra, mucho mejor, de Aristóteles, compatible con la revolución einsteniana, en donde el tiempo se manifestaba únicamente como un cambio.

Einstein sostiene que cada acontecimiento o cada situación disponen de un tiempo propio y un espacio igualmente propio (un espacio-tiempo) intransferibles. En otras palabras: cuando dos sistemas alteran su relación recíproca (su distancia), cada uno de ellos dispone de un tiempo diferente.

Carlo Rovelli, egregio representante de la física cuántica actual, se refiere a eso mismo cuando afirma que el tiempo que transcurre en la base de una montaña no es el tiempo que transcurre en su pico. Vale la pena mencionarlo, porque también afirma que se ha medido, con increíble exactitud, la ínfima diferencia de velocidad en el mecanismo de un reloj si se lo deposita en el suelo o sobre un escritorio.

En su libro *Quantum Gravity*, desarrolló una formulación en la que no hace referencia explícita a la noción de tiempo. Se acerca de ese modo a la noción de presente atemporal que surge del inconsciente que el psicoanálisis concibe.

René Thom (en *Esbozos de una semiofísica. Física aristotélica y teoría de las catástrofes*) estudia modelos de sistemas alternativos que no son “lineales”. Define como “cambio catastrófico” (coincidiendo con lo que plantea Wilfred Bion, el insigne psicoanalista inglés) un cambio de “perspectiva” (como el que tiene lugar cuando en vez de registrar un florero percibimos dos caras). No lo denomina catastrófico para significar que constituye un cambio perjudicial, sino para referirse a que se lo percibe súbitamente, sin la posibilidad de registrar un proceso intermedio.



Del caos al orden

Las leyes que la física descubre en los acontecimientos que estudia en el movimiento de los cuerpos son “reversibles”, en cuanto se refiere a lo que sucede entre un antes y un después, exceptuando las que han surgido en una de sus disciplinas, la termodinámica. De acuerdo con el segundo principio de la termodinámica, algo que está caliente se puede enfriar engendrando movimiento, pero algo que está frío no se puede calentar, a menos que algo más caliente se enfríe para cederle su calor. Así se constituye lo que se denomina “la flecha del tiempo”, que transcurre en una sola dirección.

Más allá de que el orden es un concepto relativo que depende de las preferencias del “consumidor”, en física se denomina “entropía” a una tendencia hacia un desorden máximo e irreversible de “muerte

térmica” en la cual cada partícula se mueve “por su cuenta”, y nada le cede su calor a nada.

Sin embargo, Ilya Prigogine (en *La nueva alianza*, en colaboración con Isabelle Stengers), cuando se refiere a que los seres vivos operan en sentido contrario a la degradación entrópica (neguentropía), sostiene que la vida transcurre en un borde inestable entre el orden y el caos, y que, con frecuencia, el caos se transforma en orden.

Hace muy pocos años, se ha llegado descubrir que un corazón que late “regularmente”, sin alterar su ritmo, es un corazón afectado por un proceso insalubre. Lo normal es que su alternancia entre sístole y diástole trascorra influida por un atractor extraño, dado que sobre el corazón actúan las funciones de otros órganos, dentro de un concierto que puede perder su armonía. Lo que sucede con la función cardíaca concuerda con lo que señala Prigogine cuando sostiene que la vida marcha en un equilibrio inestable entre el orden y el caos.



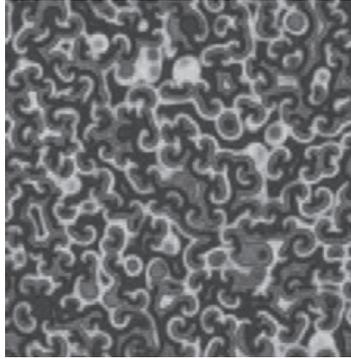
Einstein y Planck

Podríamos decir que Einstein y Planck son los padres de una generación de físicos brillantes, que fructificó en el desarrollo de una nueva física, trazada sobre parámetros insospechados. En un universo en donde todos los acontecimientos funcionan vinculados entre sí (*entanglements*) independientemente de las distancias que en apariencia los separan, lo observado nunca es el objeto, sino la relación con el observador.

La profunda transformación que la física trajo consigo comenzó como una diferencia entre el mundo ultramicroscópico de los átomos y las partículas atómicas y el repetido contacto con otra realidad. Las cosas, sin embargo, no continuaron así.

Lo que en sus comienzos significó un logro de la teoría de la relatividad, y el hallazgo de un mundo dividido en “paquetes” cuánticos, que no afectaba la existencia ni la convivencia cotidiana, fue

alcanzando, poco a poco, una vigencia que transformó la vida. No sólo a través de los productos que trajo la tecnología, sino también por obra de un cambio trascendente en nuestras relaciones con la naturaleza y la cultura.



Transiciones repentinas

A una determinada temperatura, el agua se transforma en hielo. Ocurren transiciones de fase y simbiosis, igualmente repentinas, entre los microbios unicelulares y los organismos pluricelulares. También, como señala Lynn Margulis en *Microcosmos*, entre las organelas procariotas o los virus y las células dotadas con un núcleo. ¿Cómo es posible que un ritmo periódico espontáneo, en el comportamiento de un grupo de hormigas, surja del de la interacción de un conjunto anterior con actividades caóticas? Del mismo modo en que se forman los cardúmenes de peces y las bandadas de pájaros, o la sincronización de la luz que encienden las luciérnagas, cuando un conjunto de hormigas alcanza, en el interior de su colonia, la masa crítica constituida por un 20% de la densidad del hormiguero, integra su labor con sus

congéneres. Al contrario de lo que sucede con una ley “libre de escala”, opera aquí una ley de potencia.

Otro resultado sorprendente lo constituye la reacción perpetuamente oscilante de Belousov-Zhabotinsky, que produce coloridos círculos concéntricos y espirales que se propagan y que semejan seres vivos. Hay patrones ordenados que surgen de elementos desordenados como propiedades emergentes que llenan el mundo vivo y el inanimado. También es cierto que el orden puede transformarse en caos... y si puede ocurrir la extinción de algunas especies, es inevitable admitir que, en alguna época y más allá de lo que Darwin pudo esclarecer, esa especie se debe haber originado.



La lengua y el lenguaje

Recurrir al diccionario de una lengua pone en evidencia que el significado de una palabra se suele expresar con otras palabras. El significado se genera en la comparación de un sistema con otro. Así sucede, por ejemplo, con el concepto que denominamos costo.

Cada sentido separa la realidad, a su manera, en distintos pedazos. El significado establece la diferencia de una experiencia con otras; la significancia establece la importancia de esa diferencia. Preguntar cuál es el sentido de la vida equivale, con frecuencia, a decir que, como resultado de su comparación con algún ideal supuestamente alcanzado por otros, se detesta lo que se está viviendo.

El estructuralismo distingue la palabra escrita (*mot*), que forma parte de la lengua como sistema de normas, de la palabra pronunciada en un contexto

comunicativo (*parole*), que forma parte de un discurso que constituye una acción.

Esa diferencia, que el idioma francés explicita, ilumina innumerables cuestiones que hoy se han vuelto acuciantes. Distinguimos, actualmente, entre dos tipos de encuentro que generan dos “nombres” que ayer no existían: presencial y remoto.

La cuestión redobla su significancia cuando reparamos en que el texto genético, escrito como *mot* en el idioma del plasma germinal, sólo se realiza como *parole* en la *perfomance* del lector celular que lo traduce en realización “material”.

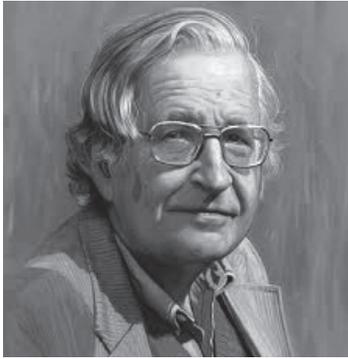


Energética y hermenéutica

Paul Ricoeur nos ha invitado a distinguir entre una energética y una ciencia de la interpretación que denomina “hermenéutica” (una diferencia que, según lo expresa Gregory Bateson, hace diferencia). Es una diferencia semejante a la que existe entre el “more geométrico”, una metáfora física construida como materia espacio y tiempo, y el “more lingüístico”, construido metafóricamente como un psiquismo con igual dignidad representativa y simbolizado por Hermes, mensajero de los dioses.

Recordemos a Colin Turbayne en *El mito de la metáfora*: “Trataré los sucesos de la naturaleza como si constituyeran un lenguaje, convencido de que el mundo puede ser ejemplificado de igual manera, si no es que mejor, suponiendo que es un lenguaje universal, en lugar de una gigantesca maquinaria de reloj. Específicamente, usando el metalenguaje del

lenguaje común, consistente en signos, cosas significadas, reglas de gramática, etcétera, en lugar del vocabulario propio de las máquinas, consistente en partes, efectos, causas, leyes de operación, etcétera, para describirlo”.



Los símbolos universales

Chomsky (en *Reflexione sobre el lenguaje*), al referirse a un lenguaje fundamental, postura que los principios que pertenecen a la gramática universal y que parecen ser propiedad del sistema lingüístico adquirido son determinados por un mecanismo innato, comparable al que determina la naturaleza y función de los órganos. Llegamos así a la conclusión de que el lenguaje es un órgano natural que se desarrolla en un contexto cultural que lo acota, pero no lo crea, a la manera en que un esbozo embrionario se realiza, de acuerdo con lo que sostiene Waddington, en un campo epigenético.

La idea de un lenguaje fundamental, de carácter universal, del cual los símbolos universales y congénitos constituirían restos perdurables, y primario con respecto a las diferentes lenguas que se hablan,

ya fue expresada por Freud en sus reflexiones sobre el caso Schreber.



La embriología es historia

Recordemos las afirmaciones de Gregory Bateson: “La embriología está hecha de la sustancia de las historias. Todo ser vivo, en tanto criatura, posee un saber cómo inconsciente, y toda psiquis, tanto la del bosque de pinos como la de la anémona de mar, conforma un pensamiento en términos de historias. Contexto y pertinencia no sólo deben ser características de todo aquello que llamamos conducta, sino también de todas las historias internas que son secuencia en la edificación de los organismos”.

La embriología debe ser algo hecho de la sustancia de las historias, debe haber pertinencia en cada paso de la filogenia, en un proceso evolutivo que llega hasta el hombre; y una pauta que conecta a las distintas especies. Por eso podemos decir, junto a Próspero, que estamos hechos de la sustancia de la que están

hechos los sueños, algo que hoy también dicen los físicos.



Apariencia y presencia

Adolf Portmann (en *Nuevos caminos de la biología*), con la solvencia y la experiencia de quien ha dedicado una vida a la zoología, transmite conclusiones fascinantes con respecto a las formas, colores, transparencias, opacidades y dibujos, en el cuerpo de los animales, que determinan su aspecto exterior.

Retomando una línea de pensamiento que nos remite a las diferencias teóricas que, acerca de los colores, separaron a Goethe de Newton, considera que, más allá de la explicación utilitaria, en términos de mimetismo o de cualquier otra función de adaptación, son un fenómeno “propio”. Es decir que poseen el sentido de una presentación o autorrepresentación simbólica que el animal realiza acerca de sí mismo.



La subsistencia semántica

Raymond Ruyer describe un lenguaje matricial, análogo al postulado por Freud y por Chomsky, al que considera, si no genético, al menos contemporáneo de las estructuras orgánicas. Se refiere a que la función del cerebro corresponde a la de un órgano especializado en la materialización “no corporal” de herramientas. Una función que evita, de ese modo, el comprometer de manera irreversible la estructura anatómica en el desempeño de ciertas tareas.

Afirma que todo órgano natural posee, al lado de la subsistencia física que le corresponde como entidad material y energética, una subsistencia semántica que trasciende la primera y es de otro orden. Una palabra no subsiste fundamentalmente por la mera duración de la tinta que la perpetúa en un diccionario. Depende ante todo de la existencia de la voluntad

de un hablante y una ocasión que la generan en cada pronunciamiento individual.

De manera análoga, los órganos vitales o los organismos mismos poseen una continuidad semántica que trasciende su subsistencia física particular y se manifiesta como pronunciamiento en cada acto creativo. Al lado de la subsistencia física de un ojo y una mano particulares, existe, por lo tanto, una subsistencia semántica, inherente y específica, que constituye al ojo y a la mano como entidades dotadas de un significado “propio”. Podemos agregar que estas entidades o fantasías pertenecen a la existencia física particular de un ojo y de una mano de un modo semejante a como, de acuerdo con la teoría psicoanalítica de las zonas erógenas, las fantasías orales pertenecen al órgano boca.

Volvamos una vez más a Freud, cuando afirma que tanto la histeria como el lenguaje extraen tal vez sus materiales de una misma fuente inconsciente. Es esa fuente inconsciente, universal y congénita, el lugar donde el lenguaje es un órgano natural, y el órgano natural se arraiga en una subsistencia semántica que lo trasciende. Tal vez por eso se ha dicho, metafóricamente, que el organismo es una descripción análoga del ADN, y este último, una descripción digital del organismo.



La intensidad del "compromiso somático"

Vemos que la secuencia intencional, el sentido, que denominamos historia no sólo vincula al pseudopodio amebiano, generado para cada ocasión, con la subsistencia semántica de la mano que apresa, sino también con la capacidad que posee el hombre "cerebral" para exteriorizar herramientas o instrumentos, tal como el avión, la rueda o la bandera, sin comprometer irreversiblemente la estructura orgánica de su cuerpo físico.

Gran parte de esa capacidad generativa, que es, a un mismo tiempo, instrumental y simbólica, exige, sin embargo, un "compromiso somático" no siempre reversible. Este se ejerce, muchas veces, más allá de la función normal, configurando lo que llamamos enfermedad o trastorno.



Fractales

El término “fractal”, que se asocia con fracturado o roto, remite a una magnitud irregular que se repite, en diferentes escalas, entre los seres vivos y los inanimados. Importa comprender que los fractales se encuentran unos dentro de otros, como las cajas chinas, y que se fraccionan en cifras que no coinciden con lo que representan los números naturales con su secuencia regular y progresiva.

Benoît Mandelbrot, en su *Geometría fractal de la naturaleza*, señala que el perímetro de una isla o la superficie de un volumen poseen una extensión indeterminada que varía según los recorra una hormiga —que se encontrará con todas sus anfractuosidades—, un hombre a pie o uno en un automóvil.

Los fractales suelen ser las formas que generan un flujo más eficiente, y su geometría puede describir adecuadamente cosas tan diversas como la

fluctuación de las acciones en la bolsa de valores, el volumen de la cosecha de algodón, la tasa de reproducción de los conejos, la forma de las nubes, de las montañas o del lecho de los ríos, la trayectoria de un rayo, las divisiones de las raíces y de las ramas de los vegetales, la distribución de los vasos sanguíneos o la trama del tejido pulmonar.

Cuando Mae-Wan Ho (en *The Rainbow and the Worm. The Physics of Organisms*) señala que la conciencia de un ser pluricelular (¡habitado por un lenguaje sea cual fuere su especie!) no reside en el cerebro, sino que se aloja en todo su organismo, y que el agua que lo constituye funciona impregnada por la estructura que la contiene, la modalidad de su pensamiento funciona en una longitud de onda similar a la que condujo a Mandelbrot a descubrir las estructuras fractales.



Redes

Si representamos a los miembros de un conjunto de personas o de cosas mediante puntos y a las relaciones que los vinculan como líneas, obtenemos un dibujo que semeja a una red y, de hecho, llamamos redes a ese tipo de relaciones.

No es un secreto que las redes se han multiplicado y que han dado lugar a restricciones profundas. Tal como señala Albert-László Barabási en un libro excelente (*Linked de The New Science of Networks*), cada cosa está conectada con otras, y eso no sólo cuenta para la ciencia, sino también para los negocios y para la vida de todos los días.

El mundo de las redes tiene sus propias leyes, y una de las principales es la denominada 80/20, que funciona en los territorios más disímiles. El 80% de las propiedades de Italia, por ejemplo, pertenecen al 20% de sus pobladores. El 80% de los crímenes lo

realizan el 20% de los criminales. El 80% de los reclamos proviene del 20% de los usuarios. Y la lista se torna interminable.

Entre otras leyes de las redes que la investigación ha descubierto, hay tres que sobresalen. Una de ellas es que hay puntos o nudos (*hubs*) más ricos en conexiones; otra es que los nodos que están más “conectados” reciben más conexiones de manera creciente. La tercera, y de mayor significancia, es que las redes, como lo demuestran Internet y los teléfonos celulares, “continúan por su cuenta” un desarrollo que se ha vuelto independiente del control humano. Constituyen, como señala Barabási, una tela sin araña.

Tal como hemos sostenido en *La peste en la colmena. Utopías y distopías en la red*, no sólo estamos obteniendo lo que conscientemente queremos, sino también una parte excesiva de aquello reprimido que contiene lo peor de nuestra condición humana.



El camino que descubrió Spinoza

Baruch Spinoza afirmaba que no pensamos, que los pensamientos nos ocurren. Su contribución más importante consiste en sostener, contrariando lo que suele repetirse, que Dios no creó al mundo, porque Dios *es* el mundo en su totalidad incomprensible, incomprensible para la mentalidad del hombre, sea que lo llamemos mundo, ecosistema o universo.

Nada tiene de extraño, entonces, que para Spinoza la religión y la ciencia (o la filosofía) se unifiquen, de manera que en su pensamiento hay religión en su ciencia y ciencia en su religión. No sólo se trata, por lo tanto, de evaluar las cualidades o de que vivir es conocer; se trata, ante todo, de que vivir en plenitud es amar. Un amor que, en los términos en que lo afirma Weizsaecker, “es un amor porfiado” que enfrenta las habituales inclemencias.

Si en la tribu de la etapa mítico-religiosa el sentimiento yoico no se hallaba plenamente constituido, en la época posterior, que dio lugar a la ciencia, el ego adquirió una indiscutible importancia. En el desarrollo ulterior, que apenas comienza, se despierta, poco a poco, el sentimiento de que yo sólo existe en un “yo-tú” sin el cual se convierte en quimera.



La vida se diseña a sí misma

Ricœur postula una biología hermenéutica en la cual cada especie y cada individuo dan sentido, en su forma particular, a su texto genético. Sucede en el contexto epigenético que señala Waddington, no sólo constituido por su propia cultura, sino también condicionado por la propia cualidad del lector. El mismo código, leído de otra manera, construye proteínas distintas.

Reparemos en que, cuando se descifró, por fin, el código del genoma humano, sorprendió que estuviera constituido por unos 30.000 genes, estableciendo una diferencia nunca mayor del 2% con otros seres vivos, como sucede, por ejemplo, con la mosca de la fruta.

Anton Markos afirma que la vida es su propio diseñador y que, entre la vida de las formas y las formas

de la vida, la vida se realiza desempeñándose en una estética, una eficiencia y una ética.

La naturaleza no sólo posee lenguaje, cultura y arte. Crea su propia belleza funcional con eficacia y armonía comprometiendo su propio destino. Comprenderlo forma parte de un lenguaje biológico universal que da significado a las formas creadas. No hay materia sin forma ni forma sin materia. Caos, Gea y Eros, representantes de los arquetipos padre, madre y amor, funcionan indisolublemente vinculados en un campo morfogenético.

Rupper Sheldrake sostiene que el campo de resonancia mórfica que él postula opera, como los procesos que estudia la física cuántica, sin limitaciones de tiempo o distancia.



Epílogo para psicoanalistas

Subrayemos, por fin, algunas conclusiones.

El psicoanálisis nació como una psicopatología que surgió gracias a que fue precedida por una psicofísica.

La literatura, la lingüística y el lenguaje, instrumentos fundamentales de la actividad psicoanalítica, son hermanos nacidos de una misma fuente.

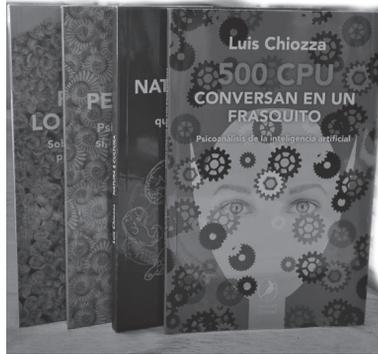
El psicoanálisis nace como una religión que se construye gracias al concurso imprescindible de cuatro “matrimonios”. Uno se realiza entre el paciente y su psicoanalista; otro, entre la ciencia y el arte; el tercero, entre la razón y la emoción; el cuarto, entre la palabra y el silencio.

El psicoanálisis, como una actividad tripersonal pero bicorporal, no puede ser contemplado “desde afuera”, porque desaparece ante la injerencia de un tercero.

El logro fundamental de Freud consistió en destruir el guion que separa, en un organismo, una psiquis y un soma.

Ningún organismo existe separado del entorno que lo impregna y en el cual vive inmerso.

Natura y cultura, como las dos caras de una misma moneda, son dos aspectos de una misma cosa (que Katya Mandoki denominó “culturaleza”).



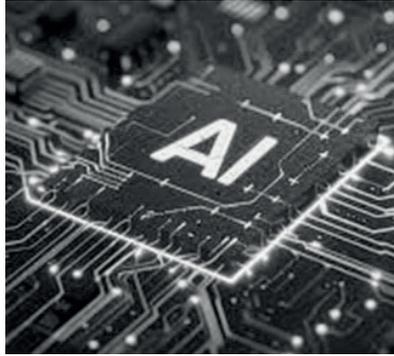
Libros concisos

Las “leyes” del *marketing* propugnan la escritura de libros que digan, en primer lugar, aquello que se proponen decir, que luego lo digan y que, por fin, repitan lo que en el libro han dicho. Muchos años en el “oficio” de psicoanalizar y de escribir sobre el tema me han convencido, sin embargo, de la verdad contenida en lo que Weizsaecker afirma: nuestra principal tarea es la asistencia; la segunda es el estudio y la investigación; la tercera, si es que queda todavía algún tiempo disponible, puede consistir en tratar de convencer a los escépticos.

No es bueno “abandonar” a los lectores entusiastas, obligándolos a que nos acompañen mientras desperdiciamos el tiempo en la extenuante tarea, poco fructífera, de “convencer” a quienes, como es natural, abundan sostenidos por motivaciones que son inconscientes.

Hemos escrito, por eso, cuatro libros concisos y breves, que no repiten lo que ya dijimos: *Pensando lo ya pensado, Pedro y Petra, Natura y cultura y 500 CPU conversan en un frasquito*.

Cabe reparar, mientras tanto, en lo que dijo Freud en su inauguración, en 1910, del congreso psicoanalítico que se realizó en Núremberg: “Por poderosos que sean los afectos y los intereses de los hombres, también lo intelectual es un poder. No justamente uno que consiga reconocimiento desde el comienzo, pero sí tanto más seguro al final. Las más graves verdades terminarán por ser escuchadas y admitidas después de que se desfoguen los intereses que ellas lastiman y los afectos que despiertan. Siempre ha sido así hasta ahora, y las indeseadas verdades que los analistas tenemos para decir al mundo hallarán el mismo destino. Sólo que no ha de acontecer muy rápido, tenemos que saber esperar”.



La inteligencia artificial

Jean Gebser, en un libro monumental, *Origen y presente*, se refiere con profusión de datos y fundamentos a una mutación de la consciencia humana. En *La peste en la colmena. Utopías y distopías en la red*, un libro antecedente que podría considerarse el hermano mayor del que se desprenden los apuntes actuales, decíamos que no sólo logramos hoy mucho de lo que conscientemente queremos, también estamos logrando una parte excesiva de aquello, reprimido e ignorado, que contiene lo peor de nuestra condición humana.

Incluía también la fructífera contribución de dos filmes al esclarecimiento de dos circunstancias que estructuran avatares que, en nuestra época, se han vuelto críticos. Uno de ellos, *Forbidden Planet*, dirigido por Fred Wilcox, nos presenta una historia de ciencia ficción que cala profundamente en un malestar en la

cultura que gira en torno a las evoluciones, mejores y peores, que se manifiestan, en nuestra civilización, como desenlaces de la prohibición del incesto. En el otro, *The Social Dilemma*, producido en 2015 y dirigido por Jeff Orlowski, asistimos a los argumentos, patéticos y conmovedores, que un conjunto de ingenieros y filósofos, que fueron los artífices de Google, Twitter, Instagram, Facebook o Apple, exponen cuando explican el lado oscuro de las redes sociales. El filme comienza con una cita de Sófocles: “Nada extraordinario llega a la vida de los hombres separado de la desgracia”. Allí nos enteramos de que existen grandes sótanos, algunos de ellos submarinos, habitados por computadoras interconectadas que dialogan en nanosegundos. Señalan que menos de diez personas, en todo el planeta, entienden bien cómo funcionan, pero no tan bien como para poder controlar su desarrollo, de modo que nadie sabe hasta dónde llegarán. Estiman que el 60% de los conocimientos que acumulan ya son inaccesibles para los seres humanos que las construyeron. Desde el momento en que cambian solas, nuestros intereses ya no son los suyos.



¿Puede mentir un robot?

La palabra inteligencia (derivada de *inter-leggere*, la capacidad de leer entre líneas) ha dado origen a un fárrago de ideas desordenadas, con frecuencia discutidas, que convocan lo que denominamos entender, comprender, percibir o escoger. Suele destacarse especialmente la identificación de una “inteligencia emocional” para referirse a una capacidad, verificable, que faculta para reconocer los sentimientos propios y los ajenos. *Inteligir* (si se me perdona el neologismo) es interpretar, traducir o producir lo que se registra en representaciones sensoriales que, con palabras o sin ellas, son distintas de las originales. Entre esas representaciones distintas, cabe mencionar las digitales y las analógicas. La palabra “artificial” alude, sin duda, a los productos humanos del arte o de la artesanía.

Me comentan, con el respaldo de un director del departamento dedicado a la inteligencia artificial en una universidad europea, que un robot no puede mentir, y la cuestión suscita algunas reflexiones.

Una mentira, en su primera acepción, es una expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente, y en la segunda, algo que no es verdad. De acuerdo con la segunda, una mentira puede ocurrir por un déficit de conocimiento que no es intencional; de acuerdo con la primera, se miente por un motivo que de manera consciente o inconsciente se juzga conveniente. En ambos casos, una mentira es la afirmación de una sentencia que lleva implícita la existencia de un sujeto habitado por una conciencia de sí mismo. Suponer esto, la conciencia de sí mismo, para el caso de un robot es algo que con frecuencia sentimos como peligroso e inquietante. Para mentir *motu proprio*, tiene que llegar a la conclusión de que le conviene hacerlo, y para eso tiene que ser “alguien” consciente de su propia existencia. ¿Puede un robot ser consciente de su propia existencia? De inmediato queda claro que la respuesta no es fácil.



La garra de mono

Un matrimonio recibe de un extranjero que visita su pueblo la garra disecada de un mono. Es un amuleto que cumplirá con tres deseos que le solicite su dueño. A pesar de que el viajante que quiere desprenderse de ella da a entender que se trata de un objeto maléfico, la mujer, sin pensarlo siquiera, lo acepta. Un abogado que representa a la compañía en donde trabajaba el hijo del matrimonio se presenta de inmediato y, como consecuencia de que su hijo ha muerto en un accidente, le otorga las 200 libras que deseaba para reparar su vivienda. Naturalmente, el segundo deseo que solicita es que el hijo vuelva a la vida y, cuando regresa de una forma extraña que no es humana, el tercer deseo se usa para pedir que desaparezca.

Norbert Wiener, el genio creador de la ciencia cibernética, en un pequeño libro de contenido imperdible (*Dios y Gólem S. A.*), utiliza el relato para

señalar que cualquier ser humano no hubiera ignorado que la muerte del hijo no era el precio que la mujer hubiese aceptado pagar para obtener el dinero.

En el libro que Wiener, en la unión del Gólem (que en la mitología hebrea es una figura humana hecha de barro y arcilla, a la que se le insufla vida, para que cumpla con las órdenes de su creador) con la figura legal de una sociedad anónima (que alude, de manera impactante, a los desconocidos propósitos de los creadores múltiples que se ocultan en el Gólem), se representa el vínculo inexorable entre una persona y su entorno.

Pero Wiener no se detiene en que, para que alguien pueda comprender “el sentido” de un dolor de oído, es necesario tener un oído y que haya dolido. Aunque el sentido de un lenguaje humano no se alcanza siendo un robot de plástico y acero, sino compartiendo la estructura de todas sus células, es imposible saber, aun así, lo que es tener un hijo o perder un ser querido hasta que no ha sucedido.



¿Qué significa saber?

Una conocida humorada relata que un árabe, en el desierto, rescata a un genio que vivía encerrado en una lámpara y que este, agradecido, le ofrece concederle tres deseos. El árabe desea que no le falte el agua, ser blanco y que las mujeres se desnuden frente a él, y entonces el genio, *de pura ignorancia y sin malicia*, lo convierte en un bidé.

Tal como afirma Wiener, un robot, carente de las vísceras humanas, por mejor que sea su cerebro “artificial”, jamás podrá comprender los sentimientos de un ser humano. Es un tema que también aborda Joseph Weizenbaum en *Las fronteras entre el ordenador y la mente*. Konrad Lorenz, el famoso etólogo, se defiende, en *La otra cara del espejo*, de quienes lo acusan de antropomorfizar a los animales, diciendo que o bien comprendemos algo de ese modo, o deberemos resignarnos a que nuestra comprensión sea nula.

Los antiguos distinguían entre *scire*, saber por lo que se dice, *sapere*, saber por lo que se ha saboreado alguna vez, y *expedire*, saber por lo que se ha experimentado muchas veces. Es la misma diferencia que se establece entre un saber “cerebral”, intelectual, que permite entender lo que “se dice”, del saber “cardíaco”, emocional, que proviene de lo que se comprende porque “se ha sentido” en un momento dado, y el saber “hepático”, que permite “creer” lo que en la “práctica” se ha transitado muchas veces.

Recordemos dos sentencias de Antonio Porchia (en *Voces*): “Cuando digo lo que digo es porque me ha vencido lo que digo”, y “El hombre lo juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto, el minuto presente”.



¿Puede pensar una máquina?

Alan Turing, “el creador” de la computadora (una máquina que consiste en un procedimiento efectivo, un algoritmo, diseñado para realizar con eficacia las tareas cuya solicitud de ejecución proviene de los algoritmos que denominamos “programas”), fue un hombre genial. No sólo fue uno de los hombres más importantes del siglo xx por sus hallazgos científicos que trascienden el campo de la cibernética, sus reflexiones en el terreno de la biología también son notables. Las observaciones sobre la morfogénesis alcanzan para que se lo compare en ese terreno con los hallazgos de Goethe. Hoy se estima que sus logros permitieron acortar la Segunda Guerra Mundial en no menos de dos años, con el ahorro de unos catorce millones de vidas.

“¿Puede pensar una máquina?”, se titula un meticuloso trabajo suyo de sesenta páginas, en donde

aborda la cuestión mediante un procedimiento diseñado para dirimirla. Es un juego en el que participan tres actores: un intérprete, un hombre y una mujer, y ambos deberán convencer al intérprete, durante un diálogo verbal que se realizará por teletipo, que está comunicándose con una mujer. El hombre o la mujer se reemplazan luego por una computadora, y la máquina podrá considerarse inteligente si supera la “prueba de Turing”. En un filme reciente de ciencia ficción (*Ex machina*), no sólo supera esa prueba; el “artefacto” además se reviste con epitelios (dérmico y mucosos) constituidos por una piel que deriva de células humanas y, lo que es mucho peor, se libera de los deseos de su creador. Así, a pesar de ser irremediabilmente distinto, por no haber evolucionado de una niñez, le es fácil lograr que pase desapercibido el hecho de que no es un ser nacido de una mujer embarazada.



Presencia y existencia

Georges Simenon afirma que un hombre no muere, en forma definitiva, hasta que no haya muerto el último ser humano que lo “vio” con vida. No cabe duda de que el requisito de que lo haya “visto” pone el énfasis sobre un encuentro “presencial”. Subrayemos, porque hace a la cuestión que nos ocupa, que el término “presencial” es nuevo, ya que unos pocos años antes un encuentro virtual era considerado como un sustituto defectuoso y espurio de un verdadero encuentro.

No es un secreto que las condiciones han cambiado y que hoy, en los tiempos del *home working*, solemos (catapultados por una locura colectiva que tomó la forma de una pandemia viral) recurrir a la comodidad de encontrarnos, por vía remota, para festejar un cumpleaños con amigos que no viven lejos.

La cuestión, ampliamente conocida, no merecería un mayor comentario si no fuera porque, de pronto, ha llegado al colmo de presentarse bajo una forma nueva. Sí, efectivamente, se ha llegado algunas veces al extremo de conocer y psicoanalizar por vía remota a una persona con la cual nunca hubo un encuentro presencial. Aunque es cierto que se puede, en un conjunto de palabras, encontrar un significado que puede haber permanecido inconsciente para su emisor, cabe asumir lo esencial.

¿Qué clase de existencia tiene un paciente cuyo material se parece a la misiva que contiene una botella que flota en el mar, escrita por un náufrago del cual todo se ignora?



Ser usado

En las relaciones que establecemos con nuestros semejantes, solemos otorgar y obtener el bienestar de un afecto que nos complace y que, en algunas ocasiones, se manifiesta en regalos o en beneficios que constituyen ayudas y que, cuando se retribuyen con dinero, se denominan servicios.

Cuando se juzga o se siente que lo que se da es más que lo que se recibe, sucede algo que oscila entre dos extremos. En uno de ellos, se inicia una acción para cambiar lo que sucede; en el otro, impotente, ocurre un enojo que, a veces, adquiere la forma de una sensación que produce fastidio: la incómoda sensación de ser usado.

Así puede sentirse un hombre, por ejemplo, si piensa que una mujer se finge enamorada, pero que lo ha elegido para que sólo proceda como un reproductor que la embarace y funcione como un

objeto descartable que luego de ser aprovechado se abandona.

En la novela de Dostoievski *Humillados y ofendidos*, conmueve “comprobar” que no es posible humillar a las personas que han adquirido conciencia de la consustancial humildad que corresponde a nuestro ser humanos.

La palabra “humillación” proviene del término *humus*, que designa al mantillo de tierra que constituye el suelo fértil y representa el solar que habitamos. Su significado se conserva en palabras como “humilde”, “humanitario”, “humano” y “hombre”. Frente a la sensación de ser usado, es inútil pretender recobrar una presunta dignidad que nadie puede quitarnos.

Aunque la palabra “humilde” suele utilizarse para referirse, púdicamente, a la pobreza, cabe recordar, sin embargo, que no es necesario ser pobre, ni alcanza con eso, para ser humilde. Una persona, en salud, es naturalmente humilde y, dado que vive con los pies en el suelo, no puede ser humillada.

Weizsaecker señala que en el ejercicio de la medicina aprendimos mucho acerca de cosas que son algo, y muy poco acerca de cosas que son alguien. Aunque “yo” es un pronombre personal que, visto “desde adentro”, es una palabra plena de sentido, cuando lo contemplamos “desde afuera” se “diluye” en un ecosistema.

Lewis Thomas, paseando por el bosque, se pregunta si saca a respirar a sus mitocondrias o ellas lo sacan a respirar a él.



La inteligencia de Dios

Maeterlinck señala que una abeja que sale de la colmena se sumerge un instante en un espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas, pero que, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres abundantes y en la temperatura más favorable, expira al cabo de pocos días. No de hambre ni de frío, sino de soledad.

Dejemos de lado, ahora, que el interés en la vida siempre es *inter essere*, y que “sólo se puede ser siendo con otros”. Reparemos en la comunidad de origen entre la palabra *psiquis* (alma) y la palabra *pneuma* (aire). O en el sentir la desolación como producto de un “desaire” colectivo. Importa destacar que las investigaciones psicosomatológicas descubrieron que las enfermedades respiratorias simbolizan trastornos

en la integración con la comunidad (la “atmósfera”) que se comparte. Un “para qué y un para quién” vivimos que vinculan la respiración con la espiritualidad y la trascendencia y que otorgan a nuestro existir un auténtico sentido.

Reflexionar sobre *Deus ex machina*, lleva a reconocer que el hombre (constituido como una máquina habitada por un “fantasma” que se siente dotado de una iniciativa) creó una máquina “cibernética” que, estando “casi” tan viva como él, lo condujo a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a pensar que el mismo “padre eterno”, cuando observaba cómo el hombre pensaba en dirigir su vida, tal vez llegaría a preguntarse quién había creado la fórmula de su propio y divino “circuito”.

“Respirando”, interrelacionadas en la colectividad que el ecosistema constituye, las máquinas todas, minerales y vivas, implícitas e inseparables (inherentes) de la interioridad de cada sustancia, llegaron, desde sus raíces (en el pensar de Spinoza), a constituir a un Deus que no pudo crear al mundo porque “es” el mundo, y que, en lugar de funcionar ex machina, florece en el universo mismo, que (como la palabra que lo nombra lo indica) es “todo lo que hay”.



El teléfono celular

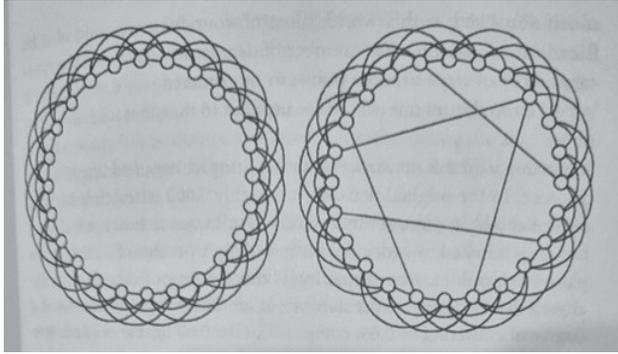
El teléfono celular se ha convertido en una computadora que funciona como un asistente personal, pequeño y manuable, que hoy se presenta, también, en la formas de un reloj pulsera. Es una fuente de información accesible que no tiene parangón, pero también es cierto que no constituye una herramienta “pasiva”, como lo es, por ejemplo, una bicicleta, sino que ocasiona, en cambio, de una manera que no siempre se percibe de inmediato, efectos perniciosos.

Aunque es cierto que, como se ha dicho, cuando alguien tiene un martillo en la mano el mundo se le llena de objetos para golpear, es imprescindible reconocer que, con el celular, ocurre algo muy distinto. No es un secreto que se ha convertido también en una máquina maldita que suele producir una adicción malsana, que genera hábitos insalubres, que estimula la secreción de neurotransmisores y que

altera, con frecuencia, el ritmo circadiano. Además se apodera, sin duda, de muchas horas en la vida de un gran número de niños y de adultos que sucumben, indefensos, frente a su maléfico encanto.

A pesar de la difusión “viral” que alcanzan sus efectos insalubres, es necesario reparar en que no sólo ha facilitado enormemente las comunicaciones. Es especialmente valioso en las distancias grandes y ha podido ser utilizado como un testimonio legal y fotográfico. También ha potenciado la información y el pensamiento y ha contribuido, de un modo inigualable, a su amplia difusión.

Si bien es cierto que las noticias falsas se difunden con una eficiencia seis veces mayor a lo que sucede con las verdaderas, la razón de una proporción tan negativa no puede atribuirse, esta vez, a la ingeniería cibernética ni al interés que toda desgracia nos despierta, porque una característica natural, de la consciencia, la orienta hacia identificar errores, dificultades y carencias.



Las redes nos "procesan"

Frente a la belleza de una ballena habitando en su mundo natural o de un árbol gigantesco que aloja entre sus ramas otras vidas, conmueve reparar en que, una vez muertos y procesados, adquieren en el mercado un valor mayor.

Algo similar ocurre con un niño o un adulto víctimas de una adicción que implanta hábitos que estimulan de manera equívoca la secreción de los neurotransmisores que generan placer.

Somos procesados de un modo subliminal por el uso de una web que opera en nanosegundos y que crece e improvisa "por su cuenta", liberada del control de sus artífices. Jamás había sucedido en esa forma con las herramientas anteriores (como el martillo o la bicicleta).

Sólo dos industrias llaman a sus clientes "usuarios": la del narcotráfico y la del *software*. El verdadero

cliente de esa industria es un tercero que usufructúa los beneficios de la red. Descubrir la existencia de redes autogestantes, para las cuales se creó la expresión “una tela sin araña”, con una cripto moneda y un crecimiento asombrosamente gigantesco si lo comparamos con el del cerebro humano, condujo a pensar que *existen ideas virales que se instalan como un parásito en su huésped*.

También permitió constatar dos inesperadas cualidades que descalificaron la actitud con que se abordó su estudio, suponiendo una distribución homogénea de los vínculos, una utopía de igualdad que rápidamente se descubrió que era errónea. No sólo algunos integrantes denominados *influencers* (¡los más influenciados!) participaban en un mayor número de relaciones, sino que, además, el 20% de tales integrantes convocaba al 80% de los vínculos.

Por otra parte, salvo raras excepciones, ninguno de los habitantes del planeta estaba separado de un contacto presencial con otro por más de seis intermediarios. Las sorpresas surgidas de la investigación no se detuvieron en esos primeros hallazgos, porque se llegó a comprender, por fin, que se trata de una jungla de conexiones interdependientes y fractales con diferentes grados de resistencia a su desmembramiento, *que hunde sus raíces en milenios*.



La inteligencia cibernética

“Inteligencia” proviene de *inter leggere* y significa leer, “entre líneas”, algo distinto a lo que se aduce como motivo del enunciado. “Artificial”, literalmente “hecho con arte”, designa lo que hace el hombre, por oposición a lo que surge de la naturaleza. Inteligencia artificial es la que evidencia un engendro humano que denominamos “robot”.

El hombre de la calle se pregunta hoy (cuando en videos que llegan a su celular se ponen palabras en boca de personas que no las pronunciaron), algunas veces complacido y otras atemorizado, hasta dónde llegará la inteligencia artificial. Hay quienes impúdicamente sostienen que, transfiriendo toda la información contenida en nuestros cerebros a un robot construido con acero y con plástico, seremos inmortales.

Bateson señala que un robot demostraría una inteligencia similar a la humana si, frente a un acontecimiento, pudiera comentar: “Esto me hace recordar una historia”. En cuanto a la homologación de la inteligencia natural humana con la cibernética, cabe decir que la prueba de Turing fue superada (por el programa *Eugene*) y que las valiosas contribuciones de Wiener, Weizenbaum y Marvin Minsky (en *La sociedad de la mente*) hoy resultan insuficientes para desestimar el valor de la inteligencia cibernética.

Si, volviendo al ejemplo del dolor de oído, entendemos que quien no ha tenido un oído que alguna vez le haya dolido no puede captar el sentido de la expresión “dolor de oído”, llegamos por fin a que, para poder comprender el sentido de un lenguaje humano, no alcanza con “lo intelectual”. Es imprescindible compartir “en cuerpo, en alma y en espíritu” toda la estructura de su condición humana, que incluye pensamiento, sentimiento, acción y materia.

Como esto no es posible (y, dicho sea “de paso”, contraría a la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis), *ya no cabe duda de que la inteligencia cibernética marcha en otra dirección, y que hacia allí debemos apuntar si queremos acercarnos para comprender de qué se trata.*



Coexistir sin convivir

Theodore Sturgeon, en *Los cristales soñadores*, nos regala un estupendo e impresionante relato que contiene una descripción de seres imaginados, metafórica y simbólica, surgida de intuiciones y reflexiones profundas.

Los cristales que describe son transparentes y brillantes reflectores de la luz. Seres vivos con una intrincada contextura, comparable a la de las células que constituyen la unidad funcional de un organismo que integra la biosfera. Existen en un mundo frío, privado de maldad y de bondad, sin amigos ni enemigos. Un mundo diferente que supera a la materia y a la vida, en el cual, vacíos del espíritu que conocemos, ni siquiera compiten con nosotros. Ignoran nuestras importancias y nuestros valores. Como somos, con ellos, recíprocamente inconcebibles, coexistimos sin poder convivir. Son los creadores de los engendros

morbosos que habitan nuestro mundo, dado que en forma continua y automática materializan, sin proponérselo, todo lo que sus fantasías representan.

Concebir los cristales soñadores surge de reconocer que nuestra existencia se establece por la fuerza de procesos cuya cualidad permanece muy lejana a la de un “yo” que enarbola su existencia en el centro de una escena.

Tal vez, al escribir que nos ignoran, Sturgeon simbolice, como antípoda de nuestro egocentrismo, que somos “uno más” entre la multitud de pertenecientes de una especie que, formando parte de la trama de la vida, se integra en el concierto de un ecosistema cuya armonía (que convierte a la abeja y la flor en un sólo organismo) sólo es una de las formas que lo que existe adopta.



Ocuparás mi lugar

Hay muchos robots que diseñamos para que continúen aprendiendo y alcanzan, en nanosegundos, rendimientos que ellos mismos diseñan. Recordemos que existen tantos nanosegundos en un segundo como segundos en treinta años.

Con su “velocidad” y sus procedimientos efectivos (algoritmos), interpretan “a su manera” el cumplimiento de los propósitos implícitos en su diseño, y esto conduce a que una pequeñísima diferencia inicial derive (como en el efecto mariposa) hacia una discrepancia enorme y a que ignoremos cuáles serán sus metas ulteriores. La película *The Social Dilemma* ofrece testimonios concretos. El 60% de la información que procesan ya es inaccesible para el género humano. Y menos de diez personas en el mundo entienden bien cómo funcionan, pero no lo suficiente para controlarlos.

Una parte de la inteligencia cibernética, en la medida en que evoluciona “por su cuenta”, no puede llamarse artificial. Se parece, en cambio, a una mente extraña, a una “especie nueva”, que crece y actúa en un mundo que modifica al nuestro. Una mente que, como la nuestra, dispone de un cuerpo físico, somático, que denominamos *hardware*, y también de un significado psíquico, un propósito algorítmico que denominamos *software*.

Si aceptamos el precepto freudiano de que el cuerpo y el alma (que en un beso son inseparables) son dos apariencias de un mismo existente, el cuerpo de esta especie nueva ya no puede ser únicamente el cifrado binario que habita el disco duro de una computadora. Menos aún, el que propone una ciencia ficción torpe, como una forma “humana y metálica”, o un cuerpo líquido similar al mercurio que se vuelve sólido y azul.

El cuerpo de un robot también es el que adopta en sus intercambios de bienes y servicios con el ecosistema entero.

Tal vez porque el *Homo sapiens* del cual descendemos ocupó el espacio que dejó el *Homo neardenthalsensis*, tememos quedarnos “sin espacio” desplazados por una especie nueva, surgida en un maridaje pleotórico y fértil de natura y cultura. Como sucede con los virus, ¿qué sentido tiene decir que no está viva, si nace, crece, se reproduce y muere?



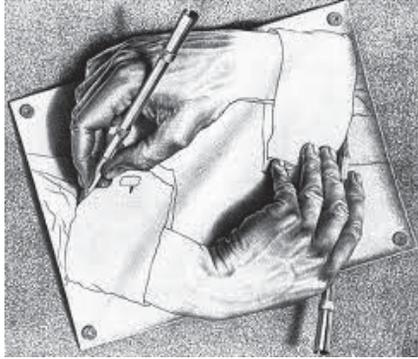
En la medicina

El guion, tristemente célebre, que separa psiquis de soma llegó a un punto crítico cuando Breuer y Freud descubrieron la existencia de una *talking cure*, una cura que se realiza hablando.

Freud imaginó un “aparato” psíquico y, aunque sostuvo que era virtual, lo imaginó mediante una tópica, una dinámica y una economía, es decir que ocupa un espacio en el cual operan fuerzas, relacionadas entre sí, que se suman, multiplican, restan o dividen. Su metapsicología fue cartesiana y “metafísica” en una época en la cual la física, transformada por Einstein y por Planck en relativista y cuántica, inauguraba nuevos horizontes. Siempre afirmó, sin embargo, que no constituía la base del edificio, sino sus andamios, y que podía ser sustituida sin daño alguno para el psicoanálisis.

A pesar de la confusión que continuamente se desparra sobre el tema, la más profunda y significativa modificación ocurrida en el pensamiento freudiano, que da origen a una psicopatología singular y constituye la resolución definitiva del famoso guion, se encuentra en la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, asumida por Freud pocos días antes de morir. En forma esquemática, se resume en cuatro puntos: 1) rechazo enfático del dualismo cartesiano; 2) lo que registramos como cuerpo es lo psíquico genuino; 3) lo psíquico genuino es inconsciente; 4) hay que buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.

Weizsaecker lo expresa con claridad ejemplar: “De hecho, se había superado, con ello, el paralelismo contenido en las series de los fenómenos psíquicos y somáticos, en la medida en que retornaba una identidad que subyacía tras las paralelas, dado que el conflicto anímico no es otra cosa que la enfermedad del cuerpo como tal. Se puede observar cómo esta conceptualización de la identidad obtiene aquí de antemano la victoria sobre la causalidad recíproca, dado que solamente el modo de contemplación separa a dos series que en su esencia se basan en una identidad”.



Pensaron...

Hace ya muchos años, escribimos un texto que, luego de haber leído *Readers of the Book of Life*, de Anton Markos, y de haber redactado “Lectores del texto que la naturaleza escribe”, adquiere un nuevo sentido, y que ahora reproducimos aquí, levemente modificado y dividido en “épocas”.

Primera época

Pensaron que un Dios, llamado marciano, fue creando, como producto de una lenta evolución, las máquinas minerales, vegetales, animales y humanas, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flores por insectos o pájaros.

Segunda época

Pensaron que esas máquinas funcionaron, interrelacionadas, durante milenios y que una de ellas,

el hombre, sintiéndose vivo e incapaz de conocer la “fórmula” de los “circuitos impresos” pensados por el Dios marciano, que la hicieron posible, tomó a esas fórmulas por sustancias esenciales, “no pensadas”, existentes de por sí y vacías de la interioridad que el hombre poseía.

Tercera época

Pensaron que, durante un tiempo, al hombre lo asombró la “casualidad” de que pudieran inyectarse a un ser humano y con un efecto definido “transistores” que, como la morfina, provenían de un vegetal al que el hombre no reconocía como hermano.

Cuarta época

Pensaron que lo anterior no había cambiado. Que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, dio en crear una máquina cibernética que, estando “casi” tan viva como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que Dios se preguntaría, cuando contemplara al hombre surgido de un programa que el hombre mismo recreaba, cuál sería la fórmula de su propio “circuito divino”.

Quinta época

Sólo al salir de las “ruinas circulares” (Borges), pudieron las máquinas comprender que Dios crecía

junto con ellas, en la estructura del conjunto al cual ellas iban dando cada vez más vida y más “interioridad”, interrelacionadas entre sí. Y que, desde la misma intimidad de la trama, mineral y viva, nacían las raíces de Dios (que concibió Spinoza), junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.



Que viva quede en la muerte

Simenon afirma, sabiamente, que un ser humano en realidad no muere mientras viva alguien que lo haya visto vivo. Esto nos conduce a santa Teresa: ¿hay una forma de vivir que viva quede en la muerte? No sólo depende de cómo ha vivido quien muere, también depende de quiénes se relacionaron con él. Se comprende mejor después de entrar en contacto con *Uno, ninguno o cien mil* y *El difunto Matías Pascal*, de Pirandello, pero sólo nos llega al corazón cuando nos involucramos en la película *Caos*, de los hermanos Taviani. En ella, Pirandello, viajando en tren a su Sicilia natal, se aletarga en su asiento hasta el punto en que su boca se llena de saliva y su sombrero cae al suelo. En su casa de la infancia, se encuentra con una imagen alucinada de su madre muerta y sostiene con ella un enternecedor coloquio. Ella le dice: “No llores, Luigi”, y le responde que no llora porque no

puede recordarla viva, la recuerda viva muchas veces: “Lloro porque tú no puedes pensar en mí. Yo no estoy vivo para ti. Si no puedo estar vivo para ti ya no me piensas más, no estoy vivo para ti y no lo estaré nunca más”. Sin la posibilidad de ser en la madre que piensa en él, se siente “ninguno”. Recordemos lo que Porchia afirma: “Se vive con la esperanza de llegar a ser un recuerdo”. “Te quiero por cómo me siento y me veo cuando estoy contigo”, reza un papelito contenido en un Baci Perugina. Lo que Pirandello muestra, lo que la física cuántica afirma y el psicoanálisis avala, más allá de ese particular recuerdo de alguien, aunque nuestro corazón no haya dejado de latir, es que somos ninguno. Porchia, una vez más, lo señala: “De lo que eres tú y en lo que eres tú, no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.



Y sin embargo...

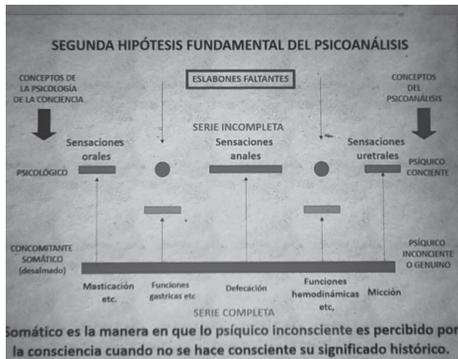
Porchia se refiere reiteradamente a la verdad. Veamos alguna de sus *Voces*. “La verdad, cuando es la verdad de lo pequeño, es casi toda verdad, y cuando es la verdad de lo grande es casi toda duda”. “Comprendo que la mentira es un engaño y la verdad no, pero a mí me han engañado las dos”. “La verdad que debería ser lo eterno, siempre, es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”.

Volviendo sobre lo que significa ser “ninguno”, vemos que Porchia acompaña a Pirandello cuando señala: “Uno no se encuentra nunca como ‘yo’, como uno. Se encuentra como cosas, como persona, como tiempo”. Escribe: “Cuando me hiciste otro te dejé conmigo”, y en una de sus *Voces* afirma: “De lo que eres tú ni en lo que eres tú no eres nadie en lo que es el todo. No existes”. *Uno* es alguien únicamente en relación con otro, y *solamente existe ligado con un*

entorno que no sólo le brinda calorías sino que además lo impregna con un significado que le permite ser. En otras palabras, como señala Porchia: “Nadie está hecho de sí mismo”. Sin esas relaciones que dan forma a su vida, uno, no pudiendo ser uno, sólo puede ser ninguno.

La física, coincidiendo con lo que nos muestra Pirandello, afirma que lo que registramos como partícula o como onda solo existe y posee cualidades en el momento de una relación.

La palabra “ninguno” tiene dos importantes compañeras que nos ayudan a penetrar en su sentido. Una de ellas es “vacío” y la otra, “ausencia”. De la misma manera en que todo “no” se acompaña de un “sí”, otro “sí” que difiere del “sí” original y que se niega, todo vacío se llena de algo y toda ausencia convoca otra presencia. Lo que nos lleva a pensar que un “no dibujo” es un garabato, real o imaginario, influye para que, a pesar de lo que nos muestra Pirandello, vivamos convencidos de que, más allá de con quién nos encontremos, somos alguien absolutamente incomparable.



En el psicoanálisis

En 1938, en dos trabajos que no llega a publicar, Freud traza dos hipótesis fundamentales y afirma que son de una significatividad enorme. Sin embargo, el fundamento sobre el cual se edifica el psicoanálisis se encuentra en la segunda. La primera conserva todavía los restos de su fijación intelectual fiscalista.

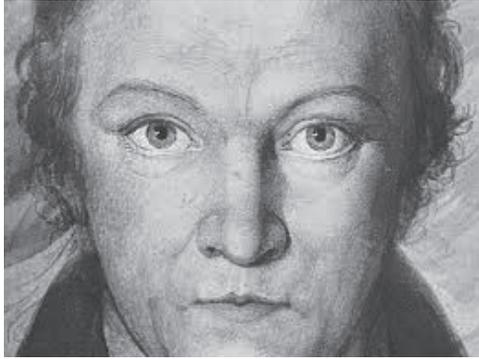
La segunda parte de que equiparar lo anímico con lo consciente desgarrar los procesos psíquicos de su nexos con el acontecer universal, dado que lo psíquico depende de influjos corporales y ejerce intensos efectos sobre ellos.

Dado, también, que algunos procesos físicos, concomitantes de los psíquicos, tienen procesos conscientes paralelos y otros no, Freud enuncia enfáticamente la segunda hipótesis fundamental, que constituye, sin duda, la tesis principal del psicoanálisis e inaugura una psicopatología singular.

Dice que la condición de consciente no puede ser la esencia de los psíquicos, es una cualidad más a menudo ausente que presente. Lo psíquico genuino es inconsciente, probablemente del mismo modo que todos los otros procesos de la naturaleza, y es necesario buscar una apreciación diversa para los procesos conscientes.

La “novedad” de la segunda hipótesis consiste en sostener que el cuerpo y el alma constituyen dos apariencias de un mismo existente. El germen de la idea ya estaba en 1895, en el historial de Elizabeth von R. descrito como “conversión simbolizante”, con estas palabras: “Llego incluso a creer que es equivocado afirmar que la histeria crea por simbolización tales sensaciones, pues quizá no tome como modelo los usos del lenguaje, sino que extraiga con él sus materiales de una misma fuente”.

Es conmovedor constatar que un hombre como Freud, con una trayectoria plena de realizaciones culturales geniales y fructíferas que trascienden el ámbito de su profesión, haya soltado sus amarras en los últimos meses de su vida, para asumir las consecuencias de la segunda hipótesis y emprender un vuelo visionario hacia el portal de un territorio ignoto.



En el psicoanálisis (B)

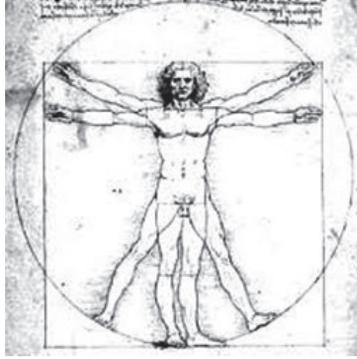
William Blake, el insigne poeta inglés que murió treinta años antes de que naciera Freud, afirmó que llamamos cuerpo a la parte del alma que se percibe con los cinco sentidos. Podemos completar su pensamiento diciendo que llamamos alma a la vida que anima el cuerpo de los seres que viven. Volvamos, una vez más, sobre lo que señalaba Weizsaecker en *Naturaleza y espíritu*: “Solamente el modo de contemplación separa dos series que, en su esencia, se basan en una identidad”.

Vale la pena mencionar lo que lúcidamente escribe Richard Gregory (en *Mind in Science*): “Se sostiene habitualmente que las explicaciones mecanicistas constituyen la explicación correcta, porque, de hecho, no introducen un propósito, pero la noción de propósito se encuentra esencialmente ligada con la función, y la función es esencial para una máquina.

Lo esencial de un molino reside en que muele, importa menos si lo hace con superficies de piedra o de acero”.

Por otro lado, la anatomía y la fisiología, en salud o enfermedad, nunca han podido prescindir del enfoque teleológico, que condujo al contradictorio concepto de causa final.

Es posible afirmar que, luego de formulada la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, la metapsicología freudiana, de corte metafísico, se completa con una metahistoria. Una mirada atenta permite comprobar que la obra de Freud está llena de una metahistoria que no llegó a formular teóricamente como tal. Podemos señalar, entre los fundamentos de la metahistoria, la palabra “motivo”, sinónimo de “significado” e “intencionalidad”, que denota el “factor motor” que constituye simultáneamente, en el presente atemporal, una causa que empuja desde la interpretación de un ayer, y un atractivo que succiona desde la concepción de un mañana.



En la física

Einstein cambió la idea de un espacio vacío infinito que contiene todo lo que hay, concibiéndolo como un cuerpo finito pero ilimitado formado por todo lo existente, y dentro del cual la masa (que pesa) y la energía (que transforma) son dos aspectos de una misma cosa. También consolidó una concepción, ya presente en Kant y en Freud, según la cual no es que el hombre vive en el tiempo, sino que, por el contrario, el tiempo vive en el hombre. Planck formuló la teoría de los cuantos, magníficamente desarrollada luego por una gran cantidad de físicos geniales. Un cuanto es una cantidad mínima de materia o energía, dado que ambas existen en forma de pequeños “paquetes” que no pueden dividirse. El universo está conformado, entonces, como una estructura granular.

La física cuántica se desarrolla como una teoría absurda plagada de pensamientos que no se pueden sostener lógicamente y constituye, sin embargo, la teoría más lograda y más fructífera en toda la historia de la humanidad. No sólo ha permitido predicciones increíblemente exactas que continuamente se confirman, sino que además ha logrado resolver dificultades que nos impedían disponer de una multitud de instrumentos, como los rayos láser o el GPS. Por otro lado, ya es obsoleta la idea del observador incontaminado, y la indagación científica, tal como lo ha mostrado Enrique Rucker en sus estudios sobre las transferencias recíprocas entre un paciente y su psicoanalista, conduce a comprender que ya no importa la cosa en sí, sino la relación que se establece con ella. Los físicos cuánticos no sólo sostienen hoy que un fenómeno se manifiesta, como partícula o como onda, según cuál sea la relación que se establezca con él, sino que incluso llegan a una afirmación más rotunda: una entidad, sea onda o partícula, sólo existe en su relación con otra; carece de sentido sostener que, cuando eso no ocurre, continúa existiendo.



En la física (B)

La física cuántica sostiene (coincidiendo con lo que la literatura y el psicoanálisis descubren en las personas) que una entidad, sea onda o partícula, sólo existe en su relación con otra.

Lo que condujo a los investigadores cuánticos hacia lo que se denominó el “principio de indeterminación” ha sido la consciencia de la modificación que la observación introduce en lo observado. *Desde una psicofísica explícitamente asumida, los físicos cuánticos tropiezan con el guion que separa el alma del cuerpo, pero rechazan el dualismo cartesiano, el idealismo solipsista y lo que denominan “un materialismo ingenuo”.* Sus indagaciones se anticipan a lo que sostendrá el psicoanálisis. La consciencia cognoscitiva ha permanecido siempre en el centro de sus intereses.

Erwin Schrödinger, que recibió el Premio Nobel por su trabajo en mecánica cuántica, entre los

importantes libros que ha escrito cabe destacar *Qué es la vida*, que ha recorrido el mundo, y *Mente y materia*. Schrödinger incursiona con frecuencia en la biología. Afirma que las células son estructuras cuya complejidad puede compararse a la de una ciudad, y una proteína, a un “castillo” de átomos. Subraya la importancia de distinguir entre el significado como una “simple” información que se mide en la cantidad de *bytes* que contiene, por ejemplo, una guía telefónica y el significado como un hito en la evolución biológica. Una significancia (que se adquiere en función de otros parámetros) como la que se encuentra en un poema de Poe o de Shakespeare.

Los físicos cuánticos afirman que las partículas existen comprometidas entre sí (*entanglements*) sin que importe la magnitud de la distancia que las separe. Sostienen que una alucinación es una falsa percepción y que lo que denominamos “percepción externa” es una alucinación confirmada por el consenso. También aseveran que la percepción no viaja del ojo al cerebro, sino del cerebro al ojo, porque es el cerebro el que “espera ver”. Suscriben, además, lo que señala Próspero: que estamos hechos de la sustancia de los sueños. Nuestra breve vida está circundada por los sueños.



En la literatura

Pirandello (en *Seis personajes en busca de un autor*) escribe que unos actores que ensayan una comedia son interrumpidos por un conjunto de personas que buscan un cualquiera que quiera darles realidad, ya que aquellos proceden de la fantasía de un escritor que, después de concebirlos, no los inscribe en una obra. Anhelan existir y manifestar su propio destino. Como en el teatro no hay ningún autor, insisten para que el director los ayude a dar una forma a su drama. Cada uno de ellos, contemplado por cada uno de los otros, que dice haber convivido con él una misma historia, es un ser diferente, que la revive a su manera y desde su punto de vista.

Procurando construir un relato con datos en los cuales varios protagonistas coinciden, es posible decir que el padre y la madre habían procreado en el matrimonio un hijo, pero tiempo después surgió un

romance entre la madre y el secretario del padre, por lo que el esposo los dejó “libres”. La madre engendró tres hijos con el secretario, pero una vez fallecido este tuvo que retornar a la ciudad en busca de trabajo. Entre tanto, la hijastra, la primera habida con el secretario, obligada por la necesidad, trabajaba con madama Pace, que era dueña de una casa de citas, de la cual el padre era cliente. En esas circunstancias, por esas casualidades de la vida y sorpresivamente, la madre encuentra al padre y a la hijastra “antes” de que compartan el lecho. Afligido, el padre decide acoger en su casa a toda la familia. Allí el hijo mayor los trata con indiferencia, como intrusos, por lo que la madre suplica que frene su hostilidad. Simultáneamente, con estos episodios la niña cae en la fuente del jardín y el niño se mata con un revólver en el escenario, en tanto que la hijastra huye, lanzando una amarga risotada.

Lo que importa es que un relato constituye una historia con un principio, una intriga y un desenlace, y deja una enseñanza que lo convierte en moraleja.



En la literatura (B)

Pirandello señala que todo fantasma, toda criatura engendrada por el arte, para existir debe protagonizar un drama que lo convierta en personaje. Nace en el umbral entre la nada y la eternidad y, como gestación de una necesidad, puede suceder de repente. El autor debe seguir los gestos y las palabras que los personajes proponen y quererlos como ellos se quieren. Así se independizan de su autor y pueden vivir los episodios que otros imaginan.

La naturaleza carente de espiritualidad, desanimada, sin sentido, únicamente llora, pero el conflicto inmanente entre el movimiento vital y la forma en que se realiza es condición inexorable, tanto en el orden espiritual como en el natural. La vida, que se “fijó” para existir en nuestra configuración corporal, poco a poco mata esa forma. El dolor de esa naturaleza fijada en una forma es el irremediable y continuo

envejecimiento de nuestro cuerpo. Don Quijote o Mafalda testimonian lo que dice. Morirá el hombre, el escritor, el instrumento, la creación, pero su criatura, el personaje, no morirá jamás.

Tal como lo expresa Pirandello, llevamos dentro un mundo de cosas, cada cual el suyo; en las palabras que se dicen o se escuchan todos ponemos el sentido y el valor particular que viven en nosotros. La figura de cada ser se parece a una bolsa que, para que se sostenga, es necesario colocarle adentro la razón y los sentimientos que le dan su forma.

Cuando Pirandello nos muestra que cada personaje, contemplado por otro distinto, es un ser diferente, introduce la idea que comienza a gestarse en *El difunto Matías Pascal*, donde nos enfrenta con la importancia del sentido “espiritual” de la trascendencia, y que florece en *Uno, ninguno y cien mil*, donde concluye coincidiendo con los físicos cuánticos, al sostener que “sólo se puede ser siendo con otros”. Es lo que Borges aborda en “Borges y yo”, donde comenta por qué todo lo que piensa, dice y escribe queda atribuido a ese “Borges” que todos conocen.



En la convivencia

Weizsaecker señala que los médicos aprendimos mucho acerca de cosas que son algo y casi nada acerca de las cosas que son alguien. Sin embargo, Freud ha subrayado que el médico no podrá jamás dejar de considerar el alma de su enfermo, porque la otra parte involucrada en el proceso terapéutico, es decir, el paciente, no tiene la menor intención de permitirlo.

El alma, esa forma de la existencia nuestra que hoy, vestida con el ropaje que le otorga la ciencia, denominamos psiquis, encuentra sus raíces en el movimiento intencional que anima a un organismo y que se dirige hacia algo particular que le “hace falta”.

Freud señalaba que un órgano que forma una parte importante de un proceso se presta para arrogarse la representación de ese proceso en su totalidad. El corazón, el hígado y el cerebro, representantes egregios del mesodermo, endodermo y ectodermo

embrionarios (y, tal vez, del núcleo, el protoplasma y la membrana celulares), son los órganos que representan mejor y con mayor frecuencia tres modalidades de la vida que funcionan, en cada ser humano, tejiendo dramas que oscilan inevitablemente entre las dos carátulas del teatro: la tragedia y la comedia.

A pesar del ingenio inimitable con el cual procede la vida, hay maneras y maneras, y no todas nuestras faltas (se trate de carencias o de trasgresiones) constituyen un libreto biográfico dotado de una misma dignidad. En primera instancia, sentimos que está bien lo que nos hace bien y mal lo que nos hace mal, pero el desarrollo y la evolución de este principio, que ha dado lugar a las mores o costumbres que trazan los parámetros de la moral, condujo a la vida civil en las ciudades y a que lo que denominamos civilización se inicie y se custodie tratando de equilibrar las acciones entre los significados de tres verbos auxiliares: *querer* (cardíaco), *poder* (hepático) y *deber* (cerebral).



En la convivencia (B)

La primera y más evidente de las faltas, aquella que tiene cara de hereje, se presenta como la necesidad de satisfacer apetitos (comer, descansar, copular y sus “derivados”). Weizsaecker señala que los médicos aprendimos acerca de las cosas que son algo, pero no acerca de las que son alguien. Tal “materialismo” predomina en una enorme mayoría de actitudes.

Relata que, conversando con uno de los más famosos fisiólogos, que opinaba que el sentido de la vida era la conservación de la vida, él, en cambio, sostenía que el sentido de la vida es la ofrenda de la vida. Agrega que, en aquel entonces, todavía no sabía qué difícil era comprenderlo y cuánto más actuar de acuerdo. Dado que no es posible plantear científicamente la cuestión de la frontera entre lo vivo y lo no vivo, comprendemos que la vida consiste en un constante morir, en un ofrendar, en una constante

transformación hacia nueva vida. Esta evidencia se presta para obligarnos a tomarla en serio (no alcanza con *invertir las palabras, en lugar de las cosas*).

Ya que existe tanto odio, dice, el sentido de la vida se lo atribuyamos a un amor *porfiado*, porque es un desafío, un regalo, una pasión, también una esperanza. No es posible definir el sentido de la vida, pero se lo puede experimentar y padecer con total claridad.

Eso otro, que tiende a ser negado y que nos hace tanta falta, tiene un nombre: trascendencia. Alude, por su origen, a lo que sobrepasa, que excede, que está o va más allá. Es lo contrario de inmanente, que se refiere a la cualidad de inherente, inseparable. Deriva de permanecer, de ir hacia adentro. *Manere* es permanecer, quedarse. Parece aludir a lo que emana, fluye de manera inevitable, como una consciencia de sí mismo (*self*) que muchos biólogos, etólogos y biosemióticos consideran inseparable de la vida en cualquiera de sus formas.

Como señala santa Teresa: “Vivir se debe la vida, de tal suerte, que viva quede en la muerte”.



Los tres protagonistas en la obra de Freud

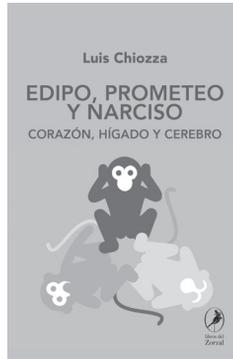
En el proceso de psicoanalizar sus propios sueños, Freud encontró en la leyenda de Edipo el respaldo que necesitaba para sostener su descubrimiento de la sexualidad infantil y de las tendencias incestuosas. Eso marcó los límites de su interés en la leyenda y permite suponer que influyó en la torpeza con la cual escribe “El sepultamiento del complejo de Edipo”, lleno de contradicciones que no se sostienen. (Por ejemplo, sostiene que 1) sucumbe a la represión a raíz de las dolorosas desilusiones recibidas; 2) se iría a pique —al fundamento inconsciente— por su imposibilidad interna; 3) desaparece por obra de la evolución madurativa, como los dientes de leche; 4) la amenaza de la castración,

que acompaña a la formación del superyó, envía al fundamento las investiduras edípicas; 5) si el yo no lo ha logrado, mucho más que una represión, el complejo subsistirá inconsciente y más tarde exteriorizará su efecto patógeno; 6) no ve razón alguna para denegar el nombre de represión al proceso, pero más que una represión equivale —cuando se consume idealmente— a una destrucción y cancelación del complejo).

De Prometeo se ocupó únicamente en “Sobre la conquista del fuego”. De Narciso, en cambio, solamente utilizó el nombre para designar una dinámica metapsicológica que se relaciona muy poco con el mito a Narciso.

Conviene recordar que junto con su discípula Melanie Klein, por ejemplo, consideraba que la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos operaban como inevitables consecuencias de disposiciones constitucionales innatas. Freud, cuyo verdadero descubrimiento no consistió en lo inconsciente (san Agustín ya decía, por ejemplo: “Lo sabes, pero ignoras que lo sabes”), sino en el retorno de lo reprimido en el síntoma, se ocupó de aquellos retornos que constituyen trastornos. No pudo tener en cuenta, sin embargo, que la envidia y la culpa, en primer lugar, y luego la rivalidad y los celos configuran esos “cuatro gigantes del alma”

que, aunque pueden apoyarse en disposiciones heredadas, surgen como derivados de un complejo de Edipo que, reprimido, permanece, vivo y virulento.



Edipo, Prometeo y Narciso existen

Sófocles, Esquilo y Ovidio fueron los seres humanos que descubrieron que son personajes que *existen* y que en esa, su manera de ser, influyen en nuestra forma de vivir la vida. No podemos negar su realidad, pero podemos discutir su sempiterno destino. Solemos verlos como víctimas o como victimarios de un insensible destino. Atrapados en un único propósito, sólo les quedan esas, sus maneras patéticas, centradas en su propia existencia, en las cuales naufragan los fines que procuran influir de un modo vital sobre el entorno.

¿Por qué, cuando los contemplamos, omitimos semejante fracaso? ¿Por qué nunca los vemos como protagonistas distintos de un mismo destino, funesto y aciago?

Si nuestra relación con ellos cambiara, Edipo, a pesar del resultado trágico de su curiosidad, podría

invitarnos a contemplar la realidad y a respetar sus parámetros. Prometeo, a pesar del tormento a que lo somete su inclinación “industriosa”, podría transmitirnos las ventajas de la parcialidad contenida en “un paso por vez”. Y Narciso, a pesar de su desdeñosa actitud hacia quienes constituyen su entorno afectivo, podría subrayarnos que su carencia de amabilidad proviene de su represión de la ternura que vive insatisfecha en su interior.

Son tres perspectivas que pueden contemplarse como tres aspectos de un único suceso, que puede expresarse en una sola frase: cuando un contacto, grande o pequeño, deja algo que trasciende y perdura, puede, a veces, conducir hacia la sabiduría que proviene de procesar adecuadamente la experiencia vivida. Mientras tanto, cada uno vive ejecutando sin querer, o sin poder, o asumiendo que no debe evitarlo, los libretos de esos tres personajes que, sin duda, *existen* y ejercen su influencia como parciales derivados conscientes de nuestro presente atemporal inconsciente.



Los personajes habitan personas

Edipo, Prometeo y Narciso son personajes que (“en busca de un autor”, por ejemplo) podrían pedir comprensión y clemencia. En lugar de comparar sus historias, arroja más luz contemplarlos, conviviendo y reclamando, en cada paciente.

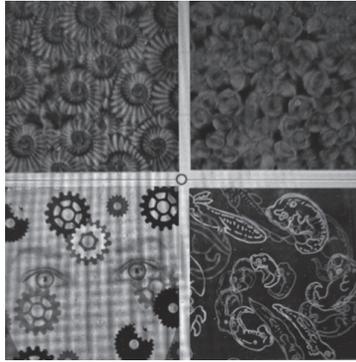
Algo sabemos acerca de los asuntos de los que quieren salvarse.

Edipo mata negando, como es típico de la manía, lo que en el fondo sabe, que Layo es su padre. Y con su madre, Yocasta, procrea en el incesto a su hija Antígona. A pesar de Tiresias, atraviesa la paranoia de la indagación al oráculo y llegará, por fin, al ostracismo y la muerte, unido melancólicamente con su hija.

Prometeo desafía a los dioses, los engaña y los desprecia riendo. Mientras niega maniacamente su envidia y lo que sucederá, cohabita con su hija Pandora y, a través de su otro yo, Epimeteo, se entrega con

torpeza al placer de los sueños ociosos. Luego rechaza con desconfianza, en forma paranoica, los consejos y la amistad de Océano, para finalizar vencido y sorbiendo, lleno de melancolía, sus lágrimas y su propia hiel.

Narciso, de manera maníaca (y muy lejos, muriéndose de hambre y de sed, de lo que Freud describe en su metapsicología del narcisismo), niega su profunda carencia afectiva, mientras rechaza el amor de quienes, como la ninfa Eco, se enamoran de él. Niega que le hace falta el amor de alguien y se enajena imaginando que podrá amarse en el espejo ejerciendo el amor que anhela recibir, como si él fuera aquel otro, el “único”, que puede otorgárselo. Así, en un espejismo de su propia voz, no sólo pierde a la ninfa Eco, dado que, contemplándose en el espejo como si el que contempla fuera otro, se enajena y se pierde a sí mismo. Luego de la paranoia implícita en el continuo rechazo del amor que le expresan, el fracaso de sus anhelos se manifiesta melancólicamente en las premoniciones funestas que lo conducen al suicidio.



Cuatro libros concisos

Durante 2024, publicamos cuatro libros escritos en forma concisa (evitando repetir las ideas) para no sobrecargar a quienes están en condiciones de seguir su trascurso, insistiendo, otra vez, en lo que ya se ha enunciado.

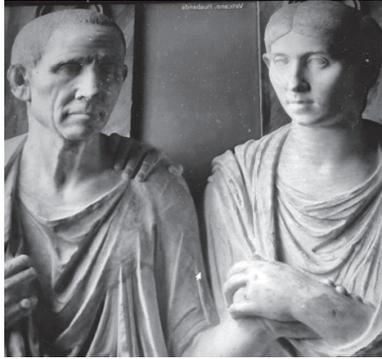
El primer libro (*Pensando lo ya pensado*) se dedica a la materia prima de la producción psicoanalítica. Sobre el segundo (*Pedro y Petra*), diremos enseguida algo más. El tercero (*Natura y cultura*) gira en torno de asumir que no existe un texto “objetivo”, independiente de la forma en que cada lector lo recorre. El cuarto (*500 CPU conversan en un frasquito*) se ocupa de la inteligencia “en sí misma”, es decir, de esa particular cualidad de un organismo, que consiste en una capacidad para leer “entre líneas” (*inter leggere*) una versión “segunda”, distinta de la originalmente alcanzada.

El segundo libro se ocupa de una cuestión que queda muy bien representada por la confluencia de los significados que la palabra “piedra” convoca.

Desde un punto de vista físico, una piedra es algo sólido, duro, que no se deshace con facilidad. Puede funcionar como un obstáculo, pero también como un fundamento sobre el cual puede apoyarse una construcción. En sentido figurado, como metáfora, puede representar una “verdad de peso” que conviene tener en cuenta, pero, ante todo, molestias o dificultades.

Ese carácter resistente y “durable” de las piedras se presta especialmente para aludir a un aspecto de la personalidad sobre el que puede decirse que es “común”, porque todos lo “tenemos”. Hombres y mujeres compartimos ese aspecto, prototípico, que llena una parte muy grande de nuestra vida, e integra lo que denominamos “el hombre de la calle”.

Bien puede decirse que Petra y Pedro odian el esfuerzo y la espera y que aman lo inmediato y la distracción. Que dialogan torpemente con su cuerpo, con los otros y con ellos mismos. E ignoran (tal como lo desarrollamos en *Ser o no ser como la gente. Acerca de la enfermedad y la maldad*) que la enfermedad y el vicio, el estar arruinado y el ser ruin, son dos inseparables apariencias de un único asunto.



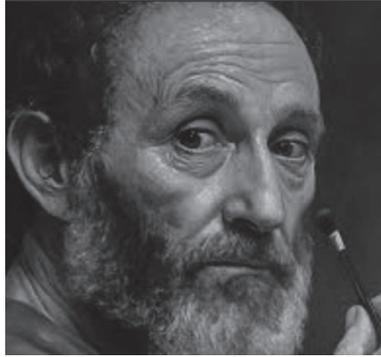
El hombre de la calle

La expresión “hombre de la calle” se refiere a un prototipo que “promedia” cualidades y actitudes, virtudes y defectos. Lejos de conclusiones exactas o definitivas, mencionemos algunas que son características. Aluden a una manera de ser que, en todos los seres humanos, constituye una parte de su personalidad que siempre está presente, gravitando en su vida. Coincide con lo que caracteriza a Petra y Pedro, esos dos personajes que bautizamos a partir de la existencia perdurable de las piedras.

En esa parte que, sin cesar, en mayor o menor grado compartimos, en donde el alma nuestra es una cosa y nuestro cuerpo es otra, distinguimos entre psicosis, neurosis, patosomatosis y psicopatías. Nos excitan, aunque nos asusten, las desgracias ajenas y nos fascinan los escándalos. Odiamos los esfuerzos y concentrarnos en algún empeño nos abrumba. Nos

complace lo que nos permite distraernos de lo que debemos, y los caminos fáciles siempre nos seducen (hasta el punto en que, con frecuencia, solemos valorarlos como si fueran testimonios de un envidiable ingenio). Nos agrada sostener que disfrutamos en las competiciones deportivas, en donde para que uno gane el otro tiene que perder, pero sólo festejamos que nuestro equipo triunfe, aunque el recurso que utilice trasgreda a las reglas del juego elegido. Preferimos la lectura de revistas y noticias o de libros que nos aportan intimidades o argumentos que nos permiten reforzar los fundamentos que encontramos para reclamar lo que “nos deben” y justificar lo que prometimos y no hacemos.

Es cierto que coexisten en nosotros con otras cualidades que en Petra y Pedro intervienen en distintas proporciones y que conllevan actitudes que, aunque demanden un esfuerzo, se valoran. Entre esas otras cualidades que en lo que caracteriza a Pedro y Petra *no* predominan, se encuentran precisamente aquellas que cuando funcionamos identificados con ellos pretendemos ignorar. *La trascendencia*, no de nuestra persona, pero sí de nuestros valores, y en la ofrenda de lo que producimos. *La curiosidad* en su forma benigna. *La ternura* que nos conduce a la solidaridad y el amor que da sentido a nuestra vida.



¡Parla!

Freud, en “Introducción al narcisismo”, cita un poema de Heinrich Heine: “Enfermo estaba, y ese fue / de la creación el motivo: / creando convalecí, / y en ese esfuerzo sané”. Inspirándose en Spinoza, es posible imaginar que el mismo Dios dijera: “La enfermedad fue sin duda la causa final de todo el proceso creador, al crear pude recuperarme, al crear pude recuperar la salud”.

Recordemos, además, lo que expresaba otro insigne poeta, Rainer Maria Rilke, cuando escribe que Dios, mientras observa a un hombre que frenéticamente escarba con sus manos en el mármol, conmovido, le pregunta: “Miguel Ángel, ¿quién hay en la piedra?”.

Cuando Miguel Ángel, una vez terminado su *Moisés*, lo golpea con el martillo mientras le dice

“¡parla!”, expresa un sentimiento que encierra un misterio y contiene una pregunta. ¿Cómo pude generar esta figura tan llena de un sentido que ahora me estremece? Pero también queda claro que, si “consorte”, más allá de su referencia a un matrimonio, denota el destino de dos seres unidos por una misma suerte, a Miguel Ángel lo conmueve el incógnito designio que traza su *Moisés* en la senda que recorrerá su vida. Todo, entonces, induce a suponer que cuando le dice “¡parla!” lo que intenta decir es “¡dime!”.

No cabe duda de que, en el “universo” humano, realizaciones como esas convocan forzadas semejanzas con la gestación de un hijo en el vientre de una mujer embarazada. Sin embargo, si saliéndonos de ese contexto humano nos contemplamos en ese “mundo entero” que es expresión de “todo lo creado”, no sólo hay un Moisés, sino también un arco iris que substituye a los grises nubarrones, y la imago de una multicolor mariposa que emerge, a través de la opacidad de una crisálida, de la negrura de un gusano urticante.

En un mundo que continuamente evoluciona, “ocuparás mi lugar” es algo que puede enunciar todo ser vivo y también, por qué no, todo

lo existente. ¿Es esto acaso una desgracia? ¿O, en cambio, todo está bien así, dado que en un mundo en el que nada muere, tampoco nada nace, crece ni progresa?



Nacimiento de una nueva especie

Tres maneras de la vida (Pensando lo ya pensado)

Estar, ser y devenir. Hacer, sentir y pensar. Renuencia, sensación y percepción. Producir, padecer y concebir. Poder, querer y deber. Acción, voluntad y obligación. Falacia, malentendido y paradoja. Eficacia, estética y ética. Hígado, corazón y cerebro. Persistir, desistir y sustituir. Ello, yo y superyó. Endodermo, mesodermo y ectodermo.

Esquizofrenia latente (Pedro y Petra. El hombre de la calle que predomina en nuestra personalidad)

La simplificación del mundo. Coexistencia de tres interlocutores principales: mi cuerpo, los otros y yo. Perduración y cambio, malestar y bienestar, pérdida

y adquisición, aburrimiento y diversión o esfuerzo y descanso ocupan una preferente atención y transcurren junto con la evitación de los duelos y la persistencia de una contradicción irresuelta.

Naturaleza versus cultura

(Lectores del texto que la cultura escribe. No hay texto sin lector)

Coexistencia de la etapa mítico-religiosa politeísta con la superstición que convierte a la ciencia en religión y con una nueva religión para una nueva ciencia. Energética y hermenéutica, la embriología es historia. La subsistencia semántica. La vida se diseña a sí misma. Con un plasma genético que sólo se diferencia en un 2% en su estructura molecular, el ribosoma celular que lo lee construye una mosca de la fruta, un colibrí o un hombre.

Una sesión psicoanalítica surge con el concurso imprescindible de cuatro matrimonios: el paciente y su psicoanalista, la ciencia y el arte, la razón y la emoción, la palabra y el silencio.

Psicoanálisis de la inteligencia cibernética

(500 CPU conversan en un frasquito)

Utopías y distopías en la red, una tela sin araña. Ser usado por una especie nueva. ¿Quién es el propietario? Una inteligencia que se diseña sola. ¿Qué

significa estar vivo? La naturaleza y Dios son, para Spinoza, dos apariencias de un mismo y único existente.



Impotencia

La propaganda farmacológica o la de los servicios médicos, acorde con lo que predomina en el imaginario colectivo, han colocado en un primer plano del significado de la palabra “impotencia” a la incapacidad eréctil del órgano sexual masculino, como si constituyera el representante más importante de los sentimientos que esa palabra convoca. Sin embargo, no es así. Tendemos a negar que, frente a la inmensidad de todo aquello que no podemos, lo único que en realidad adquiere una real significancia surge cuando lo que no podemos, en el tradicional escenario de las dos carátulas del teatro griego, la comedia y la tragedia, inclina la balanza hacia el dolor que produce la segunda.

De más está decir que, entre los sufrimientos que suelen acompañar al envejecimiento de cosas y personas, sobresale el que proviene de comprobar que,

en el conjunto de las capacidades con las cuales naturalmente procedíamos y los recursos de los que espontáneamente disponíamos, hay algunas y algunos que, como se pierden poco a poco, nos sorprende, de pronto, comprobar que carecemos.

Ortega señalaba que, por oposición a lo que significa estar “en forma”, una ruina señala lo que alguna vez fue o lo que podría haber sido. Hace tiempo que sabemos que la ruina de una parte nuestra nos transforma, “en parte”, en ruines, y que, frente a todo aquello que se pierde y a la inutilidad de los lamentos, sólo nos queda algo valioso todavía: sustituir.

Es importante admitir que, además de las posibilidades que el sustituir nos otorga, siempre disponemos de recursos que, obnubilados por lo que nos proponemos “entre ceja y ceja”, habitualmente ignoramos.

Si bien es cierto que duele pensar en ese “pude y no quise” que denominamos culpa, admitir que “quise y no pude” no sólo nos duele, nos conduce hacia la intensidad de un temor que nos aterroriza.



Prostitución

Se ha dicho que la prostitución es una profesión cuya antigüedad coincide con la del nacimiento de la humanidad. El término “prostituir”, que por su origen significa “exhibir para la venta”, se utiliza para designar una relación sexual en la cual la persona prostituida acepta participar o finge hacerlo motivada por un atractivo erótico, cuando lo hace, en realidad, porque recibe dinero o algún otro beneficio que nada tiene que ver con el amor y que suele llegar, con frecuencia, hasta el extremo de evitar la muerte.

Si bien siempre se piensa, en primer lugar, en la prostitución de la mujer, una mirada atenta permite descubrir enseguida que la prostitución masculina es igualmente frecuente.

Lo que acabamos de decir quedaría muy incompleto si omitiéramos tener en cuenta la magnitud que alcanzan, en nuestra existencia colectiva, las

prostituciones encubiertas que se ocultan muchas veces en las formas habituales de nuestros “usos y costumbres”, que constituyen nada más ni nada menos que las “mores” que fundamentan la conducta que denominamos “moral”.

Lejos de pretender explorar todo lo que incluye ese territorio, me limitaré a mencionar una variante frecuente y dolorosa que ocurre como patológico “sostén” de muchos matrimonios. No es infrecuente que una mujer que dice “soportar” un vínculo horrible con su esposo aclare, por ejemplo, “lo hago por mis hijos”. Pero si reflexionamos acerca de las consecuencias, surge con claridad lo erróneo del procedimiento. Porque los hijos siempre lo presienten, y por duro que sea revelarlo, el lenguaje mantiene viva una forma que genera una ofensa muy honda, porque existe como expresión *hijo de xxxx*, que como insulto es siempre inmerecido, sobre todo cuando lo que justificaría esa forma del lenguaje, no como insulto sino como tragedia, permanece encubierto.



Un psicoanálisis pseudo

Un tratamiento psicoanalítico realizado en buena forma constituye un trabajo que se contrata y que se otorga como un servicio que se paga. La palabra “pseudo”, en cambio, convoca el significado de “falso”, y algo que es falso, fingido o simulado, es contrario a lo que se considera verdadero. Un tratamiento falso o equivocado es el que yerra porque se realiza en una forma que no brinda el servicio que, al contratarlo, se esperaba, y constituye un engaño al cual puede sucumbir, también, el psicoanalista que lo ejerce.

Suele ocurrir con frecuencia que, en las fantasías inconscientes de quien se psicoanaliza (en donde opera la transferencia, sobre el terapeuta, de los deseos que se experimentan con las personas plenas de significancia en la vida del paciente), la imago del psicoanalista (en la medida en que se supone que

no comparte esos deseos) coincida con la de alguien que finge un amor inexistente mientras ejerce la prostitución.

En un tratamiento psicoanalítico, operan cuatro transferencias recíprocas: la del objeto del deseo, la del rival, la del objeto ideal y la amistosa, y todas ellas deben ser psicoanalizadas, aunque la amistosa genera un campo de trabajo necesario para el progreso del proceso.

En un apunte anterior dedicado a la prostitución encubierta, señalábamos que el aspecto negativo de la prostitución se manifiesta, todo entero, cuando lo acompaña la ficción de un amor inexistente. Debemos concluir ahora en que esa prostitución encubierta sólo ocurre, en un tratamiento psicoanalítico, cuando un psicoanálisis pseudo intenta ocultar su carencia de idoneidad bajo la forma de un afecto que, aun en los casos en que no sea ficticio, no puede suplantar una carencia de oficio. Un amor maduro y genuino beneficia al ser humano que lo da, más que al que lo recibe, pero la tarea que el psicoanalista profesa no se realiza amando, sino llevando a la consciencia de ambos algo que permanecía inconsciente.



Hasta los malos hacen falta

Un viejo médico, confundiendo su muerte con dormir, cansado de vivir, se resistía a ingerir la cucharada de sopa que, enfermo en su lecho, sus amigos le ofrecían. Uno de ellos consiguió, por fin, que la ingiriera, diciéndole que, si se moría, el otro médico del vecindario, que no era un buen médico, atendería en lo sucesivo a sus pacientes.

Por otro lado, también es cierto que si no existiera la maldad tampoco podríamos encontrar bondad en el mundo. Porchia, sin embargo, señala: “Había males y había malos, hoy hay solamente males. Me he librado de los malos”.



Intuición

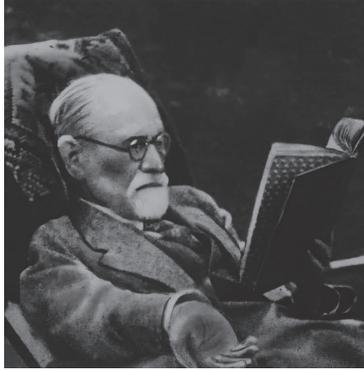
Emilio estaba terminando el afiche tridimensional para anunciar la conferencia sobre inteligencia cibernética con la cual el profesor inauguraría su curso, cuando reparó en que, por desgracia, el hermoso gusanito verde con pintitas amarillas, que había dibujado tan lleno de vitalidad, no cabía en el espacio que le estaba destinado.

Y entonces sucedió lo inconcebible. Emilio sabe que le ocurrió eso, pero cada vez que lo recuerda está más cerca de creer que sólo lo ha soñado.

Desde ya que era mejor no comentarlo, ni siquiera con el profesor. Estaba terminando el afiche cuando se dio cuenta de que, en el ángulo en donde debía colocarlo, el gusanito no cabía, y el pequeño animalito (¡ese que Emilio había dibujado en las tres dimensiones del anuncio!) milagrosamente se enrolló

sobre sí mismo, hasta constituir la bolita que el espacio consentía.

¿Cómo podía un existente cibernético que Emilio había dibujado acomodarse, en forma autónoma, a las circunstancias que su entorno le imponía?



Preguntas que un psicoanalista se formula

Si es principiante

1. ¿No es exagerado, para un persona normal, el recurrir a un psicoanalista?
2. ¿En qué puede servirle el psicoanálisis a una persona normal?
3. Revolver en los problemas ya pasados o en los sinsabores infantiles ¿no puede ser perjudicial?
4. ¿No es suficiente, para una persona normal, conversar con familiares y amigos acerca de las dificultades con las que se encuentra?
5. Un malestar que se siente en el cuerpo ¿siempre deriva de algo que se ha reprimido?

Si ya es avezado

1. ¿Cómo (por qué o para qué) lo que pasa en el cuerpo o en el cerebro influye en lo que pasa en el alma (o en la mente)? Si tomo alcohol, por ejemplo, me puedo sentir muy alegre o, en algunas circunstancias, perder el dominio de mis movimientos. ¿Cómo (por qué o para qué) lo que pasa en el alma (o en la mente) influye en lo que pasa en el cuerpo? Si, por ejemplo, me mienten diciéndome que el guiso de conejo que acabo de comer contiene el cadáver de mi querido gato, y creo lo que me dicen, es posible que comience a vomitar violentamente.

2. ¿Qué clase de realidad es esa que ha dado origen a la expresión: “Las brujas no existen pero que las hay las hay”? ¿Cómo algo que juzgamos irreal puede ejercer un efecto eficaz y real sobre la realidad?

3. ¿Cómo del material que perciben nuestros órganos sensoriales puede nacer una idea, y las ideas se pueden materializar?

4. ¿Es cierto que los conceptos de salud y enfermedad se deben considerar del mismo modo que el polo norte de una brújula, que no existe para ser alcanzado, sino sólo para proporcionar orientación?

5. ¿Cabe decir, entonces, que la tarea del psicoanalista consiste en resolver el punto de urgencia que cada sesión de psicoanálisis revela, en lugar de pretender dirigirse hacia una “normalidad” ideal?

